



Las posiciones políticas y organizativas de los fraccionalistas trotskistas

por **Lorenzo Peña y Gonzalo**

(en nombre del comité ejecutivo del PCEml)



Noviembre de 1965
(reimpreso en agosto de 2015)

Ediciones ESPAÑA ROJA

LAS POSICIONES POLÍTICAS Y ORGANIZATIVAS DE LOS FRACCIONALISTAS TROTSKISTAS

(Versión 1.1 — 2015-08-21)

Ediciones
VANGUARDIA OBRERA
Noviembre, 1965

[documento íntegramente redactado por Lorenzo Peña y Gonzalo
bajo el seudónimo de «E. Zújar»,
a la sazón miembro del Comité Ejecutivo
y del Secretariado del Comité Central del
PCEml]

PREFACIO

Tiene en sus manos el lector un opúsculo escrito en noviembre de 1965 por el autor de estas líneas. Tratábase de un documento interno del entonces recién constituido PCE(m-l) («partido comunista de España (marxista-leninista)»). Lo redacté en mi doble condición de miembro del Comité Ejecutivo y del Secretariado del Comité Central, a fuer de depositario de la confianza del resto de la dirección nacional de dicho embrionario partido y con la anuencia explícita de los otros dos miembros del Comité Ejecutivo que se encontraban también en el interior de España en aquel otoño de 1965.

* * *

Las circunstancias y los motivos de la redacción de ese documento los he expuesto en mi obra autobiográfica *Amarga juventud: Un ensayo de egohistoria* (reproducida, como obra impresa, por la Editorial Muñoz Moya bajo el título de *¡Abajo la oligarquía! ¡Muera el imperialismo yanqui!: Anhelos y decepciones de un antifascista revolucionario*, Brenes, enero de 2011).

Huelga repetir aquí las explicaciones que figuran en dicha obra. El lector difícilmente se percatará del alcance, el significado y el porqué del texto que tiene ahora en sus manos sin leer previamente las vicisitudes del PCEml entre fines del verano y mediados del otoño de 1965 y, más concretamente, la personal participación en tales hechos del autor de estas páginas (activa y pasiva).

Voy a limitarme a un resumen muy sucinto. El PCEml (Partido Comunista de España (marxista-leninista)) se acababa de constituir en París el domingo 4 de octubre de 1964 por confluencia de los tres grupos prochinos españoles («marxistas-leninistas» según la terminología por ellos utilizada): Proletario, La Chispa y MOR («Mundo Obrero Revolucionario»).

De los tres, el único con organización en el interior era el primero, pues había arrastrado a la mayoría de la militancia del estudiantado universitario madrileño previamente afiliada al Partido Comunista de España (oficial) —entonces capitaneado por su secretario general, D. Santiago Carrillo y Solares, proveniente de las juventudes socialistas.

Los tres grupos eran muy distintos. La Chispa y MOR sólo existían entre la emigración y el exilio en Francia y Suiza (aunque no carecían de contactos en España). Ninguno de sus afiliados ni dirigentes tenía estudios superiores ni preparación intelectual autodidáctica para enunciar una línea política ni un programa; no iban más allá de solidarizarse con las tesis del partido comunista chino. A lo más que llegaban era a repetir alguno de los eslóganes del PCCh, en concreto el de la alianza obrero-campesina (manifestando una subyacente tendencia a calcar a España las particularidades del extremo oriente de aquella época —con el agravante de que ni siquiera habían estudiado los cuatro volúmenes de las obras escogidas de Mao Tse-tung entonces publicados, sino que se ceñían a alguna sinopsis vulgarizadora, seguramente un resumen verbal que les habían dispensado).

Para determinar la línea política de la nueva formación y elegir su comité central, el recién creado partido convoca una conferencia paritaria de 30 delegados, que nos reunimos en París entre el sábado 31 de octubre y el lunes 2 de noviembre de 1964, cumpliendo las misiones asignadas.

Dada la composición a la que acabo de referirme, en la conferencia de París la voz cantante la llevó el grupo Proletario y, dentro de él, el autor del presente texto. Las conclusiones adoptadas eran las que yo había propuesto.

Lamentablemente, al día siguiente surge la primera escisión, porque se separan del recién formado partido dos de los miembros elegidos —juzgando que, por estar en minoría en el comité central que se acababa de elegir, tenían escasas expectativas de convertirse en líderes máximos, algo a lo cual evidentemente aspiraban. En su escisión arrastran a una fracción de los exmiembros de La Chispa y a todos los exmiembros de MOR.

Tras varias peripecias, en diciembre de 1964 se reúne en Bruselas el I Pleno Ampliado del comité central para discutir los desacuerdos políticos que pudiera haber y elegir un comité ejecutivo; a ese Pleno se incorpora un cuarto grupo hasta entonces desconocido —en realidad un conjunto unimembre de un exiliado que vivía en Colombia y que jugará un papel destacado, Paulino García Moya. Asisten los escindidos del 3 de noviembre, que, en su casi totalidad, optan por reconciliarse; perseveran, por el contrario, en el cisma unos poquísimos irreductibles —entre ellos los dos aspirantes a líderes máximos ya aludidos—, creando su propio partidúculo, el PCE(M-L) (con mayúsculas), de una decena de afiliados aproximadamente.

* * *

En el verano de 1965, uno de los miembros del comité central del PCEml en el interior, Anselmo (por su verdadero nombre Felipe Martínez Marzoa), anima y encabeza la constitución de una plataforma trotskista, que pronto arrastra a la mayoría de la organización estudiantil madrileña, o sea de la única organización del PCEml en el interior (salvo un pequeño esqueje que se había constituido, a partir de ella, en la ría del Nervión).

Si bien la creación de esa plataforma quebrantaba una norma estatutaria —la que prohibía las fracciones internas—, no hubo ocasión de invocar siquiera los Estatutos, pues en seguida los integrantes de la plataforma manifestaron, a las claras y sin tapujos, su plan de abandonar el recién creado partido para buscar otro itinerario, profesando las ideas y doctrinas de Lev Trotskii (españolizado, «León Trosqui») y reivindicando abiertamente su figura, así como estigmatizando a Stalin y a todo el movimiento comunista mundial desde la muerte de Lenin en enero de 1924.

Al parecer de ese plan sólo cumplieron la primera mitad: salir masivamente del PCEml.

Para el autor de este documento se trató de una experiencia amarga e incomprensible. Acababa de celebrarse el Pleno de Bruselas, en el cual, durante muchos días, se habían debatido —con total libertad y exhaustivamente— todos

los problemas ideológicos y políticos fundamentales, llegando a conclusiones unánimes.

Uno de los asistentes había sido precisamente Anselmo, allí cooptado como miembro del comité central. Era un hombre inteligente. Quienes se unieron a él no eran ignorantes.

Sin embargo, a pocos meses de tan hondo y concienzudo debate, cambian radicalmente su ideología esos militantes —varios de ellos, miembros del comité central—. Súbitamente —como si hubieran recibido una iluminación (por la mera lectura improvisada de algún libro de Trosqui que acababan de descubrir)— se oponen a las tesis doctrinales adoptadas en Bruselas (o sea —dicho simplifícadamente— las de volver al comunismo internacional y español inmediatamente anterior al encumbramiento de Nikita Jruschof en Rusia y de Santiago Carrillo en España).

Acababa yo de cumplir 21 años cuando escribí este folleto polémico; hallábame bajo una fuerte conmoción por ese brusco viraje, que experimenté como una traición personal. Y es que, por rapidísimo que fuera, no dejó de estarse incubando a lo largo de un par de meses o así, totalmente de espaldas al comité ejecutivo y personalmente a mí —que, hasta ese momento, había venido reconocido como el líder ideológico por los mismos que ahora hacían secesión. De suerte que, cuando, al final del verano de 1965, abiertamente plantan cara y, sin tapujos, pasan ya a actuar como plataforma fraccional, lo hacen como resultado de una serie de conciliábulos previos —incitados y orquestados por Anselmo pero secundados por los demás—, sin que, durante ese proceso de gestación, hubieran solicitado entrevista alguna con el ejecutivo para discutir sus inquietudes.

Hubiera yo entendido una evolución, un deslizamiento paulatino a lo largo de años. Pero me desconcertaba que en Bruselas en diciembre de 1964 —tras unas discusiones serias y francas— se hubieran asumido unas posiciones y que cinco o seis meses después, abruptamente, se renunciara a ellas para abrazar posiciones contrarias.

Todavía hoy sigue pareciéndome un hecho extraño. Evidentemente, la explicación estriba en que no todos los humanos tienen las mismas cualidades. Desde su niñez, el autor de este texto se ha caracterizado por la tenacidad y la perseverancia —si se quiere, la obstinación. Ahora bien, tendemos a atribuir a los demás nuestras propias virtudes y nuestros propios vicios. Propendía yo a ver a mis camaradas como hombres y mujeres con ese mismo grado de firmeza y de constancia. No contaba con que muchos humanos son volubles y tornadizos.

* * *

No voy a analizar aquí la controversia que —en el verano y el otoño de 1965— me enfrentó a Anselmo y sus seguidores, la cual viene claramente expuesta en el presente opúsculo.

Para comprender bien esas discusiones es menester estar al tanto de la historia del movimiento comunista. Hay que conocer las discrepancias doctrinales que —en la Rusia de los años veinte del siglo XX— habían enfrentado a León Trosqui —y la minoría que lo secundó—, por un lado, y, por el otro, a Stalin,

apoyado por la mayoría bolchevique. Dos de tales discrepancias ya habían opuesto a Trosqui y Ulianof (Lenin) desde 1905: el rechazo trosquista de la revolución por etapas que preconizaba Ulianof y el modo de organización del partido proletario (la visión monolítica y centralista de Ulianof venía repudiada por todos los mencheviques, incluido Trosqui). Nueva (aunque quizá no del todo) era una tercera discrepancia: la que versaba sobre la posibilidad, o no, de construir el socialismo en un solo país.

No hace falta ser un experto en tales temas históricos para entender este folleto, pero difícilmente se le verá sentido sin alguna idea de ese transfondo.

Tampoco se comprenderá el significado de las discusiones sobre el entonces incipiente PCEml sin algún conocimiento de su historia, que he suministrado en mi citado libro autobiográfico. Volver aquí sobre esos hechos implicaría alargar excesivamente este prefacio sin, así y todo, suministrar al lector tantas claves como las que proporciona la lectura de *Amarga juventud*. Pido perdón a aquellos lectores que, no teniendo ganas —o no disponiendo de tiempo— para abordar esa obra más extensa, se queden a dos velas al pasar páginas de este opúsculo sin acabar de captar el sentido de la disputa.

De los temas debatidos en el folleto haré aquí referencia, exclusivamente, al filosófico. No en balde sendos protagonistas de la discusión éramos —y seguimos siendo— filósofos: Anselmo (Felipe Martínez Marzoa), por el bando trosquista, y yo, por el bando oficial del PCEml.

En la disputa se perfila claramente la pugna entre el marxismo heideggeriano del primero y el marxismo hegeliano del segundo. Felipe y sus adeptos partían de un fundamentalismo gnoseológico («comprensión radical, hasta la raíz») y de una adhesión a lo que llaman «la lógica formal», o sea la lógica binaria, aristotélica —aquella que sólo acepta síes que sean un completamente-sí y noes que sean un no-en-absoluto; e.d. aquella que no admite contradicciones verdaderas —salvo a lo mejor en un sentido puramente figurado.

Por el contrario, el marxismo hegelianizante es antifundamentalista, rechazando la verticalidad de la construcción cognoscitiva. En lugar de las metáforas vegetales o arquitectónicas, prefiere las geométricas, especialmente la helicoidal, que da expresión a la ley de la negación de la negación: aquella que afirma que, en todas las evoluciones, los estadios previamente superados reaparecen —metamorfoseados o transmutados— en una fase ulterior, habiendo, entre tanto, venido sublimados por aquello que los había superado; esa sublimación (*Aufhebung* en alemán) viene concebida como una unión contradictoria de la afirmación y de la negación, del sí y del no —como un sí-y-no.

En ese marxismo hegelianizante no se distinguen unos cimientos absolutos, fijos, inmovibles y definitivos de unos desarrollos que de ellos extraigan su firmeza y validez —igualmente definitivas—, sino que se entiende dinámicamente el proceso del conocimiento humano, de suerte que los fundamentos son siempre provisionales y vendrán rectificadas circularmente por los corolarios, los cuales nunca son meros corolarios. En cada paso del avance cognoscitivo se extraen conclusiones de las premisas previamente aceptadas, teniendo en cuenta nuevas

experiencias, pero, a la vez, se alcanzan así resultados que cuestionan, en parte, esas premisas.

En lugar de la lógica formal aristotélica, la lógica adecuada para la dialéctica hegelianizante sería una lógica dinámica o no-monotónica: una en la cual los asertos válidos en un estadio del proceso inferencial pueden, legítimamente, venir subvertidos en un estadio más avanzado, con lo cual cada afirmación es sólo válida como una aproximación provisional.

Permítaseme el inciso de que, estando así, en este folleto, abrazada una concepción filosófica —el marxismo hegelianizante— en cuyo proceso cognoscitivo juega un papel significativo la llamada ley hegeliana de la negación de la negación, sin embargo esa ley no viene enumerada entre los principios de la dialéctica.

Es éste uno de los problemas controvertidos en el materialismo dialéctico. Engels había erigido esa ley en uno de los ejes de la dialéctica marxista —heredada de Hegel pero metamorfoseada en sentido materialista. En cambio, Stalin optó por omitirla. Después de su muerte tal omisión le vino reprochada por los filósofos obedientes a la batuta de Jruschov —deseosos de ponerle peros a la obra teórica del líder póstumamente destronado. En cambio, el estructuralista Louis Althusser elogió ese abandono de la negación de la negación, porque, a su juicio, tal ley implica una teleología incompatible con una visión científica.

Lejos de mí querer oponerme a la teleología, ni entonces ni ahora. Ya cuando escribí este folleto —y años antes y todavía hoy— profesaba y profeso las ideas transformistas de Lamarck, no las de Darwin; creo en el finalismo, en que la evolución tiene un sentido.

No voy a especular aquí sobre los motivos de que, al escribir mi folleto de 1965, yo también omitiera la ley de la negación de la negación, a la vez que, en mi refutación del fundamentalismo de los trosquistas, implícitamente la estaba asumiendo. Evidentemente mi concepción de la dialéctica era, ella misma, provisional y en proceso de formación. (Pero mi consagración a la lucha revolucionaria me impedirá dar pasos adelante en el terreno filosófico hasta después de haber cesado mi militancia política en mayo de 1972.)

Sobre los temas filosóficos que acabo de evocar, pueden leerse cuatro trabajos míos de los años ochenta:

- 1980. ***Formalización y lógica dialéctica: estudio sobre la contradictoriedad de lo real y la crítica de la filosofía marxista.*** Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Departamento de Filosofía. 116 páginas. Ciclostilado. (V. https://books.google.es/books/about/Formalizaci%C3%B3n_y_l%C3%B3gica_dial%C3%A9ctica.html)
- 1984. «Engels y las nuevas perspectivas de la lógica dialéctica», en ***Estudios sobre filosofía moderna y contemporánea***, comp. por M^a Isabel Lafuente. León: CEMI (Universidad de León), pp. 163-218. ISBN 8460037770.
- 1987. «Dialéctica, lógica y formalización: de Hegel a la filosofía analítica», ***Cuadernos Salmantinos de Filosofía*** XIV, pp. 149-71. ISSN 0210-4857.

— 1987. *Fundamentos de ontología dialéctica*. Madrid: Siglo XXI. Pp. 427. ISBN 8432306061.

* * *

Cuando escribí la citada autobiografía pensaba que el opúsculo aquí reproducido estaba irrecuperablemente perdido, como no fuera en los archivos ocultos de la policía borbónica o, si acaso, en los sumarios de algunos juicios llevados a cabo por el Tribunal de Orden Público.

No disponiendo de tiempo ni de práctica documentalista, y habiéndose saldado con un resultado magro y frustrante mis gestiones cerca del Ministerio del Interior para que se me entregara copia de cuantos documentos sobre mí obraban en los viejos archivos de la Brigada Político Social, supuse que, a todos los efectos, el documento había desaparecido para siempre.

Lo di por enterrado, como seguramente ha sucedido con los demás textos que redacté en el primer bienio de existencia del PCEml; entre ellos:

- (1) un macizo *Curso de cuadros medios*, publicado en varios volúmenes a multicopista; y
- (2) las versiones provisionales de la Línea Política y los Estatutos.¹

A esos dos textos de cuya existencia al menos guardo un recuerdo, agréganse muchos otros que ni siquiera han dejado huella en mi memoria consciente.

Ha sido Roger Mateos i Miret quien, con su paciente y perspicaz labor de documentalista e historiador, ha rescatado este texto, habiendo tenido la gentileza de transmitirme una fotocopia del mismo.

El texto aquí presentado es el resultado de procesar tal fotocopia, digitalizándola y pasando tal digitalización por un programa de OCR, seguido de una laboriosísima corrección a uña, sin la cual habría sido ilegible.

El texto original de 1965 fue, como ya lo he dicho, íntegra y exclusivamente escrito por mí, sin ser sometido a deliberación ni a control alguno, aunque salió ciclostilado con la firma del Comité Ejecutivo del PCEml, gracias a la plena confianza que en mí habían depositado esos otros dos miembros de lo que venía a ser el Ejecutivo del interior (que, de hecho, dirigía cuanto ese minúsculo partido tenía de organización dentro de España).

Aunque yo lo escribí, no lo mecanografié. Eso es palmario, comprobándose por muchos datos, cuya enumeración sería tediosa; especialmente la colocación de

¹. No tengo un recuerdo nítido de haber redactado la Línea Política unipersonalmente; pero, dado el funcionamiento que entonces tenía la dirección, lo más verosímil es que la comisión de redacción encargada de dar forma a las ponencias aprobadas en el I Pleno Ampliado del Comité Central —celebrado en Bruselas, en diciembre de 1964— fuera, en verdad, unimembre, integrada por un solo militante: el autor de estas líneas. Lo difuminado de mi memoria en lo tocante a la Línea Política podría deberse a que debió ser mi primera tarea, en marzo o abril de 1965.

los acentos gráficos no corresponde en absoluto a la norma que he seguido desde mis primeras redacciones, en los años 50, cuando cursaba el Bachillerato.

Fue mérito de otros camaradas asumir la ardua tarea de teclear mi texto, teniendo en cuenta la hechura de mis manuscritos, mi letra exenta de caligrafía, irregular y difícilmente legible, junto con el uso de abreviaturas y otros rasgos personalizados. El tecleo consistía entonces en escribir a máquina el texto en unos clichés o esténsiles de papel encerado, que quedaban así perforados. Para corregir las faltas usábase un barniz especial, que no siempre tapaba bien. Las multicopistas de que disponíamos eran de baja calidad y, por todo ello, el texto final resultaba de una cansadísima lectura.

Cometiéronse, en la transcripción de mi manuscrito, muchos y palmarios errores. Tras una relectura muy superficial, unos poquitos de ellos fueron señalados en una Fe de erratas que se adjuntó.

Mas no todos los errores venían del mecanógrafo. Mi propia redacción apresuradísima, a uña de caballo, me había hecho incurrir en anacolutos y otras faltas gramaticales así como en *lapsus calami* —errores léxicos o semánticos— (p.ej. «el desarrollo de las luchas espontáneas de las masas obreras [...] engendrará, en su desarrollo, una conciencia política».)²

Es evidente que habría corregido todos esos errores de haber tenido tiempo para releer el texto escrito (y hacerlo no a la carrera).

A la hora de preparar la actual versión, tenía dos opciones:

- 1ª. Respetar íntegramente el texto ciclostilado de 1965 sin introducir corrección alguna.
- 2ª. Hacer sólo todas las correcciones que habría introducido yo mismo hace 50 años si hubiera releído el texto con algo de calma: corregir la ortografía,³ eliminar los anacolutos y otros errores gramaticales y los dos o tres aludidos lapsus.

He optado por la segunda opción, pues la primera, por purista que sea, haría la lectura enormemente trabajosa, en un contexto como el de hoy en que el lector no tiene la misma motivación para empeñarse en esa ardua tarea con la ardiente consagración de un militante clandestino revolucionario de 1965.

He respetado, sin embargo, la ortografía con la cual escribí mi propio manuscrito, desdeñando las innovaciones posteriores de la Real Academia Española, salvo en un único punto: en 1965 escribíanse palabras como «incluido» con acento gráfico sobre la «i», pues se consideraba que esa secuencia de «u» y de «i» no formaba un diptongo, siendo así una palabra tetrasilábica. Por influencia (y sin duda a petición) de academias de la lengua española de Hispanoamérica, pocos

². Está claro que lo que se quiere decir se enuncia correctamente diciendo (1) «Las luchas espontáneas [...] engendrarán, en su desarrollo, una conciencia política»; o bien (2) suprimiendo «en su desarrollo» delante de «una conciencia política».

³. En las condiciones en que se confeccionó el trabajo, eso habría sido imposible, pues habría exigido volver a mecanografiar todo el texto, para lo cual faltaban medios y tiempo.

años después se preceptuó que la secuencia «ui» siempre sería diptongo, aunque la pronunciación común en España no lo reflejara; conque hubo que quitar ese acento.⁴

Tuve que resignarme, tras oponer alguna resistencia en mis primeros trabajos académicos de los años setenta. En la actual versión, se han suprimido tales acentos.

Otra duda atañe a la palabra «arribista», que en 1965 era de uso poco corriente, un vocablo connotado, característico de medios más o menos afrancesados (tratábase de un claro galicismo) y, principalmente, de los ambientes contestatarios, muy orientados hacia París. Resulta que ese adjetivo y el sustantivo correspondiente fueron usados en los documentos del grupo cuyas posiciones vienen refutadas en mi ensayo. Y, siguiendo la pauta francesa, se usaba la «v», no la «b». Hoy tales términos son de uso mucho más difundido y se escriben con «b». He optado por actualizar la grafía, pero manteniendo la «v» en las citas textuales de los documentos del grupo trotskista.

Por último, he tenido dudas acerca de la grafía más conveniente para el nombre propio «Serbia» y para el gentilicio «serbio». En el texto de 1965 figuran con «v», pues así se escribía a comienzos y tal vez hasta mediados del siglo XX —y así figuran en los pasajes de Lenin citados (o sea, más exactamente, en las traducciones de los mismos editadas por Publicaciones en Lenguas Extranjeras del Moscú soviético). Puesto que ninguno de esos vocablos aparece en mi ensayo fuera de citas literales de Lenin, he optado, en aras de la literalidad, por respetar la ortografía de la época.

Con esas salvedades formales, entrego aquí al lector el texto que escribí en aquel duro y amargo otoño madrileño de 1965.

**Lorenzo Peña y Gonzalo
(Llorenç Penya i Gonzalo)
18 de agosto de 2015**

⁴. Así, dejó de escribirse: «constituído», «jesuíta», «fluido».

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

I. EL DOCTRINARISMO INTELECTUAL DE LOS FRACCIONALISTAS TROTSKISTAS

I.1.— ¿Son adaptables los principios a la realidad nacional?

I.2.— La teoría del conocimiento de los fraccionalistas trotskistas.

I.3.— Conciencia individual y conciencia colectiva

I.4.— Las divergencias presentes y la discusión sobre la Línea Política de nuestro partido

II LAS TAREAS DEL PARTIDO OBRERO HACIA LAS MASAS TRABAJADORAS NO PROLETARIAS

II.1.— La clase obrera, combatiente de vanguardia por los intereses generales del pueblo

II.2.— ¿A quién va dirigida la agitación y propaganda del partido obrero?

II.3.— ¿Qué clases se hallan interesadas en los objetivos estratégicos de nuestra lucha?

II.4.— ¿A quienes debe organizar el partido obrero?

II.5.— Acerca del PUEBLO

III. LA CUESTIÓN DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

III.1.— La teoría leninista de la revolución ininterrumpida

III.2.— La teoría de la revolución permanente de Parvus y Trotski

III.3.— La exposición del problema por los fraccionalistas trotskistas

III.4.— La subestimación de la fuerza revolucionaria del campesinado

III.5.— Programa máximo y programa mínimo

III.6.— El socialismo y la política económica de la revolución democrática

III.7.— El campesinado en la etapa de la revolución comunista

III.8.— Trotski y la revolución española

III.9.— El carácter de la revolución española en su etapa actual

IV. LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA EN UN SOLO PAÍS Y LA CUESTIÓN DEL INTERNACIONALISMO

V. LOS ACUERDOS PARCIALES CON CIERTOS SECTORES DE LA BURGUESÍA

V.1.— Explotar las contradicciones interimperialistas

V.2.— ¿Debe el proletariado apoyar a burguesía nacional antiimperialista?

VI. OPORTUNISMO EN MATERIA DE ORGANIZACIÓN

VII. SOBRE EL PROCESO DE RECONSTITUCIÓN DEL PARTIDO

VII.1.— Los grupos

VII.2.— La Conferencia de reorganización del Partido

VII.3.— Las interpretaciones de la conferencia

VII.4.— La falsificación del papel político del Pleno por los fraccionalistas trotskistas

VII.5.— EL Pleno ampliado del Comité Central, lucha entre los marxistas-leninistas y los oportunistas

VII.6.— Posiciones políticas que defendieron los oportunistas sin principios

VII.7.— Derrota completa de los oportunistas sin principios

VII.8.— ¿Qué importancia tiene que las tesis políticas justas «queden sobre el papel»?

VII.9.— Algunas enseñanzas

VIII. ALGUNOS ASPECTOS DE LA ACTIVIDAD DE NUESTRO PARTIDO

VIII.1.— Las divergencias ideológicas en el primer comité de la Federación Centro

VIII.2.— La naturaleza de los errores del primer comité de la Federación Centro

VIII.3.— La «dictadura» de los grupos dirigentes sobre el Partido

VIII.4.— Las funciones del Secretariado del Comité Central

VIII.5.— Las tareas del Partido en orden a la reconstitución del Movimiento comunista mundial (m-l)

VIII.6.— Una modalidad de «crítica» poco recomendable

VIII.7.— Hacia el Congreso del Partido

INTRODUCCIÓN

En el presente documento se critican las tesis expuestas por los fraccionalistas trotskistas en su «Informe crítico en materia de organización» y en su «Crítica al Boletín Interno N° 1».

En su «Crítica al Boletín Interno N° 1» «nuestros» trotskistas dicen :«... el *Boletín Interno* es un modelo de confusionismo en el que la mera lógica formal está ausente y en el que el oportunismo y la reacción se encuentran fundidos con la banalidad y el delirio. Ante este cuadro es vana toda pretensión de establecer una sistematización...». Y, como es vana, los fraccionalistas trotskistas han elaborado sus documentos de la manera más caótica, de suerte que pretender ajustarse a su «ordenación» para criticarlo sería perderse en un laberinto. Hemos preferido referirnos sólo a una parte (creemos que todo lo esencial) de las tesis y afirmaciones contenidas en esos documentos y hacerlo siguiendo un orden sistemático.

El presente documento contiene seis partes teóricas de tipo general:

- 1ª, el doctrinarismo intelectual de los fraccionalistas trotskistas;
- 2ª, las tareas del Partido obrero hacia las masas trabajadoras no proletarias;
- 3ª, la cuestión de la revolución permanente;
- 4ª, la revolución socialista en un solo país y la cuestión del internacionalismo;
- 5ª, los acuerdos parciales con un sector de la burguesía;
- 6ª, oportunismo en materia de organización.

Además de estas seis partes, contiene una dedicada al proceso de reconstitución de nuestro Partido y otra relativa a algunos aspectos de la actividad del mismo y, particularmente, de la dirección, a lo largo de los meses transcurridos del presente año.

En nuestra discusión con los trotskistas nos hemos atenido a los aspectos ideológicos del trotskismo. No hemos tocado el problema de la transformación de Trotski y sus secuaces en bandidos fascistas (transformación que tuvo lugar en la década de los años 30) ni de la actual «IV Internacional» trotskista contrarrevolucionaria, ni de los grupos trotskistas «españoles» de la emigración que actúan al servicio del imperialismo.

«Nuestros» fraccionalistas trotskistas no son agentes conscientes de la reacción, sino un grupo de intelectuales doctrinarios. Por esa razón no hemos querido tocar esas otras cuestiones que no los afectan a ellos directamente (aunque sí indirectamente desde el momento en que defienden toda la actividad de Trotski, hasta su muerte en 1940).

En la lucha ideológica contra la desviación trotskista en nuestro Partido, no podemos olvidar que esta lucha ha surgido como un enfrentamiento entre el doctrinarismo y el militantismo y sigue siéndolo. Es una lucha entre intelectuales racionantes y revolucionarios proletarios. Por consiguiente, la lucha ideológica no debe servir para desatender las tareas prácticas, sino para orientar de una manera más consciente nuestro trabajo práctico.

En el orden del día de nuestra labor partidaria sigue estando la necesidad de pasar de lo abstracto a lo concreto y de la teoría a la acción; de desarrollar y perfeccionar nuestra Línea Política adaptándola mejor aún a nuestra realidad nacional y, sobre todo de aplicar esa línea política mediante el trabajo de organización.

Las dos líneas actualmente propuestas ante el Partido son la línea de pasar de lo abstracto a lo concreto y la de transformar al Partido en un club de estudio y de discusión. Si no se comprende eso, se caerá en la segunda línea.

La lucha contra el doctrinarismo no se puede librar sólo en el campo de la ideología, sino mediante el trabajo práctico. Y principalmente, mediante el trabajo de organización, impulsando la construcción del Partido y consolidando sus estructuras.

I — EL DOCTRINARISMO INTELECTUAL DE LOS FRACCIONALISTAS TROTSKISTAS

I.1.— ¿Son adaptables los principios a la realidad nacional?

La relación entre los «principios» de validez universal y la realidad concreta no es una «adaptación», sino una aplicación —en el sentido de «comprensión a la luz de». Los «principios» no son modificados por la realidad concreta.

Así se expresan los fraccionalistas trotskistas. Esas expresiones encierran una comprensión dogmática y metafísica de lo que son los principios del comunismo científico. El contenido concreto del griterío que profieren los fraccionalistas trotskistas contra la *adaptación de los principios* a la realidad nacional estriba en creer que «los principios no son modificados». Eso significa considerar los principios como algo inmutable, acabado, como dogmas, exactamente igual aplicables a las diversas realidades nacionales.

Criticando posiciones muy próximas a las de nuestros fraccionalistas trotskistas, Lenin decía (en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*): «Mientras subsistan las diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países —y esas diferencias subsistirán incluso mucho después de la instauración universal de la dictadura del proletariado—, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países no exigirá la supresión de la variedad, ni la supresión de las particularidades nacionales —lo cual es, en la actualidad, un sueño absurdo—, sino una aplicación *tal* de los principios **fundamentales** del comunismo —poder soviético y dictadura del proletariado— que **modifique acertadamente esos principios en sus detalles**, que los *adapte*, que los aplique acertadamente a las particularidades nacionales y nacional-estatales. Investigar, estudiar, descubrir, adivinar, captar lo que hay de particular y de específico, desde el punto de vista nacional, en la manera en que cada país aborda concretamente la solución del problema internacional común, del problema del triunfo sobre el oportunismo y sobre el doctrinarismo de izquierda en el seno del movimiento obrero, del derrocamiento de la burguesía, la instauración de la república soviética y la

dictadura proletaria, es la principal tarea que atraviesan actualmente todos los países adelantados y no sólo los adelantados».⁵

Resulta, pues, que el único contenido concreto de la tesis dogmática sobre la inadaptabilidad de los principios es decir, la creencia en que «los principios no son modificados por la realidad concreta», es una creencia errónea, según Lenin. Lenin no sólo llama a los comunistas revolucionarios a *adaptar* los principios, a ajustarlos acertadamente a las particularidades nacionales, sino que afirma expresamente que esa tarea implica la modificación de los principios en sus detalles.

Los partidos marxistas-leninistas que han llevado y llevan a cabo una línea política justa y obtienen grandes éxitos en la movilización de las masas por los objetivos del comunismo revolucionario han sabido (y saben) adaptar el marxismo-leninismo a las condiciones específicas de sus países.

Veamos algunos ejemplos. Los camaradas chinos han formulado esa adaptación con la expresión «integrar la verdad universal del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la revolución china». Los camaradas indonesios formulan, a su vez, esa tarea con la expresión «indonesianización del marxismo-leninismo», lo que no significa —entiéndase bien— poner en pie un «marxismo indonesio», sino precisamente adaptar y enriquecer los principios marxistas-leninistas con las particularidades de la realidad nacional de Indonesia. El problema es, o bien aplicar mecánicamente, sin modificación alguna, los principios, o bien aplicarlos adaptándolos a la realidad nacional, modificándolos acertadamente en sus detalles.

Algunas conclusiones: ¿Cuál es la consecuencia política principal de la creencia dogmática en la inadaptabilidad de los principios fundamentales del comunismo científico? Esa consecuencia es la aplicación mecánica, la desestimación de las particularidades nacionales, lo que lleva a desligarse de la realidad nacional y, en definitiva, de las masas. La creencia dogmática en la inadaptabilidad de los principios se vincula a la concepción trotskista según la cual la revolución proletaria no transcurre, ni siquiera en su primer período, en un marco nacional-estatal (concepción que lleva a negar la construcción socialista en un solo país). Pero ese problema lo tratamos aparte.

I.2.— La teoría del conocimiento de los fraccionalistas trotskistas

De acuerdo con la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico, la realidad no se comprende de una vez por todas, de una manera definitiva y acabada. Por el contrario, el proceso del conocimiento de la verdad es un proceso de totalización ininterrumpida, en íntima ligazón con la práctica.

Ese proceso de totalización estriba en la crítica de cada uno de los postulados de nuestro conocimiento en función del conjunto de la experiencia colectiva (experiencia que se da en la acción social). Son muchos, muchísimos, los postulados que se aceptan sin

⁵. Los subrayados son nuestros. Hemos tomado la traducción de las Ediciones en Lenguas Extranjeras de Moscú. Para cerciorarnos sobre la traducción, hemos consultado una edición francesa que dice: «...qui modifie correctement ces principes dans les questions particulières, les adapte et les ajuste comme il convient aux particularités nationales et politiques».

comprenderse «radicalmente». La comprensión «radical» de cada uno de ellos no se da nunca de una manera acabada, sino que está sometida a un proceso continuo de profundización y esclarecimiento críticos.

La verdadera conciencia de clase del proletariado, la conciencia comunista revolucionaria (o, en otros términos, el marxismo-leninismo) no ha surgido de una manera acabada. Como todo el conocimiento científico en general, la conciencia comunista revolucionaria está sujeta a una autocrítica constante, que no es sino la resolución de las contradicciones entre sus diversos postulados, contradicciones que surgen —y no pueden por menos de surgir— en el fragor de la acción práctica revolucionaria de la clase obrera, en el fragor de las contradicciones de la realidad objetiva, que van siendo resueltas por esa misma acción revolucionaria.

Para que se comprenda todo esto (y esa comprensión es necesaria a fin de entender dónde estriba el error fundamental de los trotskistas) introduciremos la siguiente explicación. Como todo proceso de la realidad, el pensamiento humano (tanto individual como colectivo), se desarrolla a través de contradicciones. La realidad es contradictoria y engendra contradicciones en la conciencia del hombre. La mera generalización de las experiencias sociales no resuelve esas contradicciones, sino que las crea, puesto que el generalizar cada uno de los aspectos de la realidad (aspectos contradictorios entre sí) engendra inevitablemente contradicciones en la conciencia.

Para superar las contradicciones hace falta la crítica o totalización. La crítica consiste en no destacar ningún aspecto de la conciencia como algo absoluto, como un principio privilegiado; en no conceder a ningún postulado una validez apriorística; en someter cada uno de los principios, de los supuestos, de los postulados, al conjunto del sistema de la conciencia como un todo.

Para los filósofos burgueses eso carece completamente de sentido, es un absurdo. Esos filósofos se dividen en los dogmáticos y los «críticos». Los primeros sostienen como «de suyo» ciertos postulados *a priori*. Los segundos «dudan de todo».

El materialismo dialéctico no tiene nada que ver ni con el dogmatismo ni con ese «criticismo» burgués. El materialismo no exige que «se dude de todo», sino que se pongan al descubierto y se resuelvan las contradicciones que inevitablemente surgen en la conciencia, que es cosa muy distinta. Cuando el reflejo de los diversos aspectos de la realidad engendra una contradicción en nuestra conciencia, es preciso resolver esa contradicción a la luz de toda la experiencia social, cuya expresión es la ciencia. Y la única manera de resolver las contradicciones es aplicando los cuatro principios del método dialéctico (la ley de la unidad y la lucha de los contrarios; la ley del movimiento ininterrumpido de todas las cosas; la ley de la interconexión de todos los aspectos de la realidad; y la ley de la transformación de los cambios cuantitativos en cambios cualitativos).

A su vez esos cuatro principios no deben considerarse como axiomas, sino que su formulación puede y debe variar, perfeccionarse, hacerse más exacta y precisa a medida que se desarrolla y se perfecciona toda la ciencia.

El marxismo, como todo sistema verdaderamente científico, es un sistema abierto, una totalidad abierta. Como sistema, como conjunto, es un reflejo certero de la realidad.

Pero eso no significa la exactitud (ni, por tanto, la certeza absoluta) de cada una de sus fórmulas y conclusiones, tomadas por separado.

Eso lo puso de relieve con especial clarividencia Stalin. Stalin decía:

Los dogmáticos y los talmudistas consideran al marxismo, a cada una de las conclusiones y fórmulas del marxismo, como una colección de dogmas, los cuales no cambian *jamás*, pese a los cambios en las condiciones de desarrollo de la sociedad. Ellos piensan que, cuando se hayan aprendido de memoria estas conclusiones y fórmulas y comiencen a citarlas de carrerilla, serán capaces de resolver cualquier problema, calculando que las conclusiones y las fórmulas aprendidas de memoria se adaptan a todas las épocas y a todos los países, a todos los casos de la vida. Pero de esa manera pueden pensar sólo aquellos que ven la letra pero no la esencia del marxismo, los que se aprenden mecánicamente los textos de las conclusiones y fórmulas del marxismo, pero no comprenden su contenido.

El marxismo es la ciencia de las leyes de desarrollo de la naturaleza y de la sociedad, la ciencia de la revolución de las masas oprimidas y explotadas, la ciencia de la victoria del socialismo en todos los países, la ciencia de la edificación de la sociedad comunista. El marxismo como ciencia no puede quedar inmóvil, sino que se desarrolla y se perfecciona. En su desarrollo el marxismo no puede dejar de enriquecerse con nuevas experiencias, con nuevos conocimientos; y, por tanto, cada una de sus conclusiones y fórmulas no puede dejar de modificarse con el curso del tiempo; no pueden por menos de ser sustituidas por nuevas fórmulas y conclusiones, correspondientes a las nuevas tareas históricas. El marxismo no conoce conclusiones o fórmulas inmutables, obligatorias para todas las épocas y para todos los períodos. El marxismo es el enemigo de todo dogmatismo. (J.Stalin, *El marxismo y la cuestión de la lingüística*).

Esta exposición de Stalin explica genialmente el problema que estamos tratando. El marxismo es algo muy distinto a una simple colección de tesis yuxtapuestas. La esencia del marxismo permanece, aunque cada una de sus fórmulas y conclusiones se altere. ¿Cómo es eso posible?, se preguntarán aquellos que, viciados por el formalismo lógico, entienden la doctrina como un aglomerado de axiomas y conclusiones. Es posible porque en cada tesis, en cada fórmula del marxismo hay un elemento de certeza, que impregna toda la teoría, pero que no implica necesariamente la exactitud de esa tesis. En el campo de la ciencia política ninguna tesis es absolutamente exacta. Nuestro lenguaje no es suficientemente perfecto para expresar con exactitud los fenómenos de una realidad tan compleja.

Pero que las conclusiones y fórmulas del marxismo no sean inmutables no quiere decir que la esencia del marxismo se altere. La esencia del marxismo es el elemento de verdad que aflora en cada una de sus fórmulas y conclusiones. Por eso la esencia del marxismo es inalterable.

Hasta aquí hemos expuesto, en rasgos generales, la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico. Frente a ella, la teoría del conocimiento de los fraccionalistas trotskistas es un salto del escepticismo (disfrazado de «crítico») al dogmatismo.

Los trotskistas parten de unos principios acabados e inmutables, cuya comprensión ha de ser «radical» o no ser de ninguna manera. Quienes han sido iniciados en esos principios y han llegado a la comprensión «radical», a la «apertura radical a la realidad»,

ésos son los únicos que tienen la «conciencia de clase del proletariado». Todos los demás son, por su conciencia, burgueses.

Cuando algo falla en la comprensión, cuando surgen contradicciones en la conciencia, hay que ir a un «replanteamiento radical» de «todos» los problemas, sin dar por supuesto nada que no se «comprenda verdaderamente», es decir, «radicalmente». Y, a través de ese replanteamiento, llegar (no sabemos exactamente cómo) a una «solución verdaderamente radical» de los problemas, esto es, a comprenderlos «hasta la raíz», o sea, llegar nuevamente a la formulación de unos principios perfectos, acabados, inmutables. Tales son las concepciones de los fraccionalistas trotskistas. Vamos a citar diversos pasajes de sus documentos que lo demuestran.

«Un comunista es un hombre en el que la comprensión de la realidad ha llegado a un punto tal que se convierte en tarea de transformación de la misma». Pero esa «comprensión» sólo se da si consiste en «planteamientos verdaderamente radicales». Así, concretamente, «para un revolucionario la autocrítica es el análisis radical de sus propios errores» (y, si no es radical, ¿no vale nada?), «la comprensión clara de las causas del carácter de los mismos». Y, si esa comprensión no es clara, entonces, al parecer, más vale no hacer autocrítica. «...se trata... de que una comprensión radical de la realidad ponga al descubierto el verdadero carácter de todos los elementos de ésta...». La comprensión sólo es, pues, radical si pone al descubierto el verdadero carácter de todos los elementos de la misma, sin dejarse ninguno. «Lo único que se opone a no saber pasar de lo abstracto a lo concreto ... es la apertura radical a la realidad, la conciencia revolucionaria». Una vez más se nos dice que la conciencia sólo es revolucionaria si es radical. Y que, una vez adquirida esa conciencia «radical», ya no hay nada más que aprender.

«Nuestra experiencia nos ha demostrado que no es una actitud revolucionaria la que acepta una serie de presupuestos sin comprenderlos; que, por el contrario, es absolutamente preciso comprenderlos verdaderamente para aceptarlos». Ya sabemos lo que entienden por «comprender verdaderamente»: comprender de una manera «radical», «esto es, hasta la raíz», de una manera «que ponga al descubierto el verdadero carácter de todos los elementos» de la realidad. Sin esa comprensión, clara y radical, de todos los elementos de la realidad (sin dejarse ninguno, se sobreentiende) no se puede «aceptar», por tanto, ningún «presupuesto». En una palabra, que o se comprende todo o no se comprende nada. No hay grados.

Tales exigencias no pueden por menos de llevar —aunque sea como etapa transitoria— a un viaje del reino del dogmatismo a la ciénaga del escepticismo. «En nuestra opinión son muchas las cosas que todos nosotros hemos aceptado sin comprender en absoluto, y la actitud que debemos adoptar es la de replantearnos todas estas cosas...». Pero «todas estas cosas que han «aceptado sin comprender en absoluto» son (a juzgar por sus cambios de punto de vista en los diversos problemas ideológicos) prácticamente todas las cuestiones centrales del marxismo y del leninismo. Replantarse todas esas cosas es, en una palabra, dudar de todo, no aceptar ningún presupuesto, moverse en las tinieblas.

Pero a continuación nos descubren la fórmula que nos va a dar la solución: «...la discusión, pensamos ... es la única forma auténticamente radical de solución de los problemas». No sabemos muy bien cómo puede la discusión proyectar luz cuando se duda de todo y se replantea uno todo simultáneamente. Pero los fraccionalistas trotskistas nos

dan ánimos: «Pedimos a todos los camaradas que consideren todo lo que hemos expuesto de una manera verdaderamente radical...», que quiere decir, con una comprensión clara y poniendo al descubierto todos los elementos de la realidad. Sólo una intuición, una evidencia inmediata de alguna «raíz» puede salvarnos de la confusión y del escepticismo y trasladarnos al reino de los iniciados en la «comprensión radical».

Todos los filósofos «críticos» de la burguesía han pasado del escepticismo (no aceptar ningún presupuesto sin comprenderlo cabalmente) al dogmatismo por una pseudoevidencia «radical» o «fundamental». Sólo los materialistas dialécticos no tienen necesidad de ninguna «raíz» o «fundamento» cuya comprensión, como un elemento aislado de la conciencia, sea *previa* a poder afirmar o negar algo, aceptar o no un «presupuesto», puesto que, como hemos expuesto, el materialismo dialéctico no se basa en ningún principio aislado, sino en el conjunto, en el sistema de los principios.

Hablando con rigor lo que caracteriza al marxismo, como a todo sistema científico, no es la comprensión «radical», sino la comprensión total, global, de la realidad; no en el sentido de comprender cabalmente todos y cada uno de los elementos de la misma, sino su conjunto, su totalidad.

No tenemos intención de enzarzarnos en una polémica de palabras. Realmente, en otro contexto, no encontraríamos en principio nada criticable en la expresión «comprensión radical», tan machaconamente repetida por los fraccionalistas. Pero, a lo largo de los documentos de esta fracción liquidadora, se ve con nitidez el sentido dogmático, metafísico, en el que emplean esta palabra «radical», que significa (nos lo han explicado numerosas veces) «hasta la raíz», una raíz que semeja muy de cerca ese «fundamento» cuya comprensión clara e inmediata nos abriría las puertas de la sabiduría y que todos los filósofos críticos de la burguesía han buscado (algo así como quien busca la piedra filosofal) y muchos de ellos creído hallar.

I.3.— Conciencia individual y conciencia colectiva

El marxismo-leninismo es la ciencia del proletariado comunista. El marxismo-leninismo es patrimonio del movimiento obrero revolucionario mundial. Siendo, como es, una doctrina en permanente proceso de transformación y enriquecimiento, el marxismo-leninismo no puede darse íntegramente en el cerebro de ningún comunista individual. La comprensión individual del marxismo-leninismo, la asimilación de sus principios, es siempre relativa, nunca absoluta o «radical». Dentro de esa comprensión caben muchos grados; el aprendizaje y la comprensión cabal de los principios nunca se pueden dar por terminados.

Pero, aunque no se dé en ningún comunista individual, el marxismo-leninismo, globalmente considerado, es una realidad, realidad plasmada, cristalizada, materializada tanto en los textos políticos e ideológicos del movimiento comunista (a los que con tanto desdén se refieren los fraccionalistas, diciendo que lo de menos es que las conclusiones «queden sobre el papel») como en la acción práctica de ese movimiento.

He aquí lo que no pueden comprender los doctrinarios trotskistas, quienes tienen una concepción puramente individualista de lo que es la conciencia de clase.

Para ellos esa conciencia únicamente existe si se da en un cerebro. Que no hay cerebros colectivos es cierto. Pero que no haya una conciencia colectiva no lo es en absoluto. El marxismo-leninismo es algo más que el pensamiento individual de Marx y Lenin: es una doctrina que inspira colectivamente al movimiento comunista, que se plasma tanto en los textos de dicho movimiento como en su acción, que está en el movimiento comunista como en un todo, pero no de una manera integral en cada uno de sus militantes.

Lo esencial no es, pues, haber llegado individualmente a una comprensión «radical» como condición previa para poder ser militante. Lo esencial es estar inserto en ese proceso teórico-práctico colectivo que es el movimiento comunista, participar realmente en ese proceso en todos sus aspectos.

Militantes comunistas revolucionarios con una comprensión que dista de ser «radical» pueden, si se integran en cuerpo y alma (teórica y prácticamente) al proceso revolucionario-proletario, alcanzar un grado de comprensión infinitamente mayor que los intelectuales que anteponen la comprensión radical individual de cada militante a la realización de cualesquiera tareas prácticas.

¿Qué es lo que no comprenden los intelectuales doctrinarios que componen la fracción trotskista? Que la práctica precede a la teoría; que la teoría es el reflejo de la práctica; que el marxismo-leninismo es también el reflejo de la práctica. Y eso no sólo en el sentido más general de que el marxismo ha surgido como reflejo de las condiciones materiales de existencia de la clase obrera, sino también en el de que esa teoría, además de ser una guía para la acción, se guía ella misma por la propia acción, se enriquece y se transforma como reflejo del desarrollo de la acción práctica revolucionaria. El marxismo, como decía Lenin, «es una acertada teoría revolucionaria que, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario». (Los subrayados son nuestros.)

Los doctrinarios no han comprendido que la teoría es la expresión generalizada y totalizada de la experiencia del movimiento obrero; no han comprendido tampoco que esta teoría no puede surgir y progresar en las mentes de aquellos que sean meros pensadores, meros teóricos, sino en las de los que sean, a la vez, luchadores y militantes prácticos. Y que, por eso, no cabe ni hablar de asimilación «radical» del marxismo-leninismo previamente a desarrollar una acción práctica de combate en las filas del proletariado comunista.

Para los trotskistas «un comunista es un hombre en el que la comprensión de la realidad ha llegado a un punto en que se convierte en tarea de transformación de la misma». Pero, en realidad, la comprensión de la realidad sólo se forma definitivamente, sólo se hace «verdaderamente radical», en estrecha relación con la lucha práctica, sobre la base de la inserción militante en esa lucha.

Para los trotskistas la conciencia colectiva no cuenta; sólo existe la conciencia individual. Por consiguiente, para ellos la inserción práctica de un militante en el movimiento de la lucha de clase del proletariado no puede tener ningún valor para la formación teórica de ese militante. Al revés, se precisa esa formación como condición previa para poder ser militante; y no una formación cualquiera, sino aquella que implica

la «comprensión radical» y «clara» de todos los elementos de la realidad y la comprensión verdaderamente radical de todos los presupuestos.

Una de las consecuencias de la posición racionante-individualista de «nuestros» trotskistas es su oposición a la educación política e ideológica organizada por el Partido. Ellos conciben la toma de «conciencia radical» como un proceso puramente individual (en la medida en que se lo puede llamar «proceso»). Dicen: «En general, la elevación del nivel político de los militantes del Partido es una tarea que no se puede desarrollar mediante la mera programación». «El nivel político de los militantes no se eleva simplemente por la ejecución de ciertos planes establecidos por la dirección, precisamente porque la ejecución más o menos correcta de cualesquiera planes del Partido depende ella misma del nivel político de los militantes».

Así pues, no hay nada que hacer salvo esperar a que cada militante llegue por sí al único nivel político que admiten los trotskistas (el de la «comprensión radical» de todos los elementos de la realidad). Cuando se haya llegado a ese nivel, entonces ya será posible hacer planes. Antes, es imposible. Y, particularmente, es imposible elaborar planes que puedan servir precisamente para elevar el nivel político de los militantes. Con esas posiciones, los doctrinarios llevan a sus consecuencias lógicas la tesis idealista de que la teoría precede a la práctica.

I.4.— Las divergencias presentes y la discusión sobre la Línea Política de nuestro partido

Uno de los miembros de la fracción trotskista liquidadora ha sido en momentos pasados el principal defensor de la formulación que se contiene en la Introducción del Proyecto de Línea Política de nuestro Partido, acerca de la elaboración de la conciencia comunista revolucionaria por parte de «algunos Intelectuales en primer lugar», para, a continuación, ser transmitida por ellos a «los elementos más avanzados de la clase obrera». Esta formulación procede directamente de Lenin. Es un punto de nuestra Línea Política que está en discusión. No vamos a entrar aquí de lleno en esa discusión sino solamente exponer la interpretación que, del análisis que precede, se desprende por parte de la fracción trotskista liquidadora en lo concerniente a esa formulación.

La tergiversación dogmática que de la conciencia comunista hacen los trotskistas, en el sentido de interpretar esa conciencia como una colección de dogmas «inadaptables», «inmodificables», los lleva a entender la «elaboración» inicial de esa conciencia por Marx y Engels, no como lo que en realidad ha sido históricamente (la formulación, mediante unas formas de expresión que pueden ser alteradas, de un contenido fundamental o básico, sobre el que ha de irse levantando el edificio de la doctrina a tenor de las experiencias prácticas del movimiento obrero), sino en el sentido de la elaboración de una doctrina acabada e inmutable.

Así pues, las concepciones leninistas sobre la difusión entre las masas de la doctrina del comunismo científico son deformadas por estos intelectuales. Las formas de expresión se mantienen, a lo menos en parte, pero el contenido cambia por completo.

Para Lenin, se trataba de que la difusión entre las masas de la doctrina marxista era un elemento de un proceso ininterrumpido, puesto que, una vez difundida y encarnada en las masas esa doctrina, una vez que, por ello mismo, se transforma (la doctrina) en fuerza material, en acción, en el curso de esta acción debía modificarse a tenor de las nuevas experiencias; para Lenin se trataba de que la vanguardia organizada del proletariado (el Partido comunista revolucionario) debía, no sólo difundir entre las masas la doctrina comunista, sino verificar en la práctica la justeza de esa doctrina y de cada uno de sus principios, corrigiéndolos en la medida en que la propia práctica lo exigiese; para Lenin se trataba, por último, no sólo de aportar a las masas conocimientos políticos, sino también de aprender de las masas, de enriquecer la propia doctrina con la sabiduría de las masas, tanto de aquellas que (parcialmente) están instruidas en la doctrina marxista como de las que carecen de esa instrucción.

Toda esta dialéctica viva que une de la manera más directa la teoría a la práctica hasta borrar incluso las fronteras entre ambas falta totalmente en nuestros intelectuales doctrinarios, los fraccionalistas trotskistas. En ellos el «infundir» conciencia comunista al proletariado viene a ser algo así como una acción misional (es evidente que la doctrina cristiana no se modifica ni se enriquece en nada con las opiniones y, menos aún, con la práctica de las masas a las que se predica). Esta «infusión» (es su término favorito y nada le objetaríamos si no fuera por todo el contexto en el que está situado), al no ser la de una doctrina que se transforma y se modifica sin cesar —como todas las demás cosas y fenómenos que se dan tanto en el campo de la naturaleza como en el de la sociedad y el pensamiento— no puede ser más que un adoctrinamiento puramente pedagógico, con visos de predicación misional.

Todo ello desemboca, lógicamente, en la transformación del Partido en un club pedagógico, lo que, a su vez, da pie para preconizar los criterios de organización más liberales, más oportunistas.

De lo anteriormente expuesto se desprende que, a la luz de las actuales divergencias, consideramos que lo más correcto es decir que:

- 1.— La elaboración de la doctrina marxista-leninista (que es la auténtica conciencia de clase del proletariado) es obra del movimiento comunista mundial (o vanguardia combativa del proletariado mundial) en su conjunto;
- 2.— Los fundamentos de esa doctrina fueron históricamente formulados por los pensadores avanzados de la clase obrera, Marx y Engels (que son, más precisamente que los «elaboradores», los fundadores del comunismo científico);
- 3.— La doctrina marxista-leninista, en su estado actual de desarrollo y enriquecimiento (y no sólo en los textos de sus clásicos), debe ser difundida sin cesar entre las masas obreras, las que, con su acción y con su pensamiento, contribuirán a impulsar el desarrollo y el enriquecimiento de esa doctrina.

Estas formulaciones nos parecen absolutamente concordes con las tesis de Lenin y no suministran (al menos sin gran retorcimiento) base para tergiversaciones dogmáticas y doctrinarias, a la usanza de nuestros fraccionalistas trotskistas.

II — LAS TAREAS DEL PARTIDO OBRERO HACIA LAS MASAS TRABAJADORAS NO PROLETARIAS

II.1.— La clase obrera, combatiente de vanguardia por los intereses generales del pueblo

Los fraccionalistas trotskistas interpretan de una manera doctrinaria y metafísica el carácter de clase del Partido marxista-leninista como partido obrero, negando de hecho su carácter de partido de vanguardia en la lucha por los intereses generales del pueblo y de la nación.

Los fraccionalistas trotskistas acusan a nuestro Partido de tratar de convertirse en el «partido del pueblo» [!]. ¿En qué basan esta acusación?

- 1.— En que, según el *Boletín Interno* N°1, la propaganda del Partido tiene por objeto explicar a la clase obrera y al pueblo los objetivos de nuestra lucha. Ahora bien los fraccionalistas trotskistas consideran que eso es «no hacer diferencia entre el proletariado y las demás clases que incluye el pueblo». De lo que deducen que para la dirección del Partido «la afirmación según la cual el Partido Comunista es el Partido del proletariado no significa nada».
- 2.— Según el *Boletín Interno* N°1 «hay que llegar a todas las clases interesadas en tales objetivos a través de los diversos canales organizativos que el Partido debe ir estableciendo». Para los fraccionalistas trotskistas eso significa que, puesto que «los objetivos» de «nuestra lucha» «interesan» a «todas las clases» que componen «el pueblo», entonces resulta que, según la dirección del Partido, «el proletariado *no es más que una* de las varias clases interesadas en tales objetivos» (subrayado por nosotros).
- 3.— El *Boletín Interno* N°1 sostiene que es tarea de nuestro Partido penetrar en las zonas rurales para educar y organizar, ante todo, al proletariado agrícola, pero también a los campesinos trabajadores. Para realizar esa tarea, el *Boletín Interno* considera que «hay que empezar por especializar a algunos camaradas en esa tarea para que vayan estudiando todo lo relativo al campo», para pasar lo antes posible al inicio efectivo del trabajo en las zonas rurales. Los trotskistas tergiversan esas consideraciones, diciendo que el *Boletín Interno* «afirma la necesidad de emprender ya una acción directa de propaganda, de agitación y de organización en medio del campesinado». Como hemos visto, eso no es exacto, pues lo que hay que hacer ya es «...empezar por especializar a algunos camaradas... para que vayan estudiando todo lo relativo al campo», para pasar, próximamente (pero no ya), a la realización efectiva del trabajo rural. Pero eso es lo secundario. Lo principal es que según los fraccionalistas trotskistas la organización de los obreros agrícolas y de los campesinos significa «dispersar fuerzas» y sólo dejará de serlo cuando el «movimiento obrero [sea] capaz de hacerse notar prácticamente a la vista de todos como una amenaza seria para el régimen».

Esos tres problemas planteados, a los que dan una contestación categórica los fraccionalistas trotskistas, son de una importancia cardinal para el Partido y para la orientación general de su lucha. Si el Partido sigue las orientaciones que, de acuerdo con su Línea Política, ha formulado la dirección, entonces, el Partido, en un proceso de continua bolchevización, encarnará cada vez más la vanguardia militante de la clase obrera y, a la vez, se erigirá en destacamento avanzado de la lucha por los intereses generales del pueblo y de la nación.

Si el Partido siguiese, por el contrario, los consejos de los fraccionalistas trotskistas, se convertiría en una organización estrecha de los obreros fabriles, incapaz por ello mismo de ser el instrumento mediante el cual el proletariado ha de ejercer su hegemonía sobre las demás clases populares en la revolución democrático-nacional.

II.2.— ¿A quién va dirigida la agitación y propaganda del partido obrero?

En su célebre artículo «Sobre la caricatura del marxismo y el economicismo imperialista», Lenin dijo: «Sólo los ‘economicistas’ de triste memoria pensaban que las consignas del Partido obrero cabe plantearlas únicamente para los obreros. No, esas consignas se plantean para toda la población trabajadora, para todo el pueblo».

Efectivamente, el proletariado no puede erigirse en jefe de todos los trabajadores, de todo el pueblo, más que si las consignas del destacamento de vanguardia de la clase obrera van dirigidas a todos los sectores oprimidos de la población.

Eso es tanto más cierto, tiene una importancia tanto mayor, cuando la revolución planteada no es comunista sino democrática, es decir, cuando en ella está interesada la pequeña burguesía, incluso como tal pequeña burguesía y no exclusivamente en tanto que trabajadora. En la revolución democrática, la clase obrera y su Partido tienen que ser los combatientes de vanguardia por la democracia (y, si la revolución es democrático-nacional, por la independencia y la soberanía de la patria). Y para ser vanguardia no basta con declararlo, sino que hay que demostrarlo, entre otras cosas desarrollando la agitación y la propaganda más intensas posible, no sólo entre los obreros sino también entre todas las clases populares, entre todas las clases interesadas en el derrocamiento del poder de la reacción.

Lenin señalaba que, en la etapa de la revolución democrática, por lo que concierne a la preparación de los dirigentes del movimiento obrero «lo principal, evidentemente, es la propaganda y la agitación entre todas las capas de la población». Ésta es también la tesis que sostiene el *Boletín Interno* N°1.

Los fraccionalistas trotskistas rechazan esa tesis. La raíz de ese rechazo estriba en su comprensión completamente errónea del proceso revolucionario ininterrumpido que lleva al comunismo, estriba en su teoría de la revolución permanente, es decir, sin etapas de transición. Eso lo exponemos en otro lugar, más adelante,

La conclusión que se extrae de la posición de los fraccionalistas trotskistas es que nuestra agitación y propaganda deben limitarse, al menos en lo fundamental y durante todo un período (hasta que exista «un movimiento obrero capaz de hacerse notar prácticamente a la vista de todos como una amenaza seria para el régimen»), a una labor entre las masas

obreras urbanas. Eso significa, de hecho, renunciar a movilizar a las masas populares no proletarias en la lucha por el triunfo de la revolución democrático-nacional bajo la dirección de la clase obrera, pues, para ejercer esa dirección, es absolutamente imprescindible una activa y sistemática labor de propaganda y de agitación del Partido obrero entre todos los sectores del pueblo, unas orientaciones claras del Partido obrero a todos los sectores de la oposición nacional y democrática.

Los fraccionalistas trotskistas, de hecho, como veremos más abajo, renuncian completamente a esta misión, oponiéndose en la práctica a que el proletariado se erija en jefe de todos los oprimidos y explotados. ¡Y eso en nombre del papel histórico del proletariado, del papel de las masas obreras!

II.3.— ¿Qué clases se hallan interesadas en los objetivos estratégicos de nuestra lucha?

Tenemos que distinguir entre el objetivo final y el objetivo estratégico actual, la revolución democrático-nacional; sin olvidar que entre la revolución democrático-nacional y el comunismo media toda una época histórica de revolución socialista, de dictadura del proletariado.

El objetivo final, el comunismo, es algo que interesa no sólo al proletariado sino a toda la humanidad trabajadora *en la medida* en que es trabajadora. Los intereses del proletariado son, pues, los de toda la humanidad laboriosa, oprimida y explotada, si bien sólo el proletariado está íntegramente interesado en el advenimiento de la sociedad comunista (por el hecho de ser la clase absolutamente alienada, aquella que no tiene nada que perder salvo sus cadenas).

El objetivo estratégico actual nuestra revolución (esto es, el poder democrático popular) sí que interesa *íntegramente* a todas las clases trabajadoras y populares.

Cuando hablamos de los objetivos de nuestra lucha, sin más, no nos referimos al objetivo final, sino al objetivo estratégico de *nuestra lucha actual*, de nuestra lucha en la hora presente (que es la revolución democrático-nacional). Por eso es por lo que consideramos que para nuestra concepción de esta lucha hay que ganarse a todas las clases populares.

Nuestros fraccionalistas trotskistas arguyen que, si los objetivos de nuestra lucha interesan a todas las clases que componen el pueblo, entonces el proletariado «no es más que una de las varias clases interesadas en tales objetivos». Éste es un razonamiento absurdo. El hecho de que todas las clases populares (proletariado, campesinado trabajador, pequeña burguesía urbana) estén interesadas en los objetivos de nuestra lucha no quiere decir que todas lo están del mismo modo. Para el proletariado, la revolución democrático-nacional tiene el interés de abrir el paso a la revolución comunista, de ser la primera etapa de esa revolución.

Sólo el proletariado es consecuente luchador revolucionario en esta revolución, precisamente porque va mucho más allá de la revolución democrático-nacional. Todo eso es claro y en ese sentido está concebido el *Boletín Interno* N°1, al que nadie puede tergiversar. Pero para combatir las tendencias sectarias era preciso insistir, no en esas

verdades elementales y archisabidas, sino precisamente en la necesidad de ir a todas las clases populares y el porqué.

¿Cuál es, en cambio, la concepción de nuestros fraccionalistas trotskistas? Al rechazar las formulaciones de nuestro *Boletín Interno* N°1 y declararlas «antimarxistas», los fraccionalistas trotskistas vienen a afirmar que la *única* clase interesada en los objetivos de nuestra lucha es el proletariado.

Particularmente insisten —aunque eso lo examinaremos al abordar la cuestión de la revolución permanente— en que sólo el proletariado puede tomar el poder político, que no puede compartirlo en modo alguno con las demás clases y capas trabajadoras, ni siquiera en la primera etapa de la revolución. En realidad niegan que se plantee ninguna primera etapa, quieren saltar por encima de la revolución democrática y nacional, pasando directamente a la revolución comunista. Rechazan, pues, que se dé actualmente en nuestro país una comunidad de intereses entre el proletariado y la pequeña burguesía y admiten tan sólo, como luego veremos, que la pequeña burguesía renuncie a sus propios intereses de clase y apoye los del proletariado. Tal es su concepción del papel histórico de la clase obrera.

II.4.— ¿A quienes debe organizar el partido obrero?

De acuerdo con el marxismo-leninismo, el Partido comunista es el partido de la clase obrera, agrupa en su seno a los elementos más avanzados de la clase obrera y dirige a las amplias masas proletarias en su lucha contra el capital. Pero, al mismo tiempo, se incorpora como militantes a los elementos pertenecientes a otras clases que abrazan la concepción del mundo y los intereses propios del proletariado. El Partido Comunista, como destacamento de vanguardia del proletariado, es el instrumento principal mediante el cual el proletariado ejerce su hegemonía sobre las demás clases trabajadoras. Y, para ejercer esa hegemonía, el partido comunista necesita desarrollar una labor de proselitismo también entre las clases trabajadoras no proletarias, laborando por que los elementos más avanzados de éstas abracen los intereses y la concepción del mundo de la clase obrera,

En la etapa de la revolución democrática, particularmente, el Partido obrero tiene la tarea de ayudar a organizarse a todas las clases populares, a través de las más variadas formas de organización, y dirigir a esas clases (directa o indirectamente), para lo que se precisa formar núcleos de militantes comunistas revolucionarios en todas las clases, capas y sectores oprimidos de la sociedad, cuya importancia numérica (en relación con la masa de elementos pertenecientes a esas clases, capas y sectores) dependerá del grado de proximidad a la clase obrera de cada clase, capa y sector.

Esta tesis marxista fue defendida con particular vigor y claridad por Lenin, quien decía: «(los comunistas) deben ir a todas las clases de la población, deben enviar a todas partes destacamentos de su ejército». «Debemos ir a todas las clases de la población como teóricos, como propagandistas, como agitadores y como organizadores».

Lenin sostenía que, en la etapa de la revolución democrática, la alianza entre el proletariado y las demás clases populares no se limita a un mero «apoyo» de éstas al movimiento revolucionario de la clase obrera, sino que significa un apoyo recíproco con

un programa común, cuya base es el poder democrático de los obreros y de los campesinos; es decir, que implica la participación de los campesinos en el poder democrático-revolucionario, participación que sólo se puede realizar si los órganos del poder democrático-popular están compuestos no exclusivamente por representantes de los obreros (esto es, por marxistas-leninistas) sino también por representantes de los campesinos y demás sectores de la pequeña burguesía.

¿Cómo atraer a los jefes naturales, a los líderes que surjan espontáneamente del campesinado y de la pequeña burguesía urbana a la alianza con los comunistas revolucionarios? ¿Cómo promover el surgimiento de esos líderes? Es imposible llevar a cabo esas tareas, imposible arrastrar a las masas campesinas a la lucha, sin desplegar (el Partido del proletariado) una labor propagandística, agitacional y organizativa en el campo.

En nuestra concepción de un Frente democrático nacional revolucionario en España tienen una gran importancia las asociaciones democrático-revolucionarias sin partido, que puedan tener a su frente a militantes marxistas-leninistas, en estrecha colaboración con los líderes sin partido de las masas. Y ¿cómo vamos a impulsar la constitución de semejantes asociaciones si no atraemos a nuestras filas a los elementos más conscientes, más abnegados, más revolucionarios de todas las clases trabajadoras de la ciudad y del campo?

Las capas más «bajas» del campesinado (semiproletarios o campesinos pobres y pequeños campesinos) son los más próximos, leales y seguros aliados del proletariado urbano y rural. En nuestro país, los semiproletarios o campesinos pobres sumados a los pequeños campesinos constituyen una masa superior a los dos millones de miembros (población activa), con grandes tradiciones revolucionarias. Son una fuerza potencial enorme, cuya alianza con la clase obrera ha de constituir el eje de un poderoso FDNR (Frente Democrático Nacional Revolucionario) contra la oligarquía y el imperialismo. Son los estratos de la población más próximos al proletariado y, por ello mismo, los más propicios a su influencia.

Las tareas que el partido del proletariado debe llevar a cabo respecto de las masas de campesinos pobres y pequeños, incluyen, por supuesto, la incorporación al Partido de núcleos cada vez más nutridos de la misma.

Esas tareas organizativas no se pueden postergar, como pretenden los fraccionalistas trotskistas, para cuando exista «un movimiento obrero capaz de hacerse notar prácticamente a la vista de todos como una amenaza seria para el régimen». Si los fraccionalistas trotskistas argumentan que la única tarea actual es la acumulación de fuerzas en el sector obrero industrial, les contestaremos que, entre los muchos y grandes errores que implica esa reducción de las tareas de nuestro Partido en la hora presente, uno de ellos es el de desconocer que la labor de acumulación de fuerzas requiere una campaña sistemática de denuncias y revelaciones acerca de todos los abusos y arbitrariedades de la dictadura. Y en parte alguna como en el campo se dan esos abusos y arbitrariedades. Para poder tener relatos vivos de los abusos perpetrados por el franquismo en el campo, necesitamos tener allí núcleos de activistas y de informadores. Como decía Lenin «para suministrar a los obreros conocimientos políticos verdaderos, vivos, que abarquen todos los aspectos, necesitamos tener hombres nuestros, socialdemócratas [es decir, en la terminología de la época, comunistas] en todas partes, en todas las capas sociales, en todas

las posiciones Y nos hacen falta estos hombres no sólo para la propaganda y la agitación, sino más aún para la organización». «Y ¿no está claro que para este trabajo («poner al desnudo todos los aspectos de nuestro infame régimen autocrático») necesitamos tener aliados entre los liberales y los intelectuales prestos a aportarnos sus denuncias...?»

Claro está que, si los comunistas revolucionarios deben tener «aliados entre los liberales y los intelectuales», muchísimo más deben buscarlos y pueden conseguirlos entre los trabajadores no proletarios y, particularmente, entre los campesinos, pues, como decía Lenin: «la masa de millones de campesinos trabajadores, de artesanos, de pequeños productores, etc., escuchará siempre con avidez la propaganda de un socialdemócrata a poco hábil que sea».

II.5.— Acerca del pueblo

Los fraccionalistas trotskistas no dejan ni una sola vez de poner entre comillas la palabra «pueblo», entre unas comillas que deben significar, seguramente, ironía desdeñosa.

En su célebre obra de refutación del trotskismo («La revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos») Stalin decía: «Hecho interesante, es que Trotski se burla incluso de las palabras «pueblo», «democrático-revolucionario», etc., que se encuentran en los artículos de los bolcheviques y a las que él juzga inconvenientes para un marxista». La semejanza entre las posiciones de Trotski y las de nuestros fraccionalistas es, también aquí, completa.

Desde luego, el Partido marxista-leninista es el partido de la clase obrera. Pero representa en buena medida los intereses de todo el pueblo y son tareas suyas el elevar la conciencia, el organizar y conducir a la lucha revolucionaria, antes y después de la toma del poder, a todo el pueblo, a todas las masas oprimidas y explotadas.

«Los comunistas (decía Lenin) son una gota de agua en el mar, una gota en el mar del pueblo. Sabrán conducir al pueblo por su camino únicamente si saben determinar con exactitud este camino...»

Pero, ¿qué es el pueblo? El pueblo no es una sola clase. Por ello, existen inevitablemente contradicciones en el seno del pueblo, contradicciones con un carácter de clase y, por consiguiente, lucha de clases. Y ¿qué clases componen el pueblo? Marx decía: «La gran burguesía, antirrevolucionaria desde el comienzo mismo, ha concertado una alianza defensiva y ofensiva con la reacción por miedo al pueblo, es decir a los obreros y a la burguesía democrática» (los subrayados son nuestros).

Lenin explicaba esto así: «... la fuerza capaz de obtener la victoria decisiva sobre el zarismo no puede ser más que pueblo, es decir, el proletariado y los campesinos, si se toman las grandes fuerzas fundamentales, distribuyendo la pequeña burguesía rural y urbana —asimismo pueblo— entre el uno y los otros». Por eso: «Nos proponemos dirigir —en caso de que la gran revolución rusa se desenvuelva con éxito—, no sólo al proletariado organizado por el Partido socialdemócrata (comunista), sino también a esa pequeña burguesía capaz de ir a nuestro lado».

«El que menoscabe las tareas proletarias en la revolución democrático-burguesa» [¡cuán oportunas son estas advertencias en lo concerniente a nuestros doctrinarios!] «convierte al socialdemócrata (comunista), jefe de la revolución popular, en líder de sindicato obrero. Sí, de la revolución popular. La socialdemocracia [el comunismo] ha luchado y lucha con pleno derecho contra el abuso democrático-burgués de la palabra ‘pueblo’. Exige que con esa palabra no se encubra la incompreensión de los antagonismos de clase en el seno del pueblo. Insiste en la necesidad de una completa independencia de clase del Partido del proletariado. Pero divide al ‘pueblo’ en ‘clases’, no para que la clase de vanguardia se encierre en sí misma, se limite, con una medida mezquina..., sino para que la clase de vanguardia, que no adolece de las vacilaciones, de la inconsistencia, de la indecisión propias de las clases intermedias, luche con tanta mayor energía, con tanto mayor entusiasmo por la causa de todo el pueblo, al frente de todo el pueblo».

El desdén de los trotskistas por el pueblo, su «obrerismo» estrecho, sectario, doctrinario, constituyen la manifestación central de su rotunda oposición a todas las tesis de Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre la **revolución popular**. Los trotskistas admiten la revolución proletaria sólo a condición de que sea pura, de que en ella el proletariado no se vea trabado en el ejercicio del poder por la alianza —aunque sea transitoria- con otras clases. Pero aceptar la revolución proletaria «a condición de...» lo que sea, es, objetivamente, renegar de ella.

III — LA CUESTIÓN DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

III.1.— La teoría leninista de la revolución ininterrumpida

Según la teoría leninista de la revolución ininterrumpida, en todos aquellos países capitalistas que tienen planteada una revolución democrática como tarea inmediata, es decir, una revolución que no es todavía comunista, el proletariado debe establecer su hegemonía en esa revolución sobre las demás clases y capas interesadas en el triunfo de la misma y establecer, compartiéndolo con ellas (o, al menos, con sus sectores más progresistas), un poder democrático-popular, sobre la base de la alianza obrero-campesina y, ulteriormente, una vez realizadas las tareas de la revolución democrática, transformar, mediante la dirección política que ejerce la vanguardia proletaria, el poder democrático-revolucionario en un poder comunista-revolucionario; es decir, en un poder cuya misión sea el aplastamiento de *todos* los capitalistas y la edificación del socialismo y el comunismo.

El paso del poder democrático-revolucionario al poder comunista-revolucionario ha de ir, lógicamente, acompañado por una depuración de los órganos del poder de los elementos inseguros y vacilantes de la pequeña burguesía, que se habían aliado al proletariado en la primera etapa de la revolución.

Desde el punto de vista de Lenin y de los bolcheviques, lo que distingue las dos etapas (la democrática y la socialista o comunista) de la revolución es el contenido de clase: ¿qué clases hacen la revolución y contra quiénes?

El problema fundamental de la revolución es el problema del poder político, dijo repetidas veces Lenin. Por tanto, la diferencia fundamental entre las dos etapas de la revolución estriba en el contenido de clase del poder, de la dictadura revolucionaria. En la primera etapa o etapa democrática, el poder democrático popular ha de ser compartido por el proletariado con el campesinado y demás clases revolucionarias y no puede ser un poder para el aplastamiento de todos los capitalistas en general, sino de las capas y los sectores más reaccionarios de las clases explotadoras.

En cambio, en la segunda etapa, el poder puede ser ejercido sólo por el proletariado (o con exigua participación de la pequeña burguesía) y tiene que ir dirigido contra todos los explotadores, contra todos los capitalistas.

Estas concepciones leninistas sobre el tránsito de la revolución democrática a la socialista y, particularmente, sobre la hegemonía del proletariado en la primera (concepciones que constituyen el meollo de la doctrina de la revolución ininterrumpida) fueron expresamente formuladas por Lenin y los bolcheviques rusos en 1905, el año de la primera revolución rusa.

Vamos a reproducir algunos pasajes de las obras de Lenin dónde se puede seguir esta concepción suya con toda nitidez.

Para Lenin, la revolución democrática se diferencia de la socialista «en el hecho de que toda una serie de clases, grupos y capas sociales, que se mantienen por entero sobre la base del reconocimiento de la propiedad privada y de la economía mercantil y son incapaces de salir de ese marco, llegan, por la fuerza de las cosas, a reconocer que la autocracia y todo el régimen de la servidumbre en general son inservibles y se adhieren a la reclamación de la libertad».

Lenin exponía así el tránsito de la etapa democrática a la etapa comunista de la revolución: «El proletariado debe llevar a término la revolución democrática atrayéndose a las masas campesinas, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista atrayéndose a las masas de elementos semiproletarios de la población para romper por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía».

Esa idea, expresada en 1905, fue repetida por Lenin trece años después como sigue: «Sí, nuestra revolución es burguesa desde el momento en o que marchamos junto al campesinado. Lo comprendíamos perfectísimamente desde 1905, ya que hemos repetido centenares y miles de veces que no se puede saltar por encima de esta etapa necesaria de la evolución histórica y que no se puede suprimir por decreto... Todo ha ocurrido exactamente como lo previmos. El curso de la revolución ha confirmado la exactitud de nuestros pronósticos. Primero se ha hecho [la revolución] con ‘todo’ el campesinado, contra la monarquía, contra los terratenientes, contra la Edad Media —y en esa medida ha sido burguesa, democrático-burguesa—. A continuación, con los campesinos pobres, con los semiproletarios, con todos los explotados, se ha dirigido contra el capitalismo, incluidos los campesinos ricos y los especuladores y de este modo se ha transformado en socialista.»

La idea central en la concepción leninista de la primera etapa de la revolución es la de la «dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y los campesinos», que no

era todavía la dictadura comunista del proletariado. «La idea de la dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y los campesinos... se desprende necesariamente de toda la concepción marxista y de nuestro programa» (mínimo). Durante la primera etapa de la revolución «la toma del poder ... presupone, evidentemente, la participación no sólo de la socialdemocracia [de los comunistas] y no sólo del proletariado. Esto se debe a que no sólo es el proletariado el que está interesado en la revolución democrática y el que participa activamente en la misma. Esto se debe a que la insurrección es ‘popular’ ... que en ella participan asimismo grupos no proletarios» ... «De esa manera, la Conferencia [del Partido obrero socialdemócrata ruso] arrojó por la borda, como propugnaba *Vpered* [Adelante, el órgano de los bolcheviques], el principio según el cual toda participación de los socialistas [de los comunistas] junto a la pequeña burguesía en el gobierno provisional revolucionario es una traición a la clase obrera».

Como es sabido, ésa era la tesis de los mencheviques y de los trotskistas (entonces integrados en bando menchevique).

Lenin decía: «la consigna de la dictadura ‘democrática’ expresa precisamente el carácter histórico limitado de la actual revolución y la necesidad de una nueva lucha sobre la base de un nuevo orden cosas por la liberación total de la clase obrera de todo yugo y de toda explotación. Dicho de otra manera, cuando la pequeña burguesía y la burguesía democrática asciendan un escalón más ... entonces ‘sustituiremos’ ... la consigna de la dictadura democrática por la consigna de la dictadura socialista del proletariado, es decir, de la revolución socialista completa». «Una de las objeciones contra la consigna de la ‘dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y de los campesinos’ consiste en que la dictadura presupone la ‘unidad de voluntad’ y la unidad de voluntad entre el proletariado y la pequeña burguesía es imposible. Esta objeción es inconsistente porque se halla fundada en una interpretación abstracta, ‘metafísica’, de la noción ‘unidad de voluntad’. La voluntad puede ser unánime en un sentido y no unánime en otro. La ausencia de unidad de voluntad en las cuestiones del socialismo y en la lucha por el socialismo no excluye la unidad de voluntad en las cuestiones de la democracia y en la lucha por la república. Olvidar esto significaría olvidar la diferencia lógica e histórica entre la revolución democrática y la revolución socialista. Olvidar esto significaría olvidar el carácter *popular* de la revolución democrática: si es ‘popular’, esto significa que hay una ‘unidad de voluntad’, precisamente en tanto en cuanto esta revolución democrática satisface las necesidades y las exigencias del pueblo en general».

Lenin sostenía, frente a los socialdemócratas, la posibilidad e inevitabilidad de revoluciones populares que vayan más allá de la revolución burguesa sin ser todavía revoluciones socialistas (o comunistas), es decir, de revoluciones democráticas con elementos socialistas (y tendentes al socialismo) pero cuyo cometido no fuera la implantación directa del socialismo y cuyo contenido de clase no fuera el de la revolución proletaria estricta.

De acuerdo con Kautsky (en 1906, cuando Kautsky era aún un eminente marxista y no había caído todavía en el cenagal del revisionismo) Lenin sostenía que la revolución popular rusa, sin ser ya una revolución burguesa, no era todavía socialista: «En suma, Kautsky ha respondido a las cuestiones de Plejanov rechazándolas. ¿Nuestra revolución es burguesa o socialista? Es un viejo esquema, dice Kautsky. No se puede plantear así la

cuestión, no es marxista. La revolución en Rusia no es burguesa, puesto que la burguesía no es una de las fuerzas motrices del movimiento revolucionario. La revolución en Rusia no es tampoco socialista, pues no puede dar en ningún caso la dominación o la dictadura únicamente al proletariado ... En la revolución actual el proletariado no puede triunfar solo, sin la ayuda de ninguna otra clase. ¿Cuál es la clase que, en las condiciones objetivas de la revolución actual, es el aliado del proletariado? El campesinado». (Prólogo a la traducción rusa del libro de Kautsky *Las fuerzas motrices de la revolución rusa*).

Años más tarde, en *El Estado y la Revolución*, Lenin diría: «Este concepto de revolución popular parece extraño en boca de Marx, y los adeptos de Plejanov y los mencheviques rusos... podrían tal vez calificar de ‘lapsus’ esta expresión de Marx. Esa gente ha hecho una tergiversación tan pobremente liberal del marxismo que para ellos no existe nada sino la antítesis entre revolución burguesa y revolución proletaria, y hasta esta antítesis la conciben de un modo escolástico a más no poder».

En España tenemos actualmente planteada una revolución que ya no es, evidentemente, democrático-burguesa, pero tampoco socialista, en cuanto que el proletariado sólo puede tomar el poder en alianza con la pequeña burguesía, compartiéndolo con la pequeña burguesía, con un programa mínimo (no máximo) que implique la liquidación, no del capitalismo en general, sino sólo de la oligarquía proimperialista, tratando de neutralizar a la burguesía media. Precisamente por eso hablamos de revolución democrático-nacional, no de revolución socialista o comunista.

Tanto los revisionistas jruschovianos como los trotskistas son incapaces de comprender esto; unos y otros «han hecho una tergiversación pobremente liberal del marxismo». Los primeros son partidarios de la revolución democrático-burguesa, de una «revolución» que dé el poder a una coalición de la pequeña y media burguesía. Los segundos no admiten más que la revolución comunista, la dictadura del proletariado en su forma más estricta.

III.2.— La teoría de la revolución permanente de Parvus y Trotski

Frente a las tesis de Lenin, los mencheviques Parvus y Trotski formularon, por las mismas fechas (en 1905), la teoría de la revolución permanente; es decir, de que no era posible la dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y los campesinos, que el poder no se podía compartir; que la revolución debía conducir a la dictadura socialista del proletariado (sólo del proletariado y, además, socialista, es decir, dirigida desde el primer momento contra todos los explotadores en general), si bien con el «apoyo» (sólo el apoyo) de los campesinos.

Trotski decía:

Para Rusia esta teoría (la de la revolución permanente) significa: lo que necesitamos no es una república burguesa, ni siquiera la dictadura democrática del proletariado y del campesinado, sino el gobierno obrero apoyado en el campesinado que abra la era de la revolución socialista internacional...» (*Nuevo Rumbo*).

El proletariado, dirige al campesinado ... pero es él siempre quien retiene la supremacía. Esto no es «la dictadura del proletariado y del campesinado», sino *la*

dictadura del proletariado se apoya en el campesinado». «El campesinado puede solamente apoyar a la dictadura de la burguesía o a la dictadura del proletariado», es decir, no puede compartir el poder, no puede tener participación en el poder, sino sólo apoyar o al poder de la burguesía o al del proletariado.» «De lo dicho resulta claro cómo pienso en relación a la idea de la ‘dictadura del proletariado y de los campesinos’. No se trata de si la considero admisible en principio, de si ‘deseo’ o ‘no deseo’ tal forma de colaboración política ... La creo irrealizable. (Trotsky, *Tres conceptos de la revolución rusa*).

Trotsky decía taxativamente: «La diferencia entre mi concepción ‘permanente’ y la de Lenin consistía en aquella que media entre la consigna de la dictadura *del proletariado* que se apoya en el campesinado y la de la ‘dictadura *democrática* del proletariado y del campesinado’» (*La Revolución permanente*). Realmente, esta afirmación, bastante exacta, resume con acierto una divergencia fundamental sobre la revolución.

Con su típico doctrinarismo lógico-formal, Trotsky no comprendía que un poder que no fuese la dictadura comunista del proletariado pudiera estar dirigido por la clase obrera. Así decía: «Pero esto significa que la dictadura democrática debería tener un contenido intermedio, es decir, pequeñoburgués; el hecho de que el proletariado participe en ella no cambia para nada el problema, ya que no existe media aritmética de las diferentes líneas de clase. Si no se trata ni de la dictadura del proletariado ni de la de la burguesía, ello significa que la pequeña burguesía debe jugar el papel predominante o decisivo». (*La Revolución permanente*).

Eso, por supuesto, es totalmente falso y lo que demuestra es que, al sostener que «no puede haber media aritmética de las diferentes líneas de clase», Trotsky niega, como sus correligionarios los mencheviques, *la unidad de voluntad*, en la etapa de la revolución democrática, entre el proletariado y los campesinos, cuyas líneas de clase en esta etapa coinciden, ya que en ella el proletariado aplica una «línea de clase» que no es la suya propia, que no es su programa máximo, que no es el socialismo, sino su programa mínimo, es decir, la democracia revolucionaria o popular.

Un aspecto parcial, pero importante, de la polémica sobre la antítesis entre la «dictadura democrático-revolucionaria obrero-campesina» y la dictadura comunista del proletariado «que se apoya en el campesinado» es el concerniente a la posibilidad de un partido campesino. Para Trotsky: «Una dictadura democrática del proletariado y del campesinado como régimen que se distinga por su contenido de clase de la dictadura del proletariado no sería realizable más que en el caso de que pudiera crearse un partido revolucionario independiente que representara los intereses de la democracia campesina. ... La historia moderna, especialmente la historia de Rusia de los 25 últimos años, nos muestra que el obstáculo infranqueable que se opone a la formación de un partido campesino es la falta de independencia política y económica de la pequeña burguesía —campesinado— y su profunda diferenciación interna» (*La Revolución permanente*).

Pero el error básico de esa posición estriba en no admitir ninguna representación política que no sea un partido, lo cual es falso. Una clase social puede estar representada políticamente por muy diversas formas de organización y no sólo por partidos políticos: organizaciones de masas, asociaciones o comités sin-partido, líderes salidos de la propia lucha y que encarnen las reivindicaciones populares, etc. Desde hace milenios la sociedad

está dividida en clases antagónicas y regida por las clases dominantes en cada época histórica, pero hace apenas un par de siglos que existen partidos.

Que el proletariado no puede cumplir su misión histórica universal sin un partido de tipo marxista-leninista es cierto, por supuesto. Pero de ahí no se deduce que la pequeña burguesía —que no tiene que desempeñar, ni podría hacerlo en modo alguno, un papel que se aproxime al del proletariado— tenga necesidad de un partido para poder concertar una alianza con el proletariado, bajo la dirección de éste.

Criticando esa posición de Trotski Lenin decía en 1905:

El error fundamental del camarada Trotski es olvidar el carácter burgués de la revolución [rusa de 1905], no representarse claramente el paso de esta revolución a la revolución socialista ... Una coalición del proletariado y del campesinado «supone un estado de cosas en que el campesinado está dominado por un partido burgués o bien la existencia de un poderoso partido campesino independiente». Esto es, evidentemente, falso, tanto teóricamente como según la experiencia de la revolución rusa. Una «coalición de clases» no depende de la existencia de un poderoso partido, o incluso de partidos en general. No hay que confundir las clases con los partidos ... De las experiencias de la revolución rusa se desprende que una «coalición» entre el proletariado y el campesinado se ha realizado decenas o centenares de veces sin la existencia de un poderoso partido campesino.

Aparte de todo, no es imposible (aunque sí muy difícil y extremadamente rara) la formación de un poderoso partido campesino de masas. En Rusia lo hubo (el Partido Socialista Revolucionario de «izquierda», que llegó a participar en el gobierno soviético formando bloque con los bolcheviques, durante varios meses). Otro ejemplo es la «Liga Agraria» de Bulgaria, que también participó en el poder democrático-popular, al estar integrada, bajo la dirección del Partido Comunista, en el «Frente de la Patria».

Pero en todo caso, eso es lo menos importante. Lo esencial es que, como hemos dicho más arriba, el campesinado puede estar representado en el poder por organizaciones o individuos sin partido. En China, por ejemplo, durante la guerra revolucionaria los órganos locales del poder democrático popular estaban compuestos con arreglo a la proporción de los «tres tercios» : un tercio por comunistas; otro por «progresistas de izquierdas sin partido», es decir, representantes del campesinado y de la pequeña burguesía en general; y un tercio por representantes de la burguesía nacional. Y durante la primera etapa de la revolución cubana, ¿qué representaban líderes como Fidel Castro o Camilo Cienfuegos, si no era la masa campesina pequeño-burguesa?

III.3.— La exposición del problema por los fraccionalistas trotskistas

Existe una absoluta identidad, tanto de concepciones como de forma de expresión, entre Trotski y nuestros fraccionalistas. «Nuestros» trotskistas tienen la tesis de que «para los marxistas» (¿no será más bien para los trotskistas?) «en la medida en que el movimiento de las masas obreras adquiere un vigor cada vez mayor ... las demás masas trabajadoras pueden llegar a ver en dicho movimiento *el único poder capaz* de liberarlas de la opresión a que están sometidas y, en consecuencia, *apoyar al proletariado en su lucha por el poder*» (los subrayados son nuestros).

Así pues, las masas trabajadoras no proletarias no tienen ningún «poder», ninguna fuerza, para liberarse ellas, junto con y bajo la dirección del proletariado, sino que sólo éste es «el único poder capaz», no de guiarlas, sino de liberarlas; es decir, por tanto, el único poder revolucionario, el único poder capaz de llevar a cabo la revolución. Si el campesinado fuera también una fuerza revolucionaria, si también él tomara parte en el derrocamiento del poder de la reacción, entonces, ¿no se liberaría acaso él mismo —aunque no mediante sus únicas fuerzas, claro es, sino con el concurso y la dirección de la clase obrera?

Nuestros fraccionalistas trotskistas dicen también que «la incorporación de los campesinos a la lucha revolucionaria» «no consiste según el marxismo» [¿no será más bien según el trotskismo?] «simplemente en que los campesinos luchen de un modo formalmente revolucionario [?] por sus propias reivindicaciones, sino en que reconozcan al movimiento proletario como su verdadero representante político».

No sabemos qué quiere decir «modo formalmente revolucionario». Pero lo principal es que para los fraccionalistas trotskistas el campesinado sólo puede ser revolucionario en la medida en que se someta plenamente a los puntos de vista de la clase obrera, es decir, en la medida en que se haga comunista, en la medida en que deje de tener una política y un programa propios, pequeño-burgueses, democráticos. Estos señores, al igual que Trotski, niegan la posibilidad del revolucionarismo democrático campesino, no admiten más que el revolucionarismo socialista y, particularmente, no admiten ningún «representante político» del campesinado que no sea el movimiento obrero, es decir, niegan la posibilidad de organizaciones revolucionarias del campesinado, de líderes revolucionarios campesinos (esto es, pequeño-burgueses, demócratas, pero no comunistas).

Nuestros fraccionalistas-trotskistas resumen así su posición: «La clase obrera liberará a los campesinos de sus seculares cadenas y los campesinos apoyarán a la clase obrera en su lucha por el poder cuando vean en ella la fuerza capaz de realizar esta tarea». Una vez más nos dicen que la clase obrera, sólo la clase obrera, es la fuerza capaz de tomar el poder y que de ninguna manera lo puede compartir, por consiguiente. ¡Cuán gran semejanza hay entre ese párrafo de «nuestros» trotskistas y el siguiente de su maestro, Trotski!: «Igualmente, yo estimaba que en, nuestra revolución burguesa tardía, los campesinos, en el momento supremo de la lucha revolucionaria, pueden prestar una ayuda análoga al proletariado» (análoga a la que otrora prestaron a la burguesía contra la nobleza feudal) «y ayudarle a tomar el poder. Yo llegaba a la conclusión de que nuestra revolución burguesa no podría realizar realmente sus tareas más que en el caso de que el proletariado, apoyado por los millones de campesinos, hubiera concentrado en sus manos la dictadura revolucionaria» ... pero «me oponía a la fórmula ‘dictadura democrática del proletariado y del campesinado’», igual que nuestros trotskistas se oponen a la fórmula «poder democrático-popular», sobre el que —al igual que sobre la «revolución democrático-nacional» y el «Frente Democrático Nacional Revolucionario», expresiones todas entrecomilladas por ellos— nos dicen que están preparando una crítica de las «tesis de la dirección», que hace unos meses era también suyas.

III.4.— La subestimación de la fuerza revolucionaria del campesinado

Al igual que Trotski, nuestros fraccionalistas subestiman la fuerza revolucionaria del campesinado, que, para ellos, sólo puede desempeñar el papel de una fuerza auxiliar, «en el momento supremo» para emplear la expresión de Trotski.

Según ellos, el movimiento obrero por sí solo será «capaz de hacerse notar prácticamente a la vista de todos como una amenaza seria para el régimen». Eso es falso. El movimiento revolucionario nacional-democrático en nuestro país sólo constituirá una amenaza *seria* para el régimen cuando incorpore a la lucha, no sólo a los obreros, sino también, al menos, a los campesinos trabajadores. Sin ello no habrá «amenaza seria» para el régimen.

¿Que quiere decir «amenaza seria para el régimen»? Es claro que el único significado correcto de esa expresión es el de *fuerza capaz de derrocar a la dictadura*. Pero precisamente esa fuerza no la pueden constituir sólo los obreros (menos aún en el sentido restringido que a esta palabra dan los trotskistas, como obreros *urbanos* nada más, dejando aparte a los jornaleros del campo), sino todas las clases populares bajo la jefatura del proletariado. Lenin decía:

No, la fuerza capaz de obtener la victoria decisiva sobre el zarismo no puede ser más que *el pueblo*, es decir, el proletariado y los campesinos, si se toman las grandes fuerzas fundamentales, distribuyendo la pequeña burguesía urbana —asimismo «pueblo»— entre el uno y los otros.

El campesinado español (millón y medio de campesinos pobres o semi-proletarios; 800 mil pequeños campesinos; 400 mil campesinos medios) cuenta con una grandiosa tradición revolucionaria, en la que se destacan como formas de lucha los movimientos insurreccionales y el trabajo secreto y clandestino. Ha sido una larga lucha secular, una lucha motivada por el «hambre de tierra»; una lucha ensangrentada por el terrorismo de la reacción latifundista.

Pero el campesinado español no sólo ha luchado: también ha vencido, aunque su victoria ha sido demasiado precaria, demasiado corta. Durante la guerra, en la zona republicana, la Ley de Reforma Agraria (promulgada gracias al influjo creciente de nuestro Partido en el gobierno republicano y al hecho de que el Ministerio de Agricultura estaba dirigido el comunista Vicente Uribe) entregó más de cinco millones y medio de hectáreas, incautadas a los latifundistas, a la población trabajadora del campo.

Un campesinado así, que ha llegado a poseer la tierra gracias a su alianza con la clase obrera, y que luego ha visto cómo la despojaban de ella los «cruzados» fascistas, es una fuerza revolucionaria potencial tremenda. Hasta que no cuente con esa fuerza, con ese poder, el proletariado español no llegará a constituir una «amenaza seria para el régimen».

Por consiguiente, antes que el movimiento revolucionario llegue a constituir esa amenaza seria, «la clase obrera y su partido deben (como se dice en el Proyecto de Línea Política de nuestro Partido) penetrar en las masas del campesinado, de la pequeña burguesía, de los intelectuales». «El proletariado y su partido deben elevar el grado de conciencia política, de organización y de actividad combativa de las capas de la pequeña burguesía, especialmente de los semiproletarios: los campesinos pobres».

En la fase de la construcción del Partido, por la que atravesamos, tiene un papel de gran relieve el trabajo en las zonas rurales —tanto entre los jornaleros o proletarios agrícolas, como entre los campesinos trabajadores o pequeña burguesía rural—. No comprender esto equivale de hecho a negar la importancia de la alianza obrero-campesina. La teoría de trabajar sólo entre los obreros urbanos hasta que estén en el orden del día las batallas decisivas de la lucha revolucionaria es una teoría oportunista —que no tiene nada que ver con el marxismo ni con el leninismo.

No solamente no lograremos dirigir un movimiento revolucionario *popular* capaz de hacerse notar prácticamente a la vista de todos como una amenaza seria para el régimen más que si penetramos en las zonas rurales y levantamos a los jornaleros y campesinos, sino que ni siquiera lograremos comenzar la lucha armada generalizada más que si tenemos sólidas organizaciones clandestinas en el campo y el decisivo apoyo de la población trabajadora rural. Y es evidente que sólo habrá un movimiento revolucionario popular capaz de hacerse notar prácticamente a la vista de todos como una amenaza seria para el régimen cuando este movimiento no se limite a los medios pacíficos de lucha, sino que emplee la lucha armada. Creemos que los fraccionalistas trotskistas no negarán esto.

Si nuestro Partido ha defendido y defiende la necesidad del movimiento guerrillero como una etapa imprescindible y prolongada de la lucha armada revolucionaria —de la guerra popular— no se debe a ningún capricho, a ninguna concepción «geográfica» y, menos, a ningún «mimetismo», sino a la evaluación, a la generalización y totalización, de las experiencias de las revoluciones populares de nuestro siglo.

Ya Lenin, en 1905, subrayaba que la moderna guerra popular tendría como forma principal la lucha guerrillera. Si en la revolución bolchevique de 1917 no fue así, ello se debió a las excepcionalísimas condiciones surgidas en Rusia en aquel año (total desmoronamiento y descomposición del ejército y paso masivo del mismo a las filas de los partidarios de la revolución proletaria). Pero todas las revoluciones populares que han tenido lugar desde entonces confirman la necesidad, la inevitabilidad de la guerra guerrillera en las condiciones geográficas y etnográficas más dispares.

Eso se debe a que frente a los modernos ejércitos de la burguesía reaccionaria sólo se puede forjar un ejército popular mediante la creación de destacamentos guerrilleros, y que el campo inicial de operaciones de éstos no puede ser otro que las zonas menos vitales para el enemigo, las más apartadas, las menos importantes económicamente (o sea el campo, y, dentro de él, con preferencia las zonas montañosas y similares). Cuando el poder de la reacción empieza a flojear, es en esas zonas donde primero se hace palpable, son éstas las primeras zonas donde ese poder pierde efectividad.

Pero los marxistas-leninistas, a la vez que defendemos la necesidad de prepararnos para la lucha guerrillera en gran escala y durante largo tiempo, sostenemos que esa lucha sólo puede comenzarse en las siguientes condiciones:

- 1.— la existencia de una poderosa organización clandestina tanto en la ciudad como en el campo;
- 2.— contar con el apoyo de las masas trabajadoras del campo;

3.— la existencia de una crisis política nacional que afecte tanto a los opresores como a los oprimidos, en determinada medida.

Iniciar un movimiento guerrillero sin esas condiciones sería «guerrillerismo», sería una desviación aventurerista de graves o muy graves consecuencias.

Pero precisamente para crear esas tres condiciones necesitamos una labor dura, ardua, prolongada y tenaz de trabajo en el campo. Precisamente cuando el Partido empieza a comprender todo esto con claridad, cuando empieza (*sólo empieza*) a superar la estrechez «urbanista», es cuando los fraccionalistas trotskistas tratan de apartarlo de ese camino.

III.5.— Programa máximo y programa mínimo

La diferencia entre Lenin y Trotski no se cifraba sólo en si la pequeña burguesía podía ser o no una poderosa fuerza revolucionaria que ocupara incluso un puesto de importancia en el poder democrático-revolucionario. Se refería también a las tareas de ese mismo poder; ¿deberían ser esas tareas socialistas desde el primer momento, o bien atravesar una etapa democrática? Dicho de otro modo, ¿debía emprenderse desde el primer momento la liquidación de todos los explotadores, de todos los capitalistas? ¿O, por el contrario, había que atravesar un período en que se pudiera neutralizar a una parte de ellos?

Lenin era de esta última opinión, como hemos visto más arriba. Sus tesis fueron absolutamente confirmadas por la revolución bolchevique, la que, durante los ocho o diez primeros meses de su desarrollo —es decir, hasta el verano y el otoño de 1918—, no llevó a cabo la lucha contra los campesinos ricos y especuladores, es decir, contra la burguesía rural, sino que se limitó a liquidar, en el campo, la propiedad terrateniente y latifundista. Por eso decía Lenin que «nuestra revolución ha sido una revolución burguesa en una amplia medida hasta el verano o incluso el otoño de 1918, es decir, hasta la formación de los comités de campesinos pobres».

Pero Trotski fue siempre de otra opinión: «La dictadura del proletariado que ha tomado el poder como fuerza dirigente de la revolución democrática está colocada, inevitable y muy rápidamente, ante tareas que la forzarán a hacer incursiones profundas en el derecho de propiedad burgués». La fórmula literaria «incursiones profundas» sólo puede querer decir *liquidación general* de la propiedad burguesa. «Al entrar en el gobierno» (decía Trotski en un célebre pasaje de su escrito *Balance y perspectivas*, 1906), «no como rehenes impotentes, sino como fuerza dirigente, los representantes del proletariado *suprimen*, en virtud de ese mismo hecho, **toda frontera entre el programa mínimo y el programa máximo**; dicho con otras palabras **ponen el colectivismo en el orden del día** ... Por eso no es cuestión de implantar una forma *especial* de dictadura proletaria en el transcurso de la revolución burguesa y, más concretamente, la dictadura democrática del proletariado o la del proletariado y el campesinado. La clase obrera no podría garantizar el carácter democrático de su dictadura a no ser que **sobrepasara los marcos del programa democrático de la revolución**. Si el partido del proletariado conquista el poder, luchará por ese poder hasta el fin ... El colectivismo no será simplemente la consecuencia inevitable de la situación del proletariado en el poder: se convertirá en el medio de mantenerlo con el apoyo del proletariado».

Está claro que «el colectivismo» es la abolición de la propiedad privada *en general*, la liquidación de todos los capitalistas como clase. La teoría de la revolución permanente «demostraba que en nuestra época la realización de las tareas democráticas que se proponen los países burgueses retrasados los lleva directamente a la dictadura del proletariado y que ésta pone las tareas socialistas en el orden del día» (*La Revolución Permanente*).

Aquí no se trata de tales o cuales tareas socialistas, de tales o cuales pasos hacia el socialismo o elementos socialistas de la revolución democrática: se trata de «las» tareas socialistas, en general, es decir, de la política de abolición de *los capitalistas* en general, de la política de abolición de la propiedad privada.

Por mucho que Trotski trate de negarlo con sutilezas, es evidente que el trotskismo significa saltar por encima de la etapa democrática de la revolución. Ese salto es el mismo que realizan nuestros fraccionalistas, al negar la etapa de la revolución democrático-nacional.

III.6.— El socialismo y la política económica de la revolución democrática

El socialismo es la lucha de clases definitiva entre la burguesía y el proletariado en el propio terreno de la estructura socioeconómica; es aquella estructura económica cuya característica es la lucha total, generalizada y encarnizada, entre el comunismo que nace y se desarrolla y el capitalismo que muere. El socialismo es *la política económica propia del proletariado* en el poder, aquella política que el proletariado lleva a cabo tan pronto como se lo permite la correlación de fuerzas de clase, es decir, tan pronto como puede dejar atrás la estrategia de revolución democrática y pasar a la revolución socialista en el sentido auténtico, plenario y estricto, de esta palabra.

El socialismo, como política económica, se caracteriza: por la liquidación de los elementos capitalistas viejos y nuevos y por la transformación, mediante la cooperativización socialista, de la pequeña propiedad privada no-capitalista en propiedad socialista colectiva. Ambos elementos del socialismo son inseparables.

La política de liquidación de los elementos capitalistas viejos y nuevos no puede reducirse a la represión política de los mismos. Hay que llevar esa represión al propio terreno socioeconómico, hay que impedir que los capitalistas recobren fuerza o renazcan aprovechándose de las dificultades de organizar la producción socialista planificada. Para llevar a cabo la política de liquidación de los capitalistas, lo primero, absolutamente imprescindible pero no suficiente, es confiscar todos los bienes de los capitalistas, de todos los capitalistas y no sólo de una parte de ellos. Pero eso no basta. Es precisa, además, una política sostenida muy prolongada de organización de la planificación socialista centralizada. Pues es fundamentalmente a causa de las dificultades de organizar esa producción socialista planificada como los elementos burgueses, que inevitablemente surgen y penetran en las instituciones económicas socialistas, tratan de reducir a puro nombre el socialismo de estas instituciones, convirtiéndolas, en la medida que les es posible, en su posesión privada. Para ello se valen de la «autogestión» y del *criterio de rentabilidad* —esto es, de ganancia, criterio fundamental del capitalismo.

Para luchar contra esos fenómenos inevitables que se producen todos los países socialistas, cuyo desarrollo entraña riesgo de restauración capitalista, se requiere una labor muy ardua en todos los campos de la economía y de la administración, una labor *centralizadora*, una labor por aplicar, todo lo que sea posible, los principios socialistas de planificación según las necesidades y no según el beneficio empresarial; de distribución según el trabajo y no el «interés material» individual.

Pero no es eso todo en la política económica del socialismo. Si el proletariado en el poder quiere librar la lucha de clases definitiva contra el capitalismo, es decir, llevar a cabo una política económica socialista, para ello debe librar también una lucha de clases contra la pequeña burguesía, contra los pequeños propietarios no capitalistas. Pero la lucha entre el proletariado y la pequeña burguesía, a diferencia de la lucha contra los capitalistas, no puede ser una lucha violenta, pues no deriva de condiciones antagónicas, sino de contradicciones en el seno del pueblo trabajador.

La pequeña burguesía es una clase trabajadora. El medio fundamental de esa lucha es la persuasión, la reeducación, la lucha ideológica. Junto con ello el proletariado debe llevar a cabo una serie de medidas políticas: depurar progresivamente los órganos del poder de representantes de la pequeña burguesía que se mantengan recalcitrantemente en posiciones pequeño-burguesas, no comunistas; atraer al mayor número posible de esos representantes a las filas del partido del proletariado; así como de medidas administrativas, como son dar ventajas materiales a las cooperativas socialistas de producción sobre las haciendas individuales.

Así pues, expresado brevemente, el segundo rasgo fundamental de la política económica socialista es la colectivización, la cooperativización de la pequeña propiedad, cuyo lado más importante es el movimiento coljosiano del campesinado.

Expropiación de los capitalistas; organización de la producción socialista regida por una planificación centralizada de acuerdo con el principio de satisfacer las necesidades y no de acumular ganancias; colectivización socialista, mediante las cooperativas de producción, de la pequeña propiedad privada: tales son los rasgos generales de la política económica de la revolución comunista, del socialismo.

En cambio, ¿cuál es la política económica de la revolución democrática? En nuestro país, ha de ser una política económica caracterizada por: reforma agraria democrática; confiscación por el Estado democrático-popular de todos los bienes de la oligarquía y del capital extranjero: los bancos, las grandes industrias y los grandes medios de producción, que se convertirán con ello en propiedad socialista de todo el pueblo, constituyendo así el sector socialista de la economía; política de limitación y control (no de liquidación) del sector capitalista privado (es decir, de las 120 y pico mil empresas de la burguesía media) por el Estado.

Se podría objetar que un régimen socio-económico en el que los medios fundamentales de producción sean propiedad socialista de todo el pueblo es ya socialismo. Y en España los medios fundamentales de producción pertenecen actualmente a la oligarquía y al imperialismo. Por ello, esos medios habrán de transformarse, desde los primeros días de la implantación de una democracia popular, en propiedad de todo el pueblo.

El error de esa argumentación estriba en su falsa concepción de lo que es el socialismo, de lo que es la política económica socialista. Socialismo es sólo aquella política económica que liquida al capitalismo, que liquida la explotación. Una política de «limitación y control» del sector capitalista privado por el poder democrático-popular, una política económica de ese tipo es socialista en el sentido de que constituye un paso, pasos hacia el socialismo, de que es la preparación, la fundamentación del socialismo. Pero no todavía socialismo. No se plantea la liquidación del capitalismo «en general», sino de una pequeña parte de las empresas capitalistas (aunque, naturalmente, las más poderosas).

Menos aún se plantea en esta etapa la colectivización de la pequeña propiedad campesina. Al revés, la reforma agraria democrática significará en muchos casos la ampliación de la pequeña hacienda. Esa reforma agraria significa la incautación de las tierras de los latifundistas y su entrega a la población trabajadora del campo para que sea ésta —en cada zona, en cada localidad— la que decida su modo de cultivo, que puede ser de cuatro modalidades:

- 1ª) propiedad individual completa;
- 2ª) propiedad colectiva e incluso estatal, pero cultivo privado, en régimen de usufructo o de arriendo;
- 3ª) propiedad socialista coljosiana;
- 4ª) propiedad socialista de todo el pueblo (esto es, estatal).

Evidentemente, la cuarta y última posibilidad sólo muy excepcionalmente será la preferida. La segunda es la que, dentro de los marcos del sistema capitalista, es la más avanzada, la más radical. Pero incluso en muchos casos es posible que la preferida sea primera, la propiedad individual completa, el reparto de las tierras en propiedad. Esto no es socialismo, es revolución democrática.

Lenin decía: «El socialismo es la abolición de las clases. Exactamente: el socialismo es la *abolición*, la política de abolición de las clases, de liquidación de toda explotación del hombre por el hombre, de supresión de la propiedad privada.» Pero una política de liquidación del capital financiero-monopolista, sólo de él, y de «limitación y control» (no liquidación) de la burguesía media no es aún la abolición de las clases, no es aún socialismo.

III.7.— El campesinado en la etapa de la revolución comunista

Trotsky y los trotskistas siempre han negado el carácter socialista de la propiedad coljosiana. Según ellos las cooperativas son siempre capitalistas. La única manera de pasar, por tanto, de la economía campesina a la socialista es la confiscación de las tierras de los campesinos: tal es la consecuencia lógica que se deriva de las tesis trotskistas sobre las cooperativas, independientemente de si esa conclusión se encuentra formulada o no explícitamente en los textos de Trotsky.

Pero, en general, para Trotsky el campesinado se convertiría en una fuerza reaccionaria, antisocialista, después de la toma del poder por la clase obrera. Trotsky decía:

Para asegurar su victoria, la vanguardia proletaria debe, desde los primeros días de su dominación, penetrar profundamente en los «dominios prohibidos» de la propiedad, tanto burguesa como feudal. De ello se derivarán conflictos, no sólo con todos los grupos de la burguesía, sino también con las amplias masas campesinas, con cuya ayuda el proletariado habrá de conquistar el poder. (*Nuestra Revolución*).

Si la ausencia de tradiciones burguesas individualistas y de prejuicios antiproletarios de los campesinos e intelectuales ayuda al proletariado a tomar el poder, hay que hacer notar que esta ausencia de prejuicios no descansa en una conciencia política, sino en una barbarie política, un amorfismo social, un estado primitivo y una falta de carácter. Todos estos rasgos y particularidades no suministran una base segura para una política activa y sostenida del proletariado ... Por consiguiente, cuanto más precisa y enérgica sea la política del proletariado en el poder, tanto más movedido será el suelo bajo sus pies. (*Ibidem*).

Para Trotski, una vez que se hubiera llevado a cabo la insurrección democrática en Rusia, donde la mayoría aplastante de la población era campesina, «la restauración es igualmente inevitable en el caso de nacionalizar, municipalizar o dividir las tierras, pues el pequeño propietario rural, en cualquiera y en todas las formas de posesión y de propiedad, sigue siendo el sostén principal de la restauración».

Después de la muerte de Lenin, Trotski, que siempre había combatido el leninismo en todas las cuestiones fundamentales, invocaba a Lenin para cubrirse él mismo:

Habiendo impuesto la teoría del socialismo en un solo país sobre la revolución permanente, Stalin comenzó a calificar de «trotskismo» la estimación marxista del campesinado ... [pero] antes del año 1924 nadie en el campo marxista, y menos que nadie Lenin, ha tenido al campesinado por un factor de desarrollo socialista.

¿Es esto cierto? No, no lo es en absoluto. Lenin consideró siempre como socialista al campesinado pobre, que constituye en muchos o incluso en la mayoría de los países del mundo capitalista la masa más numerosa del campesinado (en España, más de la mitad del total de los campesinos, incluidos los campesinos ricos).

En todas las exposiciones que Lenin hace del tránsito de la etapa democrática a la socialista, dice que se caracteriza por el paso de la alianza con los campesinos «en general» a la alianza, más sólida, más estrecha, con los campesinos pobres. Sólo cuando el campesino pobre entra en contradicción con el campesino rico y se hace comunista, su alianza con el proletariado resulta auténticamente «natural», íntima, leal y segura.

Pero no es eso todo. Lenin sostenía que, durante la etapa comunista de la revolución, la tarea del proletariado en relación a la pequeña burguesía —descontando, en este caso, a los semiproletarios, que sólo a medias son pequeñoburgueses— era la neutralización. Y *neutralización* significa política de amistad y de acercamiento, de lucha de clases por medios no antagónicos, procurando (y consiguiendo) evitar los «conflictos» que Trotski consideraba inevitables.

La dictadura del proletariado [decía Lenin] es una forma particular de la alianza básica entre el proletariado, vanguardia de los trabajadores, y las múltiples capas no proletarias de trabajadores (pequeña burguesía): pequeños patronos, campesinos, intelectuales, etc, o su mayoría; alianza contra el capital, alianza con vistas al derrocamiento completo del capital, a la represión completa de la resistencia de la

burguesía y de sus tentativas de restauración, alianza con vistas a crear y consolidar definitivamente el socialismo.

Entonces, ¿por qué la alianza con la pequeña burguesía *en general* (con todo el campesinado) es para Lenin un rasgo característico de la etapa democrática de la revolución, de la etapa pre—socialista? Porque para Lenin «la dictadura del proletariado (la revolución comunista para emplear la expresión de Marx) es una *forma particular* de la alianza entre el proletariado ... y la pequeña burguesía ... o su mayoría».

La alianza democrático-revolucionaria entre el proletariado y la pequeña burguesía no excluye una representación y una política propias de la pequeña burguesía, aunque están sometidas a la dirección de la vanguardia proletaria. Pero la alianza socialista (la dictadura socialista del proletariado) sí las excluye.

Además, la dictadura socialista del proletariado es una alianza entre el proletariado y la pequeña burguesía «o su mayoría», es decir, como norma general, no toda, ya que una parte minoritaria o incluso exigua de ella -sus estratos superiores, formados por pequeños explotadores— sigue, parcial o totalmente, a los capitalistas, cuando el proletariado pone en el orden del día la política de «derrocamiento completo del capital», de «creación y consolidación definitivas del socialismo».

Y precisamente en aquellos países que tienen por delante una revolución democrática como primera etapa, una revolución en la que el campesinado va a participar con su propia política democrática (y todavía no comunista) en la revolución, en el poder revolucionario, en esos países le será más fácil a la vanguardia proletaria, a través de su alianza democrática con el campesinado, atraer a éste, en el desarrollo ulterior de la revolución, a posiciones comunistas. En los países en los que, a través de una política de frente nacional y democrático, se puede movilizar a las masas para la acción revolucionaria, en esos países va a ser más fácil arrastrar después a esas masas a la revolución comunista que en aquellos países en los que la alternativa directa al régimen capitalista es la dictadura comunista del proletariado.

III.8.— La polémica entre Lenin y Trotski

La crítica del trotskismo por los leninistas no comenzó, como a veces se cree, en 1924, después de la muerte de Lenin. El propio Lenin, ya en 1905, criticaba la teoría de la revolución permanente de Parvus y Trotski:

Erróneas ... son las tesis en que dice Parvus que «el gobierno revolucionario provisional en Rusia será un gobierno de democracia obrera»; que «si la socialdemocracia está a la cabeza del movimiento revolucionario del proletariado ruso, ese gobierno será socialdemócrata» ... No puede ser así, pues sólo la dictadura que se apoye en la mayoría aplastante del pueblo puede ser duradera. El proletariado ruso forma, en este momento, la minoría de la población en Rusia. No puede convertirse en una mayoría aplastante más que si se une a la masa de los semiproletarios, de los semipropietarios, es decir, a la masa pequeñoburguesa de las ciudades y a los campesinos pobres. Tal base social, posible y deseable para la dictadura democrático-revolucionaria, se reflejará naturalmente en la composición del gobierno revolucionario y hará inevitable la participación de los representantes más variados de la democracia revolucionaria en ese gobierno e incluso su predominio. Sería extremadamente nocivo

hacerse ilusiones a este respecto. Si Trotski escribe ahora —de acuerdo con Parvus— que «el pope Gapón ha podido aparecer un día» y que «no hay lugar entre nosotros para un segundo Gapón», ello se debe a que se deja llevar por la fraseología. Si no hubiese lugar en Rusia para un segundo Gapón, no lo habría tampoco para una gran revolución democrática llevada hasta su fin lógico ... [La revolución] las educará [a las masas], las educa ya, y esto, en parte, gracias a la resistencia del propio gobierno; pero es evidente que estas masas y sus jefes primitivos, incluso mujiks, están lejos aún de la conciencia política reflexiva, de la conciencia socialdemócrata [comunista]. No pueden hacerse socialdemócratas sin una serie de pruebas revolucionarias, no sólo porque son ignorantes —la revolución, lo repetimos, instruye con una rapidez vertiginosa— sino también porque su situación de clase no es proletaria, porque la lógica objetiva de la evolución histórica nos impone, en este momento, no la revolución socialista, sino la revolución democrática. (Lenin, *La socialdemocracia y el gobierno provisional revolucionario*, marzo de 1905).

De esa larga cita sólo tenemos que aclarar que la referencia al pope Gapón lo que quiere decir es que Lenin, independientemente de la cuestión del partido campesino, considera como algo seguro y necesario que surjan *representantes políticos* (jefes) propios de la pequeña burguesía, diferentes de los comunistas revolucionarios (socialdemócratas, como entonces se llamaban), aunque en muchos casos susceptibles de llegar a serlo ulteriormente. Y que la alianza obrero-campesina *pasa* por la alianza —incluida, por supuesto, la alianza gubernamental— entre los representantes comunistas del proletariado y los representantes democráticos de la pequeña burguesía campesina.

En ocasiones posteriores Lenin dijo:

Trotski no se ha dado cuenta de que, si el proletariado consiguiera arrastrar a las masas campesinas no proletarias para confiscar las tierras de los latifundistas y derrocar la monarquía, eso sería el cumplimiento de la «revolución burguesa nacional» en Rusia y la *dictadura democrática—revolucionaria del proletariado y del campesinado*. ... La teoría de Trotski ... toma al mismo tiempo de los mencheviques su «negación» del papel del campesinado. ... Trotski se aproximaba a los políticos obreros liberales rusos, quienes poniendo en cuestión el papel del campesinado, revelan su escaso deseo de despertar a las fuerzas revolucionarias del campesinado. (*Contra la corriente*).

En 1909 Trotski había escrito que los bolcheviques «llegan a la idea de una autorrestricción democrático-burguesa del proletariado cuando éste tenga en sus manos el poder estatal» [!] «Mientras que los lados «antirrevolucionarios del menchevismo se manifiestan desde ya con toda su fuerza, los lados antirrevolucionarios del bolchevismo no presentan peligro más que en caso de victoria revolucionaria». En enero de 1922, al reeditar ese artículo, Trotski puso la siguiente nota: «No fue así, muy afortunadamente: bajo la dirección del camarada Lenin el bolchevismo transformó —no sin luchas internas— su ideología en esta cuestión primordial desde la primavera de 1917, esto es, antes de la conquista del poder». La idea expresada aquí está clara: en la primavera de 1917 Lenin se hizo trotskista..., a juicio de Trotski. Éste último expuso esa misma idea un año después: «La teoría de la *revolución permanente* llevaba directamente al leninismo, en particular a las tesis de abril de 1917» (*Nuevo Rumbo*).

¿Es eso cierto? Por supuesto que no. En primer lugar, Lenin formuló sus «Tesis de abril» de 1917 en una situación política y social distinta a la existente en 1905 y 1906, cuando Parvus y Trotski elaboraron su teoría. En 1905 gobernaba Rusia la clase de los

latifundistas semifeudales. En febrero de 1917 tuvo lugar la revolución burguesa liberal, que dio el poder a la burguesía «democrática-constitucionalista». Analizando ese rasgo fundamental (el paso del poder de manos de una clase a manos de otra) Lenin decía: «El poder ha pasado en Rusia a manos de una nueva clase, la clase de la burguesía y de los terratenientes aburguesados. *En esa medida* (subrayado por Lenin) la revolución democrático-burguesa en Rusia está terminada. Pero sólo *en esa medida*».

Por ello, al exponer la nueva estrategia del Partido bolchevique en la nueva Rusia burguesa, Lenin decía: «¿No nos veríamos acaso en peligro de caer en un subjetivismo exagerado cediendo al deseo de pasar por encima de la revolución burguesa democrática aún inacabada —puesto que no ha satisfecho las reivindicaciones de los campesinos— si tratásemos de desencadenar inmediatamente la revolución socialista? Si yo hubiera dicho: «Sin zar, por un gobierno obrero», me exponería a ese peligro». La consigna «Sin zar, por un gobierno obrero» fue lanzada por Parvus en 1905 como divulgación de la teoría trotskista de la revolución permanente. Después de que la revolución democrático-burguesa estaba ya realizada *en cierta medida*, Lenin seguía oponiéndose a esa consigna trotskista, porque la revolución democrática no estaba totalmente acabada: la cuestión central de la misma, la cuestión agraria y campesina, estaba aún por resolver.

Y, exponiendo el nuevo programa del Partido correspondiente a la nueva situación, Lenin decía:

El partido del proletariado no puede en modo alguno proponerse «implantar» el socialismo ... mientras la inmensa mayoría de la población no haya tomado conciencia de la necesidad de la revolución socialista ... [Pero] medidas como la nacionalización de la tierra y de todos los bancos y consorcios capitalistas (es decir, los monopolios) que no significan, en modo alguno, la «implantación» del socialismo deben ser defendidas incondicionalmente y aplicadas, dentro de lo posible, por vía revolucionaria... Esas medidas... no son más que pasos hacia el socialismo y plenamente realizables desde el punto de vista económico... ¿Puede exigir la mayoría de los campesinos la nacionalización de la tierra, puede realizarla? Sí. ¿Es eso ya la revolución social? No, es aún la revolución burguesa, porque la nacionalización de la tierra es compatible con el capitalismo, aunque sea un golpe asestado a la propiedad privada... ¿Puede la mayoría de los campesinos rusos pronunciarse por la fusión de los bancos y exigir que una sucursal del Banco del Estado sea establecida en cada localidad? Sí... ¿Se trata de una medida socialista? No, no es aún el socialismo.

Las concepciones expuestas son claras: estamos (Rusia, abril de 1917) en el tránsito de la revolución burguesa a la socialista. Nuestra revolución no es ya burguesa, pero no es aún socialista. Medidas como la nacionalización de la tierra (que no implica la colectivización del cultivo) y la nacionalización de la banca y de los monopolios capitalistas, medidas de ese tipo, son *pasos* hacia el socialismo, pero no es aún la implantación del socialismo, no es aún una política económica auténticamente socialista. ¿Qué Estado puede llevar a cabo esas medidas? Lenin sostenía que los *soviets*, explicando que éstos, tal como estaban constituidos entonces, significaban, no la dictadura socialista del proletariado, sino la dictadura democrática de los obreros y los campesinos: «Yo no digo ‘Sin Zar, por un gobierno obrero’; digo: tenemos soviets pequeñoburgueses». ¡Cuán lejos estaba todo esto de la charlatanería maximalista del trotskismo!

Varios meses después (septiembre de 1917) Lenin ampliaba la exposición de ese programa. Para llevarlo a cabo, decía Lenin «hay que instaurar la dictadura revolucionaria de la democracia dirigida por el proletariado revolucionario ... Ése es el *quid* de la cuestión». «Pues bien sustituid ... ese Estado de terratenientes y capitalistas por un Estado *democrático-revolucionario* [subrayado por Lenin], es decir, por un Estado que destruya revolucionariamente todos los privilegios, que no tema implantar revolucionariamente la democracia más completa y veréis que el capitalismo monopolista de Estado en un estado democrático-revolucionario representa, inevitable, infaliblemente, ¡un paso, pasos hacia el socialismo!». Un paso hacia el socialismo, pero todavía no el socialismo. ¿Y qué es ese Estado democrático-revolucionario? «La organización armada del pueblo y, muy en primer término, de los obreros y de los campesinos».

Pero no se trataba aún (en septiembre de 1917) de la dictadura socialista del proletariado. Lenin explicó después de la revolución de octubre el pasaje que acabamos de citar de la siguiente manera:

Observad que eso fue escrito en tiempos de Kerenski, que no se trataba aquí de la dictadura del proletariado, *no* se trata del Estado socialista, sino del Estado «democrático-revolucionario».

Mientras que Trotski no admite nada más que la dictadura socialista del proletariado y, por consiguiente, trata de saltar por encima de la etapa democrática de la revolución, Lenin nos enseña en las *Tesis de abril*, así como en sus explicaciones y aclaraciones posteriores, a diferenciar las etapas y fases del socialismo y lo que no son más que pasos hacia el socialismo; a diferenciar el Estado socialista del Estado democrático-revolucionario.

La teoría de la revolución permanente de Trotski no ha «pasado de la teoría a la acción», no se ha encarnado nunca en acción revolucionaria de masas. Lenin decía ya en 1915 que Trotski «no cumple bien con este deber [«darse cuenta de las correlaciones de clases en la revolución inmediata»] puesto que no hace más que repetir su «original» teoría de 1905 sin molestarse en examinar por qué razón la vida ha pasado durante diez años por encima de esta excelente teoría» (*Dos tendencias de la revolución*).

Medio siglo después les preguntamos a los trotskistas: ¿Pensáis sinceramente que una teoría que fuese justa habría existido durante 60 años sin plasmarse en acción revolucionaria de masas, sin aportar absolutamente ninguna contribución práctica al movimiento obrero?

III.8.— Trotski y la revolución española

En 1930 y 1931 Trotski escribió una serie de cartas y artículos sobre la revolución española. Su polémica contra nuestro Partido y contra la Internacional Comunista son interesantes en la hora presente, cuando los problemas entonces planteados vuelven a estar, modificados por las transformaciones que ha sufrido nuestro país en el curso de los 35 años, en el orden del día.

Trotski reconocía en 1930 y 31 el carácter democrático-burgués de la revolución planteada entonces en España. Pero afirmaba que «la consolidación del poderío económico

de la gran burguesía y la importancia política creciente del proletariado han quitado definitivamente a la pequeña burguesía la posibilidad de ocupar un puesto de dirección en la vida política del país». Ese pronóstico se reveló posteriormente como absolutamente falso, ya que la pequeña burguesía española ejerció «un puesto de dirección en la vida política del país» en los años 1932 y 1933, así como de febrero a julio de 1936.

Trotsky criticaba la tesis de la Internacional Comunista de que «en España la revolución socialista no puede ser la tarea inmediata, la cual [sostenía la I.C.] consiste en la revolución obrera y campesina contra los terratenientes y la burguesía» (*Pravda*, 10 de marzo de 1931). A lo que Trotsky respondía: «La oposición de izquierda [es decir, los contrarrevolucionarios trotskistas] tiene el deber de desvelar, de denunciar implacablemente, de desterrar para siempre de la conciencia de la vanguardia proletaria, la fórmula de cierta ‘revolución obrera y campesina’ que se distinguiría tanto de la revolución burguesa como de la proletaria. ¡Comunistas de España, no creáis en ella!» «La perspectiva que se abre ante vosotros es la de la dictadura del proletariado. No hay, no habrá, no puede haber revolución ‘transitoria’, más ‘simple’, más ‘económica’, más ‘compatible’ con vuestras fuerzas.»

Para Trotsky admitir el carácter democrático de la revolución tiene un único sentido: admitir que las consignas democráticas han de jugar un papel en la movilización de las masas. Por eso suele usar más frecuentemente que la expresión de «revolución democrática» la de «insurrección democrática». Eso coincide con el fondo de su pensamiento. Admitir una revolución democrática y no admitir una dictadura democrática es un contrasentido. Polemizando con Martinov (en el período menchevique de éste) Lenin reconoció «confundir» los conceptos de revolución y de dictadura, porque el instrumento de la revolución es la dictadura, porque la cuestión fundamental de la revolución es la cuestión del poder.

Pero lo más importante de las frases de Trotsky que hemos citado es su tesis de que no hay ninguna revolución más «económica», más «compatible» con las fuerzas acumuladas en un momento dado por la clase obrera, que la revolución proletaria estricta.

Eso es falso. Si en un momento dado las amplias masas populares están dispuestas a derrocar el poder del imperialismo y la oligarquía, a implantar una democracia popular bajo la dirección de un Frente Democrático Nacional Revolucionario con un programa de gobierno que signifique la liquidación de la oligarquía pero no del capitalismo en general, con una reforma agraria democrática que dé la tierra a los que la trabajan, pero sin colectivización de la agricultura, sería una insensatez, una locura, que la vanguardia proletaria se negara a aprovechar esa situación, se negara a conducir esa revolución popular, única compatible con las fuerzas del proletariado en ese momento. Si en tal coyuntura la vanguardia proletaria se decidiese por la espera de tiempos mejores en los que pudiera realizar la revolución comunista estricta, entonces se desligaría de las masas y perdería todo derecho a seguir siendo considerada como vanguardia.

Nuestros fraccionalistas trotskistas no son aventureristas, no son partidarios de lanzarse a empresas arriesgadas. Antes al contrario, su concepción de la estructura y de las tareas del Partido más bien trata de reducir a éste a un club pedagógico y de discusión. En definitiva, también ellos son partidarios consecuentes de que no hay revolución más

«simple», más «económica», más compatible con las fuerzas alcanzadas por el proletariado en un momento dado que la revolución comunista integral.

III.9.— El carácter de la revolución española en su etapa actual

No nos vamos a extender aquí en la explicación de las causas del carácter democrático-nacional de la revolución popular española que se plantea ante nosotros. Esas causas están expuestas ampliamente en diversos documentos del Partido. Vamos, simplemente, a exponerlas de una manera resumida.

La revolución democrática burguesa nunca ha sido llevada a término en España. Hemos tenido la revolución de 1808-1814, la de 1820-1823, la de 1868-74, la de 1931-39. En todas ellas el pueblo (dirigido por la burguesía en las tres primeras y en una buena mitad de la cuarta; y por el proletariado en la segunda mitad de esta última) logró poder establecer el poder democrático-revolucionario, pero ese poder sucumbió al cabo, derrocado por la violencia contrarrevolucionaria.

Las transformaciones burguesas que ha sufrido España han sido realizadas por medio de reformas y no por medio de revolución, de una manera gradual, «cautelosa», muy «prudente» con respecto a la estructura social y a las instituciones políticas, jurídicas, religiosas, etc, de la época del feudalismo. Han sido, en suma, transformaciones a medias, que han permanecido siempre lejos de barrer todos los vestigios de las formaciones precapitalistas, todas las trabas al desarrollo capitalista de la sociedad y de la producción.

La propia nobleza feudal dominante se transformó a sí misma en gran burguesía latifundista y financiera, fundiéndose más tarde con la delgada capa superior de la burguesía monopolista de Cataluña y Euzkadi.

El desarrollo del capitalismo español tiene rasgos peculiares. No ha sido un desarrollo «desde abajo», de la libre competencia al monopolio, por un proceso de concentración del capital, como en Francia, Inglaterra o los EE.UU. Ha sido un proceso «desde arriba», de creación de los monopolios industriales por el capital bancario, en una buena parte perteneciente a esa alta burguesía aristocrática y terrateniente.

Como consecuencia de no haberse realizado la revolución democrático-burguesa —y principalmente, de no haberse llevado a cabo la reforma agraria democrático-burguesa— nuestro desarrollo económico ha sido extraordinariamente lento y nos ha conducido a la actual situación de atraso y de pobreza.

El capitalismo latifundista que, a partir de la desamortización (1833-1874) sustituyó en el campo español a las relaciones de producción feudales no eliminaba totalmente los vestigios del feudalismo. Éstos fueron en gran parte abolidos durante la II República y, sobre todo, durante la guerra en la zona republicana, pero la «cruzada» colocó de nuevo las cosas «en su sitio». Mas el rasgo fundamental del latifundismo español —como el de los países iberoamericanos—, que lo diferencia del latifundismo existente en los países de alto desarrollo económico, es que no procede de un sistema de pequeñas o medias parcelas, a través de un proceso gradual de concentración de tierras, sino que ha sido implantado sobre la base de una agricultura atrasadísima, rudimentaria. Por ello, el latifundismo español ha sido siempre un fortísimo obstáculo al desarrollo de

las fuerzas productivas capitalistas, concretamente al desarrollo del capitalismo industrial, que es *el* capitalismo por antonomasia. En ese sentido, el latifundismo español ha sido —y, en parte, sigue siendo— un vestigio feudal.

Las reminiscencias económicas, poro, sobre todo, sociales, políticas, jurídicas, religiosas, etc, del feudalismo son fuertes aún en nuestro país. El fascismo español entronca directamente con el viejo reaccionarismo monárquico y clerical, es su continuación inmediata.

Todo eso suministra la base de una revolución democrática en España, precisamente en la medida en que la revolución democrático-burguesa nunca ha sido llevada a término. En esa revolución están objetivamente interesadas no sólo las clases populares y trabajadoras (el proletariado, los campesinos, la pequeña burguesía urbana —incluyendo a la mayoría de los intelectuales), sino incluso, en una amplia medida, la burguesía media. Pues una revolución que derrocara el poder político y económico del imperialismo y de la oligarquía en nuestra patria reportaría, de una manera inmediata, muchas más ventajas que perjuicios a la burguesía media, la liberaría de las ataduras del régimen fascista y de la expoliación a que la someten los monopolios.

Pero no son éstas las únicas razones que nos inducen a considerar como alternativa al régimen actual, no la revolución comunista directamente, sino la revolución democrático-nacional. Hay una experiencia muy valiosa: la de los países de Europa oriental al finalizar la II Guerra Mundial e inmediatamente después de ésta. Esa experiencia nos dice que bajo el imperialismo —y principalmente bajo el fascismo (que es su expresión política más acabada, más reaccionaria)— importantes sectores de la pequeña burguesía o incluso de la burguesía media, movidos por su antagonismo con el capitalismo financiero y con sus superestructuras (el fascismo, con todos sus rasgos de tipo medieval y el sojuzgamiento general de las naciones débiles) pueden incorporarse a la lucha revolucionaria contra ese capitalismo en alianza con la clase obrera.

Así, en *nuevas condiciones* económico-sociales (que pueden ser incluso las de un país capitalista industrial adelantado en el que la revolución democrático-burguesa se haya terminado hace tiempo) se puede repetir una correlación de fuerzas de clase propia de las revoluciones democrático-burguesas de los países feudales o con fuertes vestigios del feudalismo.

Una revolución cuyas fuerzas motrices sean, además del proletariado y de los campesinos pobres, toda la masa pequeñoburguesa y hasta, en cierta medida, algún sector de la burguesía media (o que cuente con la neutralidad de ésta) no es una revolución proletaria pura, sino una revolución popular. Una revolución con una base social tan amplia no puede implantar directamente la dictadura socialista del proletariado (en eso no puede haber acuerdo entre todas las fuerzas motrices de la revolución antifascista y antiimperialista). Una revolución así puede sólo implantar una variante atenuada de la dictadura del proletariado, una democracia popular, es decir, la dictadura de un bloque de fuerzas de clase cuyo eje sea la alianza obrero-campesina.

Y ese poder democrático-popular no puede, desde los primeros momentos, llevar a cabo un programa socialista, sino un programa de liquidación tan sólo de los sectores más reaccionarios —y más poderosos— de la clase capitalista.

Del seno de las amplias fuerzas que inicialmente han apoyado la revolución antifascista y antiimperialista en esos países de Europa oriental, se han ido desgajando paulatinamente los elementos menos revolucionarios, los más a la derecha. Así, la revolución ha virado cada vez más hacia la izquierda, se ha ido transformando de revolución democrática en socialista.

Se trata de una nueva experiencia. Lenin no había predicho esa experiencia evidentemente. Pero de una manera general sabía que el curso de la revolución proletaria aportaría experiencias de ese tipo. Polemizando con Kautsky y con Trotski en 1915 decía que «las revoluciones políticas» (esto es, las revoluciones democráticas, a diferencia de la revolución social o comunista) «son inevitables en el proceso de la revolución socialista, que no debe *considerarse como un acto único*, sino como una época de violentas conmociones políticas y económicas, de revoluciones y contrarrevoluciones».

Esta tesis general se ha concretado por la experiencia de los países de Europa oriental al término de la segunda guerra mundial: esa experiencia, expresada sintéticamente, dice que incluso en determinados países en los que la revolución democrático-burguesa ha sido históricamente llevada a término (y no es tal nuestro caso) la revolución comunista debe ser precedida por una revolución nacional y democrática de todo el pueblo, contra el capital financiero y los terratenientes, contra el fascismo y el imperialismo. Esa revolución no es democrático-burguesa, en el sentido de que la burguesía no puede conducirla o incluso ni siquiera participar en ella de una manera activa. No es tampoco una revolución comunista, pues no puede dar la dominación sólo al proletariado ni aplicar una política económica socialista.

En España, además de las reminiscencias feudales importantes en los diversos terrenos de la superestructura, tenemos las mismas condiciones políticas (régimen fascista y sojuzgamiento económico, político y militar del imperialismo extranjero, en nuestro caso el, yanqui) que condujeron en los países de Europa oriental, a mediados de la década del cuarenta, a las revoluciones democráticas y populares. Ésas son las razones que nos mueven, pues, a la estimación de la revolución por venir en nuestro país contenida en nuestra línea política.

IV — LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA EN UN SOLO PAÍS Y LA CUESTIÓN DEL INTERNACIONALISMO

«La revolución socialista no puede llevarse a cabo más que en todo el mundo» ... «si se cree en la posibilidad de realizarla en un solo país es inevitable que el internacionalismo resulte una pura exigencia ética, o como un complemento del nacionalismo, derivado de éste. Ambas cosas ocurren en el *Boletín Interno* N°1». Así se expresan los fraccionalistas trotskistas.

Nuestros trotskistas citan una frase de la *Ideología Alemana* para corroborar su tesis. Efectivamente, cuando Marx y Engels escribieron la *Ideología Alemana* (1845-46)

sostenían que el socialismo debía triunfar simultáneamente en todos los países capitalistas. Esa misma tesis la expuso Engels en sus *Principios del Comunismo* (1847) de una manera todavía más explícita.

La primera vez que se expuso la tesis de la victoria del socialismo en un solo país fue en 1915, como consecuencia del análisis de la ley del desarrollo desigual del capitalismo. En su polémica contra Kautsky sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa (consigna sostenida también por Trotski), Lenin criticaba la falsa idea de la imposibilidad del socialismo en un solo país, en los siguientes términos:

La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De ahí se deduce la posibilidad de que *la victoria del socialismo empiece por unos cuantos países capitalistas, o incluso un solo país capitalista*. El proletariado de ese país, después de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras, se enfrentaría con el resto del mundo, con el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países...» [los subrayados son nuestros].

A este argumento de Lenin, Trotski contestaba de la siguiente manera: «La única objeción histórica, por poco concreta que sea, a la consigna de los Estados Unidos [de Europa] ha sido formulada en el *Sotsialdemokrat* suizo [el órgano central de los bolcheviques en aquella época] en los siguientes términos: ‘la irregularidad del desarrollo económico y político es la ley indiscutible del capitalismo’. De donde el *Sotsialdemokrat* concluía que la victoria del socialismo es posible en un solo país y que, por consiguiente, no había razón para hacer depender la dictadura del proletariado en cada país por separado de la formación de los EE.UU. de Europa. Que el desarrollo capitalista de los diferentes Estados sea irregular es indiscutible. Pero esa irregularidad es ella misma muy irregular» [!] «Sin esperar a los otros, comenzamos y continuamos la lucha en el terreno nacional, con la absoluta certidumbre de que nuestra iniciativa impulsará la lucha de los demás países; y, si esto no tuviese lugar, no se podría esperar —la experiencia histórica y las consideraciones teóricas están ahí para demostrarlo— que, por ejemplo, la Rusia revolucionaria pudiera resistir a una Europa conservadora, o que la Alemania socialista pudiera permanecer aislada en el inundo capitalista».

Eso lo afirmó Trotski antes de la revolución bolchevique y lo mantuvo después. Pero nuestros trotskistas *en 1965* niegan que se pueda, que se haya podido «realizar la revolución socialista en un solo país», después de la experiencia de la Unión Soviética que, bajo la dirección del Partido de Lenin y Stalin, aislada en medio del mundo capitalista durante casi 30 años, cubrió un largo trecho en el camino de la edificación de la sociedad socialista.

Trotski basaba su tesis fundamentalmente en el argumento de las fuerzas productivas, según el cual, a la economía mundial capitalista no puede suceder directamente algo que no sea la economía mundial socialista. A la vez que ese argumento, Trotski sostenía la imposibilidad de que, a largo plazo, un país socialista pudiera resistir solo las embestidas del imperialismo, lo que, a su juicio, se debía a que:

- 1) lo que decide de la salida de una guerra son los factores técnico-económicos y técnico-militares de cada bando;

- 2) las contradicciones interimperialistas no podían manifestarse en pie de igualdad con la contradicción entre el socialismo y el capitalismo;
- 3) subestimaba la fuerza de los movimientos de liberación nacional y negaba todo papel revolucionario a la burguesía nacional de Asia y África;
- 4) no concedía importancia al movimiento obrero más que si éste conseguía un triunfo completo e instauraba la dictadura del proletariado.

Pero, frente a esas concepciones doctrinarias y esquemáticas, ¿qué es lo que ha demostrado la experiencia histórica?

- 1) Que a la economía mundial capitalista ha sucedido, directa e inmediatamente, no la economía mundial socialista (ésta vendrá dentro de bastantes decenios o acaso de más de un siglo), sino el desarrollo de cada país socialista, que construye una economía nacional independiente, sobre la base del principio de apoyarse principalmente en sus propias fuerzas.
- 2) Que el factor decisivo que decide la salida de una guerra no son las armas, sino la superioridad del orden social, la moral de las tropas y, sobre todo, de la población civil, la conciencia y organización de las masas. Una vez más se ha revelado justa la tesis marxista de que «son las masas las que hacen la historia» y no la tesis revisionista-trotskista de que las armas lo deciden todo.
- 3) La II Guerra Mundial ha revelado cómo es posible que se sitúen en primer plano las contradicciones interimperialistas incluso por encima, en ciertos casos, de la contradicción entre el imperialismo como un todo y el socialismo. En determinadas circunstancias ciertos grupos imperialistas anteponen sus intereses concretos a los del capitalismo en general, el campo imperialista se escinde y el socialismo (en un solo país o en varios países) puede utilizar las contradicciones antagónicas entre los diversos bloques imperialistas y, si se ve amenazado o atacado por uno de ellos, llegar a una alianza militar con el otro.
- 4) La fuerza del proletariado mundial, incluso si éste ha logrado establecer su dominación en un número reducido de países, se ha revelado también gigantesca. La presión que los intentos (aun si resultan a veces fallidos) de la clase obrera por tomar el poder en los diversos países, así como la propia presión que ejerce su fuerza organizativa y política creciente, ha contribuido a detener la mano de los agresores imperialistas, a salvaguardar la paz. Los imperialistas saben muy bien que la guerra aceleraría la maduración de las condiciones para una revolución proletaria en sus propios países.
- 5) El movimiento democrático-burgués de liberación nacional de los países afroasiáticos y el incipiente movimiento democrático-popular de liberación nacional de los pueblos iberoamericanos son fuerzas revolucionarias imponentes, cuyo poderío es tal que, por sí solas, han aportado una contribución fundamental y decisiva a la causa de la paz, debilitando a las fuerzas del imperialismo, obligándolas a batirse simultáneamente en escenarios muy alejados entre sí. Con esa retaguardia tan movediza, los imperialistas difícilmente se decidirán a lanzarse a una guerra total contra el socialismo.

La revolución comunista no puede *terminarse* en el marco del Estado nacional, sino en el marco de la dictadura mundial del proletariado (en ese sentido, como decía Lenin, los Estados Unidos del mundo se identifican con la fase inferior de la sociedad comunista). Pero que no pueda terminarse no significa que no pueda realizarse. La revolución comunista es el paso del poder de manos de la burguesía a manos del proletariado y, sobre esa base, la destrucción de todo el orden social existente y la edificación de la sociedad comunista. Ese paso del poder (que es sólo el comienzo y no el coronamiento de la revolución, pero que, de todos modos, es la cuestión fundamental de la misma) se ha realizado y se seguirá realizando en el marco nacional-estatal, en el marco político de cada país. Y el proletariado que ha tomado el poder en el marco nacional-estatal deberá organizar dentro de sus fronteras la producción socialista, el socialismo (en el sentido que hemos dado a la palabra «socialismo» al diferenciarlo de la política económica de la revolución democrática).

No vamos a abordar aquí hasta dónde puede avanzar el proletariado, en el marco del Estado Nacional en la construcción del socialismo, pues es una cuestión diferente, en la que el movimiento comunista mundial ha cometido algunos errores de previsión, errores que la experiencia de la edificación de la sociedad comunista ha de ir esclareciendo y enderezando. Pero el problema fundamental de la controversia entre el trotskismo y el leninismo en esta materia, la posibilidad de consolidar el poder del proletariado y organizar la economía nacional de acuerdo con la planificación socialista en un solo país, ese problema está definitivamente zanjado por la historia.

Veamos ahora qué es el internacionalismo para Trotski y para los marxistas-leninistas. Trotski decía:

Una sociedad socialista autónoma no se puede construir ni en la India ni en Inglaterra. Los dos países deberán formar parte de una unidad más elevada. *En esto y solamente en esto reside la base inquebrantable del internacionalismo marxista.* [Los subrayados son nuestros.] El internacionalismo de los partidos comunistas se basa en la bancarrota del Estado nacional que es una supervivencia y que frena el desarrollo de las fuerzas productivas.... El internacionalismo no es un principio abstracto, no constituye más que el reflejo político y teórico del carácter mundial de la economía del desarrollo mundial de las fuerzas productivas... (*La Revolución Permanente*).

Pero, si todo eso fuera cierto, ¿por qué ya en 1848 los fundadores del marxismo lanzaban el grito de guerra de la clase obrera internacional «¡Proletarios de todos los países, uníos!»? Porque no puede sostenerse que en 1848 existiera una verdadera economía internacional y, sobre todo, que tuviera una envergadura mundial.

Criticando las posiciones lassalleanas, Marx y Engels sostuvieron que el fundamento del internacionalismo proletario radica en que la unión fraternal de las clases obreras de los diversos países capitalistas era imprescindible para que el proletariado de cada país pudiera derrocar, con la ayuda de sus hermanos de clase del resto del mundo, a su propia burguesía, estableciendo su dictadura revolucionaria primero en el marco de su Estado nacional. Si Trotski y los trotskistas llaman a esto «una pura exigencia ética» o «un complemento del nacionalismo, derivado de éste», hay que reconocer su don para usar las palabras en un sentido original.

«Exigencia ética» lo es ciertamente el internacionalismo, porque un comunista debe considerar como «exigencias éticas» todas las formas de acción necesarias y útiles para la emancipación de la clase obrera, para la revolución comunista mundial. Y la unión fraternal de los proletarios de todos los países, así como su alianza con los pueblos y naciones oprimidos de todo el mundo, forman parte de esas normas, y de las más primordiales.

El socialismo sólo es posible sobre la base del desarrollo de la moral comunista en cada obrero consciente, en cada trabajador revolucionario. Si la clase obrera de un país, habiendo tomado el poder, viera con indiferencia la suerte de sus hermanos de clase oprimidos y explotados en los demás países, el socialismo se haría imposible. La falta de solidaridad internacional (el egoísmo nacional) conduce al egoísmo individualista, a la moral burguesa. Sobre esta base, no es posible construir el socialismo. Pero a este punto de vista lo llaman los trotskistas «pura exigencia ética».

Además, sin el concurso de las fuerzas de los proletarios de todos los países (y no sólo de los proletarios, sino de todos sus aliados, aun de los más inestables y provisionales) no se puede establecer ni siquiera la dictadura del proletariado en un solo país y, menos aún, consolidarla y fortalecerla. A esta consideración los trotskistas la califican de «complemento del nacionalismo, derivado de éste».

V — LOS ACUERDOS PARCIALES CON CIERTOS SECTORES DE LA BURGUESÍA

Aunque no tenemos ningún documento en el que los fraccionalistas trotskistas expongan positivamente sus tesis generales sobre la estrategia y la táctica de la revolución española de una manera sistemática, dado que los propios fraccionalistas dicen en su «Informe crítico en materia de organización» que «en discusiones ideológicas sobre puntos parciales» «se vio que nuestra postura sobre puntos políticos fundamentales era diametralmente opuesta a la de la dirección», vamos a abordar uno de esos «puntos» que, después de los tratados en sus documentos fraccionalistas, estimamos que es el más importante: ¿puede o no el proletariado, en determinadas circunstancias, llegar a acuerdos parciales con ciertos sectores de la burguesía?

Los trotskistas contestaban con la negativa rotunda, al menos en lo que respecta a los acuerdos estratégicos así como por lo que concierne a los acuerdos, aun los meramente tácticos, con una parte del imperialismo mundial contra otra. Basados en esa concepción, criticaban la política exterior de la República Popular China en lo que concierne a los acuerdos tácticos con la Francia gaullista en contra del imperialismo yanqui, enemigo principal de los pueblos del mundo. A través de las discusiones reconocieron también su total desacuerdo, o condena, de la alianza militar pasajera establecida durante la II Guerra Mundial entre la Unión Soviética y las potencias «democráticas» imperialistas en contra del principal enemigo de los pueblos del mundo en aquella época: el bloque de las potencias fascistas (Alemania y Japón, principalmente).

Además de mantener esa posición en ese problema, se manifestaban asimismo resueltamente en contra de la línea política de los partidos marxistas-leninistas en aquellos países en los que está en el poder el ala patriótica y antiimperialista de la burguesía nacional. A juicio de nuestros fraccionalistas el apoyo a la burguesía, incluso si ésta es antiimperialista, es una traición a los intereses de la clase obrera.

V.1.— Explotar las contradicciones interimperialistas

Los fraccionalistas trotskistas tratan de apoyar su posición en la que mantuvieron Lenin y los bolcheviques durante la I Guerra Mundial. Durante aquella contienda, los socialistas de todos los países se dividieron en dos alas (aparte del «centro», oportunista conciliador): los socialpatriotas, que se manifestaban en pro de la «defensa de la patria» imperialista, y los internacionalistas revolucionarios, cuya vanguardia fueron los bolcheviques, que propugnaban la derrota de su propia patria y la transformación de la guerra imperialista en guerra civil mediante la insurrección de las masas trabajadoras contra el capitalismo.

Cuando un marxista estudia la guerra, lo primero que se pregunta es: ¿cuál es el carácter de clase de la guerra? La I Guerra Mundial era una guerra imperialista, una guerra entre dos contendientes que se disputaban el botín y la rapiña de la explotación despiadada de los pueblos coloniales y dependientes. Había también, como ahora veremos, un cierto elemento no imperialista en aquella guerra, un elemento de lucha nacional, pero absolutamente insignificante desde el punto de vista de la correlación internacional de fuerzas.

Defendiendo la posición internacionalista contra el oportunismo de Kautsky, Lenin decía:

¡He aquí otra muestra de la prostitución del marxismo! Puesto que una Rusia «democrática» reavivaría el afán de libertad de las naciones del Oriente europeo, la guerra actual, que no libera a ninguna nación y que, cualquiera que sea su fin, esclavizaría a muchas, no es *por tanto*, una guerra «puramente» imperialista. *Puesto que* el hundimiento del zarismo significaría el desmembramiento de Austria, en virtud del carácter antidemocrático de su estructura nacional, el zarismo contrarrevolucionario, al despojar a Austria y al llevar una opresión *aún mayor* a las naciones de Austria, ha imprimido *por tanto* a la «guerra actual» un carácter que no es puramente imperialista sino nacional. ... El *único* elemento nacional de la guerra presente es la lucha de Servia contra Austria —lo cual, dicho sea de paso, ha sido señalado en la Conferencia de Berna de nuestro Partido—. Sólo en Servia y entre los serbios es donde tenemos un movimiento de liberación nacional... cuya prolongación es la guerra de Servia contra Austria. Si esta guerra fuera una guerra aislada, es decir, si no estuviera ligada a la guerra europea, a los objetivos egoístas y rapaces de Inglaterra, Rusia, etc., todos los socialistas estarían obligados a desear el triunfo de la burguesía servia: ésta es la única conclusión acertada y absolutamente necesaria que se deduce del elemento nacional de la guerra presente [...] El elemento nacional de la guerra servio-austríaca no tiene ni puede tener ninguna importancia seria en la guerra europea. Si vence Alemania, ésta ahogará a Bélgica, una parte más de Polonia y tal vez de Francia, etc. Si vence Rusia, ésta ahogará a Galitsia, una parte más de Polonia, Armenia, etc. Si hay «empate», se mantendrá la vieja opresión nacional. Para Servia, es decir, para una centésima parte de los que participan en la guerra actual, ésta es una prolongación de la política del

movimiento burgués de liberación. Para los 99% restantes, la guerra es una prolongación de la política imperialista, es decir, de la política de una burguesía decrepita, capaz de corromper pero no de emancipar a las naciones. Al «liberar» a Servia, la triple *Entente* vende los intereses de la libertad servia al imperialismo italiano, a cambio de la ayuda de éste en el despojo de Austria. (*La bancarrota de la II Internacional*).

Así analizaba Lenin las causas en virtud de las cuales apoyar la defensa de la patria en aquella guerra era la más vil de las traiciones al socialismo y a la democracia.

Pero inmediatamente después del triunfo de la revolución bolchevique en octubre de 1917 la situación cambió por completo, cualitativamente. Lenin dijo que «desde octubre todos nos hemos hecho defensores». Y explicó que ahora, al transformarse Rusia en un país socialista, se hacía legítima su lucha defensiva contra cualquier potencia imperialista y, por consiguiente, también sus posibles acuerdos militares con otras potencias.

Al luchar contra las posiciones de Trotski y Bujarin, quienes se oponían a la paz de Brets, Lenin dijo:

Otro de los argumentos en favor de la guerra inmediata es que, concertando la paz, nos constituimos, objetivamente, en agentes del imperialismo alemán, ya que le proporcionamos la posibilidad de utilizar las tropas que tiene en nuestro frente, le devolvemos millones de prisioneros, etc. Pero también este argumento es a todas luces falso, porque en este momento la guerra revolucionaria nos convertiría en agentes del imperialismo anglo-francés, ya que le proporcionaríamos fuerzas auxiliares que favorecerían sus fines. Y aunque no aceptáramos ni un kopek de los anglo-franceses, no por eso dejaríamos de ayudarlos objetivamente, distraendo una parte de las tropas alemanas. Desde este punto de vista, tanto en un caso como en el otro no conseguiremos del todo librarnos de uno u otro lazo imperialista. No conseguiremos librarnos de ellos por completo antes de derrocar al imperialismo mundial. (*Tesis sobre la conclusión de paz separada*).

Más adelante, Lenin expuso en forma de tesis la misma opinión:

Sin renunciar en general, ni mucho menos, a los acuerdos militares con una coalición imperialista contra otra en aquellos casos en que esos acuerdos, sin violar los fundamentos del poder soviético, puedan favorecer su situación y paralizar el ataque contra él por parte de cualquier potencia imperialista... (*Tesis sobre la situación política actual*).

Y, en su célebre carta a los obreros norteamericanos en plena guerra civil rusa, Lenin explicó de una manera clara y accesible este punto de vista, esta posición de principio:

[Las fieras rapaces del imperialismo anglo-francés y norteamericano] fingen no comprender la diferencia que existe entre un acuerdo de los «socialistas» con la burguesía —la propia y la extranjera— contra los obreros, contra los trabajadores, y un acuerdo para la defensa de los obreros triunfantes sobre su burguesía; un acuerdo con la burguesía de un color *contra la burguesía* de otro color a fin de que el proletariado aproveche las contradicciones entre los diversos grupos de la burguesía. ... En febrero de 1918, cuando las aves de rapiña del imperialismo alemán lanzaron sus tropas contra la Rusia inerme,... no vacilé lo más mínimo en llegar a cierto acuerdo con los monárquicos franceses... Fue un modelo de «acuerdo» que aprobará todo obrero consciente, un acuerdo en interés del socialismo. Un monárquico francés y yo nos

estrechamos la mano sabiendo que cada uno de nosotros colgaría gustoso a su «compañero». Pero nuestros intereses coincidían temporalmente. Contra los rapaces atacantes alemanes *nosotros* aprovechábamos intereses opuestos, igualmente rapaces, de otros imperialistas en beneficio de la revolución socialista rusa y de la revolución mundial... Y, por mucho que aúllen de rabia los tiburones del imperialismo anglo-francés y norteamericano, yo no dudaré ni un solo instante en concertar un «acuerdo» idéntico con las aves de rapiña del imperialismo alemán en el caso de que el ataque de las tropas anglo-francesas a Rusia lo haga necesario... Semejante táctica facilitará la revolución socialista... El pueblo norteamericano hace ya tiempo que empleó esa táctica con éxito para la revolución. Cuando libraba su gran guerra de liberación contra los opresores ingleses, concertó con unos opresores «acuerdos» que iban dirigidos contra otros opresores, para debilitar a los opresores y reforzar a los que luchaban revolucionariamente contra la opresión...; se batió a veces incluso junto a las tropas de los opresores franceses y españoles contra los opresores ingleses; venció primero a los ingleses y luego se liberó de los franceses y españoles...

Comparemos ahora la correlación de fuerzas de la primera con la de la segunda guerra mundial. En la segunda guerra mundial tenemos, de un lado, el Eje fascista (Alemania-Italia-Japón y sus satélites) y, de otro, una amplísima alianza antifascista formada por:

- 1) la Unión Soviética, país socialista y, entonces, plataforma de la revolución mundial;
- 2) los movimientos democrático-revolucionarios de liberación nacional de China, Corea, Indochina, Birmania, Filipinas, Indonesia (contra el Japón); de Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Albania, Bulgaria, Rumania, Grecia, etc. (contra Alemania e Italia);
- 3) las potencias imperialistas occidentales: Gran Bretaña y los EE.UU.

¿Son comparables ambas guerras? Entendemos que no. La primera fue puramente imperialista. La segunda dejó de serlo desde que entró en ella la Unión Soviética al ser atacada por Alemania y desde que se fundieron en una sola la guerra mundial con la guerra chino-japonesa.

«Es el procedimiento empleado por los sofistas de todos los tiempos: tomar ejemplos que corresponden, a ciencia cierta, a situaciones en principio distintas». Situaciones en principio distintas son la primera y la segunda guerra mundial. Por tanto la II Guerra Mundial fue predominantemente una guerra antifascista. Y por ello la línea seguida por todo el movimiento comunista mundial, con Stalin a la cabeza, de apoyar a la coalición antifascista y entregar todos los esfuerzos del momento a laborar por la derrota de Hitler y el Mikado fue una línea absolutamente correcta, conforme en todo a las enseñanzas de Lenin y a los dictados de la razón, de la lógica revolucionaria.

¿Y la situación presente? ¿Cuál es actualmente el enemigo principal de los pueblos del mundo? Aquel que oprime a un mayor número de ellos, que representa una amenaza efectiva de agresión contra los países socialistas; aquel que actúa como gendarme internacional de la reacción e interviene militarmente, con métodos más crueles que los de los propios fascistas hitlerianos, para reprimir a sangre y fuego las revoluciones populares en todos los países: el imperialismo yanqui. Por eso, la única táctica correcta es tratar de aislar, hasta donde sea posible, a ese enemigo principal.

Concertar, pues, acuerdos parciales, tácticos, con las potencias imperialistas que se oponen a los EE.UU., precisamente en la medida en que se les oponen, es una política justa que corresponde a los intereses de toda la humanidad progresiva. La aplicación de esa política por parte de los camaradas chinos es prueba palpable de su realismo, de su profunda comprensión del marxismo.

V.2.— ¿Debe el proletariado apoyar a la burguesía nacional antiimperialista?

El problema radica en saber si las masas están maduras en cada país para una revolución proletaria. En la medida en que las masas, en un país en el que ejerza el poder la burguesía nacional antiimperialista, no estén aún maduras para la revolución proletaria, la táctica del partido obrero debe ser la de dar un apoyo condicional a la burguesía nacional, sin cesar un solo instante su lucha ideológica contra ella, sin hipotecar su independencia ideológica, política y organizativa, sin paralizar la agitación y la propaganda en pro de la revolución comunista.

Los fraccionalistas trotskistas invocan la política del partido bolchevique de febrero a octubre de 1917, cuando gobernaba en Rusia la burguesía «democrática-constitucionalista». Esa política no fue de apoyo condicional, sino de preparación de la insurrección. Una vez más los trotskistas demuestran su incapacidad para saber captar lo esencial de cada situación histórica. La burguesía «democrática» rusa era una burguesía financiera-monopolista, imperialista, íntimamente ligada al capital anglo-francés, igualmente financiero e imperialista.

La burguesía nacional de la mayor parte de los países afroasiáticos tiene un carácter progresista revolucionario. Su lucha contra el imperialismo es una lucha democrático-burguesa de liberación nacional. Negarse a apoyar esa lucha sería una traición, sin otro calificativo posible, a la causa de la revolución mundial, parte integrante de la cual es el movimiento democrático-revolucionario de liberación nacional de los pueblos coloniales y dependientes.

Con su típico doctrinarismo, con su argumentación formalista, con su concepción metafísica de la revolución proletaria, los fraccionalistas trotskistas no han sabido comprender los rasgos esenciales típicos de cada situación, de cada forma de la revolución. No han sabido comprender que, mientras en Rusia en 1917 apoyar a la burguesía era, de hecho, **apoyarla contra los obreros y los pueblos oprimidos**, actualmente el apoyo a la burguesía nacional patriótica en muchos países afroasiáticos va dirigido contra el imperialismo.

Pero incluso en Rusia, antes del derrocamiento del zarismo, los bolcheviques apoyaron en ocasiones a la burguesía liberal, llegaron a acuerdos tácticos con ella:

Los socialdemócratas revolucionarios [los comunistas] de Rusia aprovecharon repetidas veces, antes de la caída del zarismo, los servicios de los liberales burgueses, es decir, concluyeron con ellos innumerables compromisos políticos y en 1901-02... concertaron —es cierto que no por mucho tiempo— una alianza política formal con Struve, jefe político del liberalismo burgués ... Desde 1905 [los bolcheviques] defendieron sistemáticamente la alianza de la clase obrera con los campesinos contra la burguesía liberal y el zarismo, sin negarse nunca, al mismo tiempo, a apoyar a la burguesía

contra el zarismo —por ejemplo, en la segunda etapa de las elecciones o en la segunda vuelta electoral—... (*La enfermedad infantil*).

¿Por qué siguieron esa política los bolcheviques? Porque:

Sólo se puede vencer a un enemigo más poderoso poniendo en tensión todas las fuerzas y aprovechando **obligatoriamente**, con el mayor celo, minuciosidad, prudencia y habilidad, la menor «grieta» entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de distintos países y entre los diferentes grupos o categorías de la burguesía en el interior de cada país. (*Ibidem*).

VI — OPORTUNISMO EN MATERIA DE ORGANIZACIÓN

La defensa de la libertad de fracciones en el Partido ha sido siempre uno de los puntos del trotskismo en su lucha contra el movimiento comunista mundial. Lo expuso ya Trotski en 1923 (en su *Nuevo Rumbo*), designándolo con el eufemismo de establecer un «régimen sano» en el Partido. Trotski pasó de la palabra a los hechos, capitaneó el grupo fraccional de la «Oposición de izquierda» y más adelante intentó derrocar por la fuerza la dictadura del proletariado, organizó —después de su destierro— bandas de saboteadores, siguiendo la misma política anticomunista en todos los países.

En España los trotskistas lograron apoderarse en 1930 de la dirección de la federación catalano-balear de nuestro Partido —entonces tan reducido numéricamente—, separaron a esa federación del Partido y al final crearon el POUM, que degeneró en una banda de espías y saboteadores al servicio del fascismo.

Nuestros trotskistas ignoran, al parecer, todo esto. Ellos toman de Trotski las tesis oportunistas en materia de organización. Más adelante analizaremos el posible fundamento de sus críticas a la dirección del Partido, a la que califican de «burocrática» y «dictatorial». La base doctrinal de esas críticas estriba en su oposición a la disciplina proletaria y al centralismo democrático. Para los fraccionalistas la disciplina del Partido es «la dictadura de los grupos dirigentes sobre el Partido», por parte de la dirección y «la sumisión a una camarilla dirigente». Los fraccionalistas exponen así la concepción de los «revolucionarios proletarios» (es decir, en su terminología, de los trotskistas) en materia de organización:

La dirección sólo será verdaderamente tal dirección en la medida en que esté ligada al Partido, en la medida en que sea verdaderamente la expresión de la voluntad revolucionaria de éste. En la medida en que esto no ocurra, la dirección dejará de ser tal, para convertirse en un elemento de degeneración que amenaza convertir al propio Partido en instrumento contrarrevolucionario.

El lenguaje empleado es deliberadamente equívoco. Que la dirección sólo será verdaderamente tal en la medida en que exprese la voluntad colectiva —esto es, mayoritaria— del Partido es algo que salta a la vista, que se desprende de toda nuestra concepción del Partido leninista. Pero los fraccionalistas no hablan de la voluntad colectiva, de la voluntad mayoritaria del Partido, sino de su «voluntad revolucionaria», que

puede interpretarse en el sentido de «las posiciones de principios correctas», correctas al buen saber y entender de cada uno, independientemente de la voluntad de la mayoría.

Así pues, si un grupo de militantes cree que sus posiciones son las correctas, si creen encarnar la «voluntad revolucionaria del Partido», aunque constituyan —como en nuestro caso la fracción trotskista— una exigua minoría de los militantes, entonces ese grupo puede, a su juicio, violar las normas orgánicas del Partido, puesto que la dirección, al no ser «realmente la expresión de la voluntad revolucionaria del Partido», ha dejado, a su entender, de ser tal dirección.

En las discusiones verbales con los trotskistas, éstos han sostenido que, en la medida en que un militante considere que las posiciones políticas de la dirección son incorrectas, en esa misma medida está en su derecho de no atenerse a las normas orgánicas del Partido. Eso equivale a implantar el anarquismo señorial en el Partido. En apoyo de sus tesis han invocado el pasaje de Lenin (en *La Enfermedad Infantil*) en el que éste afirma que la disciplina férrea de un Partido proletario sólo podrá establecerse verdaderamente si ese partido aplica una línea política justa. Eso es verdad. Pero, ¿quién determina la línea justa? La mayoría, no hay otra manera de determinarla. Si cada militante hiciera depender su supeditación a la voluntad mayoritaria (esto es: colectiva) del Partido de su acuerdo con el criterio de la mayoría, no sólo desaparecería el centralismo, sino también la democracia. Pues, ¿no es acaso principio fundamental de la democracia la sumisión de la minoría a la mayoría?

Supeditarse significa acatar la voluntad de la mayoría por encima del propio parecer, aceptar conscientemente una disciplina que prescribe que los desacuerdos parciales de uno o varios miembros con la mayoría del Partido no eximen a ese o esos miembros de cumplir, de la manera más completa y precisa, con las normas orgánicas del Partido. Si el cumplimiento de las normas orgánicas del Partido pudiera depender del grado en que un militante o un grupo de militantes estuviera de acuerdo con la mayoría, entonces la disciplina no significaría absolutamente nada.

En su libro *Un paso adelante, des pasos atrás*, principal obra leninista en materia de organización, Lenin citaba unas profundas y claras consideraciones de Kautsky sobre la resistencia de los intelectuales a la disciplina proletaria:

El proletario no es nada mientras sigue siendo un individuo aislado. Todas sus fuerzas, toda su capacidad de progreso, todas sus esperanzas y anhelos, los extrae de la **organización**, de su actuación sistemática en común con sus camaradas. Se siente grande y fuerte cuando constituye una parte de un organismo grande y fuerte.... Muy distinto es lo que sucede con el intelectual. No lucha aplicando, de un modo u otro, su fuerza, sino sus argumentos. Sus armas son sus conocimientos personales, su capacidad personal, sus convicciones personales ... Por eso, la plena libertad de manifestar su personalidad le parece la primera condición del éxito en su trabajo.

Pero también hay intelectuales, algunos, fieles a la clase obrera, que han asimilado la conciencia de clase proletaria:

...Liebnecht fue ejemplo ideal del intelectual totalmente penetrado de sentimiento proletario, que ... perdió los rasgos psicológicos específicamente intelectuales, que iba en las filas sin refunfuñar que trabajaba en todos los puestos adonde se le mandaba, que se había consagrado por entero a nuestra causa y despreciaba el lloriqueo

blandengue sobre lo de ahogar la personalidad, que muchas veces oímos en labios de intelectuales... **cuando suelen quedarse en minoría**; fue un ejemplo ideal de los intelectuales que necesita el movimiento socialista. También podemos citar aquí a Marx que nunca trató de ponerse en primer plano y **se sometió** de un modo ejemplar a la **disciplina de partido** en la Internacional, donde más de una vez estuvo en minoría. [Los subrayados son nuestros.]

Lo que precisamente no han comprendido los fraccionalistas trotskistas es que la organización (en la que ellos ven inevitablemente los gérmenes del burocratismo) es el arma con la que se emancipará la clase obrera, el arma que convertirá y convierte en realidad «la voluntad única» del proletariado y lo ha de hacer mediante la disciplina y la centralización más rigurosa que sólo pueden ser eficaces si son el mecanismo mediante el cual se realiza la democracia interna, el sometimiento de la minoría a la mayoría.

La subestimación de la organización, de la disciplina y de la centralización, por parte de los fraccionalistas trotskistas se pone de relieve también en su tesis de que en todo momento se pueden constituir grupos fraccionales en el Partido (como ellos dicen: «grupos provisionales en el terreno ideológico»). Esta su concepción significa: todos los militantes con posiciones ideológicas semejantes tienen el derecho de mantener contactos inorgánicos entre sí a espaldas del Partido, ocultándoselos al Partido si éste entiende que deben cesar tales contactos. Y, claro está, esos contactos no deben servir simplemente para la discusión ideológica, sino para extender «cualquier documento», así como para planificar en común la actividad a realizar dentro de los órganos del Partido, con vistas al triunfo del grupo fraccional, de las plataformas fraccionales.

Los fraccionalistas trotskistas entienden que todo documento elaborado por un miembro del Partido debe, si éste lo desea —a menos que contenga datos de clandestinidad— ser difundido entre todos los demás miembros del Partido. Tan original «libertad de crítica» no sólo amenazaría con convertir al Partido en un club de debates, sino que, establecida de una manera tan tajante (todo documento), llevaría a la completa libertad para la ideología burguesa en el Partido, con los medios de difusión del propio Partido.

La cohesión monolítica del Partido debe fundamentarse en su unanimidad ideológica. Ciertamente que ésta no puede ser impuesta, que debe basarse, ante todo y sobre todo, en la conciencia política de los militantes (y un partido obrero que no consiga alcanzar una elevada conciencia política de casi todos —o, al menos, de la mayor parte— de sus miembros, un partido que no consiga establecer, gracias a esa conciencia, la unanimidad política en las cuestiones fundamentales no podrá comportarse como verdadera vanguardia de su clase).

Pero el Partido debe tomar medidas orgánicas para evitar que los inevitables elementos minoritarios con tendencia a la inestabilidad, a la vacilación, o incluso con ideas francamente oportunistas (y aun teniéndolas pueden permanecer en las filas del Partido si respetan los Estatutos), para evitar que esos elementos transformen a éste en un club de discusión.

Otro problema en el que los fraccionalistas trotskistas revelan su tendencia oportunista es en el de las relaciones entre **dirección** y **control**, que ellos contraponen, diciendo que el Comité Ejecutivo en marzo pasado «estudió el modo de establecer un

cierto ‘control’ —y no dirección—. Dentro de un contexto en el que sale a relucir a cada paso la tesis de que el «germen» de las «tendencias burocráticas» existe en toda organización, revolucionaria o no, no podemos interpretar la contraposición entre dirección y control más que en el sentido de rechazar el control. La dirección sin el control quedaría reducida a nada, a mera orientación indicativa. En un partido comunista revolucionario de la clase obrera no puede por menos de existir un control riguroso de todo el Partido (representado por su dirección) sobre cada uno de sus militantes, de sus organizaciones de sus diversos comités, a uno u otro nivel. Las labores de dirección son mucho más complejas que el mero control. Pero no por ello deja de ocupar el control un papel muy importante.

Si rechazan el control, realmente es un misterio por qué no admiten la autonomía de los órganos inferiores. El Comité Ejecutivo nunca ha defendido la autonomía como principio de dirección, sino como método de trabajo: esto es, una autonomía cuyos límites los traza la propia dirección del Partido, atendiendo a las circunstancias variables de la lucha y a la experiencia práctica; una autonomía que no reduce en lo más mínimo la responsabilidad que ante la dirección del Partido tienen los órganos inferiores, designados por ella. La autonomía que tiene vigor en el Partido —en la medida y en los límites que la dirección debe trazar en cada momento— significa que el control no se ejerce *a priori*, sino *a posteriori*: ni más ni menos.

La dirección de nuestro Partido, designada por el Pleno del Comité Central, es responsable, ante la voluntad colectiva del Partido (que se plasmará en el Congreso del Partido), del fiel cumplimiento y aplicación consecuente, perseverante, de la línea política acordada por el I Pleno Ampliado del Comité Central. Mandataria que es de la base del Partido, la dirección ha de atenerse estrictamente en sus funciones a los principios políticos que el Partido se ha dado —aunque sea con carácter provisional— y velar por que se atengan a ellos todos los militantes y todos los órganos del Partido; y para ello no debe dudar en establecer métodos de trabajo «adaptables a las conveniencias de cada momento», aunque esto disguste a los doctrinarios fraccionalistas.

VII — SOBRE EL PROCESO DE RECONSTITUCIÓN DEL PARTIDO

VII.1.— Los grupos

A principios de 1964, aproximadamente por las mismas fechas, se constituyeron en el interior y en la emigración europea los grupos marxistas-leninistas españoles (el de Colombia por entonces no desempeñó una influencia importante; sólo posteriormente, después de la Conferencia, prestó una contribución decisiva a la reconstitución del Partido). Esos grupos eran los conocidos por sus tres periódicos: *La Chispa*, *MOR* y *Proletario*.

¿Cual es el «balance» que hacen los fraccionalistas trotskistas de la actividad y la experiencia de aquellos tres grupos? De los periódicos *MOR* y *La Chispa* dicen que en

ellos había «una mezcla de superficialidad y altisonancia en la que era difícil encontrar una formulación marxista». Y del periódico *Proletario* afirman que contenía «un gran número de errores ideológicos, argumentaciones contradictorias, afirmaciones que carecían por completo de argumentación, explosiones contra el revisionismo en las que los insultos sustituían a la argumentación científica». Eso es, ni más ni menos, **todo** lo que nos dicen de las publicaciones marxistas-leninistas españolas con anterioridad a la reconstitución del Partido.

Respecto a los grupos en sí, los fraccionalistas trotskistas «se inclinan a pensar» que se debía juzgar a los grupos *MOR* y *La Chispa* como inconsistentes y con bastante grado de oportunismo «y lo mismo diríamos de *Proletario*», añaden, «en el sentido sobre todo de que eran grupos con gran inconsistencia ideológica y, por lo tanto, tenían el peligro de tomar en cualquier momento posturas oportunistas de enorme envergadura». Y también eso es **todo** lo que dicen de los grupos.

La operación que han llevado a cabo nuestros fraccionalistas ha sido la de tomar sólo los aspectos secundarios de la cuestión y ocultar, callar totalmente, los esenciales.

Los grupos marxistas-leninistas españoles distaban muchísimo de la perfección: sus defectos y sus limitaciones eran muy grandes. Inconsistencia, falta de homogeneidad, nivel teórico bajo, falta de vigilancia revolucionaria que permitió que permanecieran en sus filas y hasta en sus direcciones elementos arribistas, todo eso es cierto. ¿Dónde están las raíces de todo eso? En la debilidad cuantitativa y cualitativa de los grupos. Tras ocho años de dominación revisionista en el PCE, el incipiente despertar de las masas obreras engendró en los camaradas más conscientes de dentro y de fuera del Partido la convicción de que el equipo de Carrillo había traicionado a la clase obrera y era preciso reconstituir el PCE sobre la base del marxismo-leninismo.

Ello ocurrió sobre todo a partir de las huelgas de abril y mayo de 1962, en las que se patentizó la cobardía y el egoísmo de los revisionistas jruschovianos españoles. Las huelgas del verano de 1963 dieron un impulso todavía mayor a aquel movimiento de toma de conciencia de la traición revisionista, desenmascararon aún más las ilusiones pacifistas de Carrillo (el mito de que las fuerzas terroristas del régimen «ya no pueden» torturar «salvo excepciones» fue desmentido por la ola de terrorismo que invadió Asturias; la tesis de que las formas pacíficas de lucha son «más eficaces» y que contra ellas el franquismo «no puede hacer nada» se revelaron como lo que eran: como patrañas absurdas). Se pudo comprobar que los reconciliacionistas no sólo «desarmaban realmente a los obreros» sino también ideológicamente, que operaban un efecto desmovilizador y que cuando las masas que habían sido víctimas de ilusiones pacifistas sentían en su propia carne los efectos del terror sanguinario del franquismo, entonces los efectos de ese terror resultaban mucho más paralizadores.

A ese proceso vino a sumarse la polémica pública en el movimiento comunista mundial y, particularmente, la importante ayuda ideológica que a los marxistas-leninistas de todo el mundo prestaron los documentos de los camaradas chinos y albaneses.

Todo eso culminó a principios de 1964 en la ruptura con el revisionismo por parte de los camaradas con mayor conciencia y decisión, formándose así los grupos marxistas-leninistas, bastante reducidos en un principio.

La clandestinidad y la dispersión fueron las causas principales de que no se pudiera formar, inicialmente, uno sino varios grupos. La traición del revisionismo había dejado huérfano al Partido. Ocho años de dominio revisionista se hacían sentir en la falta de madurez y de preparación de los camaradas que, pese a ello, tuvieron la energía suficiente para romper con el revisionismo. La debilidad numérica, la falta de madurez y de preparación teórica, la juventud y falta de experiencia de muchos, todo ello provocó los fenómenos negativos, numerosos y, algunos de ellos, graves, que afectaron a los tres grupos.

Pero esos fenómenos no fueron lo esencial, sino lo accidental. Lo esencial era que, por primera vez desde hacía largos años, se abordaban los problemas de la revolución española a la luz de los principios del marxismo-leninismo, aunque en la manera de abordarlos se cometieran muchos errores. En esos grupos se dieron los pasos hacia la elaboración de una línea política marxista-leninista, hacia la reconstitución del Partido de la clase obrera de España. Todos los defectos y las limitaciones de los grupos pasaron a segundo plano si se tiene en cuenta la importantísima misión que cumplieron a través de su débil actividad organizativa, teórica y propagandística.

En medio de la pobreza ideológica general del movimiento obrero español desde la década de los años cincuenta (y no sólo del movimiento obrero, sino en general de toda la oposición democrática) los grupos marxistas-leninistas españoles abrieron el camino a un estudio y un replanteamiento de todas las cuestiones de nuestra revolución, sentando las bases para la reconstitución del Partido, es decir, del instrumento que ha de dirigir la lucha de la clase obrera y, con ella, la de todo el pueblo contra el fascismo y el imperialismo.

Desde entonces hemos avanzado y seguiremos avanzando. Pero no para «negar» lo pasado de una manera puramente destructora, metafísica, sino para negarlo en el sentido dialéctico, para superarlos (apropiándonos todos sus aspectos positivos que, en este caso, son los esenciales).

La única conclusión que de los defectos y las limitaciones de los grupos se puede sacar es que todos ellos, cada uno de ellos, necesitaban de los demás para, entre todos, reconstituir el Partido en el que, con el borrarse las diferencias de grupo, desaparecerían, no sólo el espíritu estrecho, de círculo, el particularismo, sino también —aunque no de golpe— todos esos defectos y limitaciones.

Los esfuerzos conjuntos de todos los marxistas-leninistas españoles han dado como fruto el Partido. Éste no ha superado todavía muchos de los defectos y limitaciones que ha heredado de los grupos pero, con todo, es el marco que permite la superación de los propios defectos.

El error de los fraccionalistas trotskistas estriba en que enfocan la actividad de los grupos como meros racionadores, de una manera pseudo-objetivista. Los doctrinarios «dictan» *a priori* unas normas que tiene que cumplir una organización para que ellos le expidan la patente de «marxista». Sin lo cual una organización será calificada «de la burguesía». Y la condición principalísima, la más esencial, es la «conciencia radical» de sus miembros individualmente. Por consiguiente, una vez que exponen —fijándose exclusivamente en ellos— los aspectos negativos, los defectos y las limitaciones —entre las

cuales se destacaba precisamente el bajo nivel teórico, de los grupos que dieron lugar a la formación del Partido—, nuestros doctrinarios **anulan**, suprimen todo aquel período, niegan que haya tenido ningún valor.

VII.2.— La Conferencia de reorganización del Partido

La Conferencia de reorganización del Partido celebrada en otoño de 1964 constituyó (como se decía en el Informe de los miembros del Comité Central designados por la misma que se encontraron en el interior inmediatamente después de su celebración) un importante tanto paso adelante en el proceso de reconstitución del Partido.

Para los fraccionalistas trotskistas resulta que el objetivo de la Conferencia era en realidad «la designación de los componentes del Comité Central» en el sentido de «la designación personal —previamente concertada entre bastidores— de camaradas concretos»; y ello «independientemente de que el primer punto del orden del día fuese la discusión de la línea política del Partido», lo cual «no era en realidad más que un expediente formal».

Todo eso constituye una falsificación completa de la Conferencia. El hecho fundamental de la misma fue la división en dos «bloques» (para emplear el término de los fraccionalistas) ideológicos. La posición que algunos de los camaradas más conscientes adoptaron en aquella Conferencia no estaba establecida previamente sino que fue motivada directamente por el alineamiento ideológico de cada delegado. Por supuesto que la línea divisoria que se estableció no separaba a todos los marxistas-leninistas puros de todos los oportunistas integrales. Enfocar las cesas así sería prueba de infantilismo. Dentro del bloque oportunista sin-principios había camaradas que no sólo eran honrados (la honradez por sí sola no es un criterio en política) sino con posiciones marxistas-leninistas en la medida en que no estaban agarrados por convicción a las tesis de los oportunistas sin principios y eran susceptibles de llegar, mediante la discusión y el esclarecimiento ideológico, a posiciones justas. Tampoco dentro de los marxistas-leninistas era todo perfecto: se sostenían opiniones erróneas, actitudes parcialmente incorrectas y eso quizá en uno u otro grado por parte de todos.

Pero lo necesario era saber captar la situación real, efectiva, la **contradicción principal**, que era la lucha entre los marxistas-leninistas y los oportunistas sin-principios.

La Conferencia debatió inicialmente el orden del día. Los oportunistas sin-principios querían empezar (y terminar) por la designación de un Comité Central. Los marxistas-leninistas sostenían que había que discutir la línea política del Partido y que el único criterio que *entonces* se tenía para la designación de los miembros del Comité Central eran sus posiciones políticas (que no hay que confundir, en modo alguno, con la brillantez de su exposición).

En la lucha por discutir o no en primer lugar la línea política se pudo poner de manifiesto el carácter político de cada uno de los dos «bloques» que ya se iban perfilando. Pero fue cuando, por fin, se aceptó como primer punto (y no simplemente en cuanto «un expediente formal», ya que costó un duro batallar el conseguirlo) la discusión ideológica y como segundo la discusión sobre las normas de organización, fue entonces cuando se puso de relieve el carácter de los dos «bloques».

El primer «bloque», es decir, la mayoría de los delegados a la Conferencia (y mayoría, después, de los miembros del Comité Central elegidos en ella) tenía unas posiciones políticas que, con perfeccionamientos, ampliaciones y ciertas correcciones, han inspirado posteriormente, en el Pleno del Comité Central y en la comisión de redacción salida del mismo, el actual Proyecto de Línea Política del Partido (en el que, según los fraccionalistas trotskistas, se exponen «las concepciones de la dirección»).

Veamos ahora cuáles eran las posiciones de los oportunistas sin principios.

1.— Errores oportunistas de «izquierda».

- a) «Para derrotar al imperialismo es condición previa el acabar primero con el revisionismo». Ésta es una tesis ultraizquierdista: pone en primer plano la contradicción entre el movimiento obrero y los elementos pequeño-burgueses que hay en su seno (y que son agentes *objetivos* del imperialismo), haciendo de ellos el enemigo principal de la revolución y relegando a segundo plano la contradicción entre el proletariado y el imperialismo. Según esto lo que nuestro Partido debería hacer es centrar toda su lucha contra el carrillismo y no contra el franquismo, hasta haber liquidado al primero.

La lucha contra el imperialismo no se puede desligar de la lucha contra el revisionismo. Pero el golpe principal debe ir dirigido contra el enemigo principal y en ningún caso contra las fuerzas intermedias. Por ello, la lucha debe centrarse en aislar, en la medida de lo posible, al imperialismo. De otro lado, en la situación actual la lucha contra el revisionismo en nuestro país no puede conducirse con otros medios que los ideológicos. No sólo no se liquidará al revisionismo antes de haber liquidado al imperialismo, sino que incluso después de derrocar a éste en todo el mundo subsistirá, durante algún tiempo, la posibilidad de que surjan nuevas corrientes revisionistas en las filas del movimiento obrero. Sólo a medida que la sociedad se vaya aproximando al comunismo integral, al eliminar, no sólo todos los restos socio-económicos del capitalismo, sino también todos sus vestigios superestructurales, sólo entonces cesará paulatinamente de existir la posibilidad del revisionismo.

- b) «La burguesía monopolista, la media e incluso la pequeña burguesía son capas de una misma clase». Como es sabido, según el marxismo-leninismo la pequeña burguesía no es una clase capitalista. Lo que define al capitalista, su rasgo esencial, es poseer medios de producción y explotar mano de obra asalariada. La pequeña burguesía se caracteriza, por el contrario, por ser una clase que, aunque con medios de producción privados, es trabajadora y no explota mano de obra. El hecho de poseer medios privados de producción y trabajarlos ella misma la califica como clase de productores simples de mercancías.

Ese grave error teórico lleva a considerar a los pequeños burgueses y a los capitalistas en plano de igualdad. Según el marxismo-leninismo, la contradicción entre el proletariado y la burguesía propiamente dicha (es decir, los capitalistas) es una contradicción antagónica, por ser la contradicción entre explotados y explotadores. Como tal sólo puede ser resuelta por medio de la violencia. Y eso vale tanto para el capital financiero como para la burguesía

media, aunque no en la misma medida ni, por supuesto, simultáneamente. En cambio, la contradicción entre el proletariado y la pequeña burguesía no es antagónica y debe resolverse, fundamentalmente, por la lucha ideológica. Pero, al no hacer la necesaria distinción de clase entre productores simples de mercancías y capitalistas, los oportunistas sin principios propugnaban de hecho la violencia contra la pequeña burguesía. Eso significa dividir el campo de las fuerzas revolucionarias en beneficio exclusivo del imperialismo y la reacción.

c) «Desde 1939 [fecha de la derrota popular en nuestro país] hasta 1959 [fecha del Plan de Estabilización] el poder fue compartido en España por la gran burguesía y la pequeña burguesía». Eso es absolutamente falso:

1º) durante nuestra guerra nacional revolucionaria la pequeña burguesía luchó en el campo popular, con todas las vacilaciones que le son propias, eso desde luego. Y no fue por azar. En las elecciones de febrero de 1936 la pequeña burguesía, junto con la media, pasó a ejercer la dirección del poder estatal, aunque sólo en parte, pues los sectores fundamentales, especialmente el ejército, del aparato del Estado seguían estando bajo el control de la oligarquía y serían los resortes de los que ésta se valdría para desencadenar la insurrección contrarrevolucionaria del 18 de julio. El «alzamiento» amenazaba también esas posiciones y es lógico que la pequeña burguesía se resistiera a dejárselas arrebatar, por lo que, del brazo del proletariado, defendió la legalidad republicana. La derrota de 1939 *fue una derrota también para la pequeña burguesía*. ¿Cómo se puede suponer que la pequeña burguesía participase en el Estado surgido de su propia derrota? Eso es absurdo y antimarxista. Una clase que ha triunfado de sus enemigas no les tiende una mano; y menos para dejarlas participar en el poder. Y menos que ninguna la oligarquía.

2º) En el período que va desde 1939 hasta 1959 los monopolios habían comenzado a aplicar su plan de copar definitivamente todos los medios de producción y de distribución, pero topaban con serios obstáculos de estructura agravados por las circunstancias internacionales (la guerra mundial y, en cierta medida, el bloqueo económico subsiguiente). Las dificultades en las que se veían envueltos los monopolios a las que se sumó la expansión inflacionista provocada por la política de autarquía del gobierno determinó una proliferación numérica de las pequeñas empresas industriales y principalmente comerciales, así como el enriquecimiento de una pequeña minoría de sus miembros. No ocurría lo mismo con el campesinado, que conoció en aquellos años la ruina más espantosa, el hambre, y la emigración a las ciudades para engrosar las filas del proletariado. Ese relativo «auge» de la pequeña burguesía urbana sólo podía mantenerse en la medida en que les interesaba a los monopolios. El golpe mortal dado a esos sectores de la pequeña burguesía por el Plan de Estabilización se produjo cuando la oligarquía se vio en situación de extender su coto a toda la producción, con la fuerte inyección de capital extranjero, predominantemente yanqui.

Los oportunistas sin principios desconocían el carácter de clase del fascismo. En eso coincidían con los trotskistas y los socialdemócratas más derechistas, según los cuales el fascismo es un movimiento de la pequeña burguesía. Ésa es una patraña absurda, puesto que el fascismo —como puso de relieve y demostró irrefutablemente Dimitrov en el VII Congreso de la Internacional Comunista— es la dictadura terrorista de los grupos más reaccionarios del capital financiero, dictadura dirigida no sólo contra el proletariado, sino contra todas las clases y capas que se hallan en contradicción con la burguesía monopolista. Por ello el fascismo no sólo no puede compartir con esas clases el poder político, sino ni siquiera tolerar la existencia legal de organizaciones políticas de esas clases. Y todo eso ha tenido su plena aplicación en España. La dictadura franquista ha aplastado por la violencia y el terror, no sólo al Partido Comunista, sino también a los partidos pequeñoburgueses en la época en que, de creer a los oportunistas sin principios, la pequeña burguesía estaría compartiendo el poder con la oligarquía.

- d) «No existe una burguesía monopolista francesa, otra inglesa, otra norteamericana; existe una burguesía monopolista internacional única cuya **parte** más importante se encuentra en EE.UU.». Ese modo de concebir las cosas niega la existencia de contradicciones en el seno de la burguesía monopolista de los diversos países, puesto que negar que existen diversas burguesías monopolistas significa negar los intereses propios de cada una de ellas, significa desconocer una de las contradicciones fundamentales de nuestra época: la que opone los diversos países imperialistas entre sí. Esa contradicción fue la que provocó la primera guerra mundial y en parte también la segunda (que comenzó como una guerra imperialista). Al negar esta contradicción «nuestros» oportunistas sin principios abrazaban la misma posición que los revisionistas jruschovianos, quienes ven al campo imperialista como un todo y se niegan a hacer las necesarias distinciones entre el enemigo principal y los enemigos secundarios.
- e) «El Partido marxista-leninista tiene que defender únicamente los intereses del proletariado y no los de la pequeña burguesía». Aquí se aproximaban al trotskismo hasta casi juntarse con él. Como ya hemos explicado, los intereses del proletariado coinciden plenamente con los de la pequeña burguesía en la etapa antioligárquica y antiimperialista de la revolución y coinciden también en parte en la etapa de la revolución comunista. Pues la pequeña burguesía *en la medida* en que es trabajadora (y esa medida no es la misma para las diversas capas de la pequeña burguesía) está objetivamente interesada en el comunismo. Por ello, al defender los intereses del proletariado, el Partido marxista-leninista defiende los intereses de las masas trabajadoras en general, es decir, defiende también los intereses de las diversas capas y sectores de la pequeña burguesía.

2.- Errores oportunistas de derecha.

- f) «El aliado natural de la clase obrera no es la pequeña burguesía, sino el campesinado». A primera vista esta formulación parece correcta: el aliado natural de la clase obrera es, efectivamente, el campesinado y, más concretamente, el campesinado

pobre, que constituye en nuestro país más de la mitad del total de las masas campesinas laboriosas. Pero los campesinos son pequeños propietarios de tierras y, como tales, pequeño-burgueses. Incluso los campesinos pobres o semiproletarios, en la medida en que son también pequeños propietarios de tierras, en la medida en que extraen sus ingresos del cultivo de sus pequeñas parcelas, en esa medida son pequeños burgueses (es decir, que lo son sólo a medias pero en definitiva lo son). Pero, al decir que el aliado natural «no es la pequeña burguesía sino el campesinado», es claro que se contraponen la una al otro como dos clases distintas y separadas. Y no se trata de ninguna sutileza: ellos mismos afirmaron después expresamente en la discusión que el campesinado no es pequeña burguesía y no podía serlo puesto que «burguesía» viene de «burgo» (ciudad). Tan contundente «argumento» lo único que demostraba era que sus autores trataban de compensar su absoluta ignorancia mediante la pedantería.

Negando el carácter pequeñoburgués del campesinado «nuestros» oportunistas sin principios negaban la frontera entre éste y el proletariado, haciendo de ambos meras clases trabajadoras y explotadas por igual. Ciertamente: tanto el proletariado como la pequeña burguesía son clases trabajadoras y sufren la explotación de los capitalistas, particularmente de la oligarquía. Pero entre el uno y la otra (incluyendo, por supuesto, al campesinado) median profundas diferencias de clase. El proletariado es la clase «que no tiene nada que perder salvo sus cadenas». Al borrar esas diferencias de clase los oportunistas avanzaron en ocasiones la expresión de «la clase obrera y campesina». Como si constituyeran una clase. Además metían en el campesinado a los jornaleros del campo, que son auténticos proletarios y no campesinos, puesto que no poseen medios de producción y se ven obligados a vender su fuerza de trabajo por un salario. Así pues, la única diferencia entre el proletariado, de un lado, y la pequeña burguesía rural (campesinado) de otro, era geográfica, no de clase.

Las consecuencias estratégicas de tales puntos de vista saltan a la vista. Se trataba de una oposición populista, de la negación de la dirección, de la jefatura de la clase obrera dentro del campo de las fuerzas revolucionarias. Y de hecho rechazaron la expresión «dirección de la clase obrera» tratando de contraponerle la de «hegemonía». ¡Como si la hegemonía no fuera una forma de dirección! Al concebir una supuesta «hegemonía» que no significaba dirección, reducían la hegemonía a pura vaciedad, a una frase, sabida, repetida.

- g) «Hay que aliarse hasta con el diablo, incluso con los monopolios». Hemos visto que, tomando como «principios» las tesis oportunistas de «izquierda» de los oportunistas sin-principios, no existe base objetiva para que la clase obrera se alíe con nadie, salvo con el campesinado, puesto que, según ellos, no tiene diferencia de clase con él. Pero como, en su eclecticismo, no quieren ser consecuentes con sus premisas, defienden una «política de alianzas» de la que han oído hablar. Pero, al carecer de base objetiva esa política, lo mismo es aplicable a la pequeña burguesía urbana que a la propia burguesía monopolista. Tal era la conclusión a la que llegaban.

Con esto hemos visto ya sus principales errores políticos, cuya esencia es el desconocimiento completo de lo que son las clases de la sociedad burguesa, de qué es el proletariado, qué es la pequeña burguesía y qué es la burguesía. Veamos ahora las tesis que defendieron en materia de organización.

- 1.— Propusieron la creación de un Comité Central de 40 a 60 miembros. Así, el Comité Central, en lugar de ser un organismo de trabajo operativo, adaptado a las circunstancias de clandestinidad, se convertía en una magna asamblea, por el estilo del Comité Central carrillista, que tiene también no menos de sesenta miembros. Es una concepción típicamente burocrática de lo que es el Comité Central del Partido.
- 2.— Propusieron también que el Comité Central debía tener como mínimo dos reuniones plenarias al año y varias ordinarias. Al parecer, de lo que se trataba era de gravar al Partido con un enorme presupuesto para el Comité Central, que quedaría inoperante, preso de un reunionismo permanente, de una deformación burocrática.
- 3.— Proponían que la dirección estuviera permanentemente en el exterior. «Argumentos» que daban: a) que el Partido tenía ya dolorosas experiencias, como las de Larrañaga y Grimau; b) que era preciso alejarse de las primeras filas del combate para ganar en perspectiva dirigente... [sin comentarios].
- 4.— Por lo que respecta a cómo entendían el principio del centralismo democrático, es curioso señalar la copia mecánica que hacían del artículo 32 de los Estatutos revisionistas del PCUS. Dicho artículo, que ellos querían introducir en los Estatutos de nuestro Partido, reconoce a las organizaciones del Partido que soliciten la convocatoria de un Congreso la facultad de formar un Comité organizador del mismo con los mismos poderes que el Comité Central, si éste último se hubiera negado a convocar el Congreso. Eso significaba legalizar la existencia de fracciones dentro del Partido y dar justificación a cualquier maniobra escisionista. Es un ataque a la disciplina de hierro que debe imperar en las filas de un verdadero partido obrero, un atentado contra el centralismo democrático. Y, sobre todo, propugnar ese artículo en las condiciones de clandestinidad es completamente absurdo, pues precisamente en nuestras condiciones, más que en ningunas otras, puede dar pie a justificar maniobras escisionistas.

Al terminar la discusión política y organizativa estaba ya bastante clara la delimitación existente. Y fue entonces, sólo entonces, cuando, con arreglo a las posturas ideológicas adoptadas por cada delegado, se llevó a cabo la elección de los miembros del Comité Central. Todos los delegados aceptaron los resultados del escrutinio. La Conferencia terminó sus trabajos con un triunfo —no total, pero sí un triunfo— de los marxistas-leninistas sobre el oportunismo sin principios.

VII.3.— Las interpretaciones de la conferencia

Inmediatamente después de la Conferencia, los oportunistas sin-principios y algunos camaradas engañados por ellos plantearon una crisis en el Comité Central,

retirándose del mismo. El «bloque» oportunista sin-principios se transformó así en una fracción disidente.

Al abordar los resultados de la Conferencia y la manera de informar de ellos a la base del Partido los miembros del que se encontraron en el interior inmediatamente después de ella, surgieron graves divergencias de enfoque. Esas divergencias son presentadas por los fraccionalistas trotskistas de la siguiente manera:

Algunos de los camaradas del primer bloque [es decir, del «bloque» que aceptaba las «posturas propias más o menos claras de algunos camaradas»] se dieron cuenta de que algunos de los que los apoyaban no lo hacían por consideraciones políticas, sino por consideraciones personales. Otros camaradas, en cambio, pensaban que todos los que los apoyaban lo hacían por considerar que sus posturas eran correctas. Ésta fue en realidad la divergencia que surgió a la hora de dar información de lo ocurrido.

Eso es una absurda tergiversación. Uno de los dos enfoques (el que hacían los derrotistas liquidadores) sostenía que la Conferencia había constituido un «fracaso». Según ellos, los dos «bloques» formados en la Conferencia estaban, ambos por igual, «dirigidos» por arribistas. No mediaba entre ellos ninguna diferencia ideológica. La única diferencia, según ellos, era la existente entre los elementos honrados (existentes en cada uno de los dos grupos), por un lado, y, por el otro, los «arribistas», denominando así a diversos miembros de cada uno de los dos «bloques».

La táctica que de ahí derivaban era la de desandar lo andado, volver atrás, renunciar a los avances organizativos realizados en la Conferencia, violar las normas orgánicas del Partido, y llegar a componendas, sobre la base de concesiones de principio, con el bloque disidente, a fin de atraer *así* a los elementos honrados que había en ese bloque. Consecuentes con ello, los más empedernidos defensores de esas tesis (hoy pasados a posiciones liquidadoras) se dedicaron a mantener contactos fraccionalistas con miembros de la fracción disidente, a espaldas de los demás miembros del Comité Central que se encontraban en el interior. Esos mismos miembros establecerían, en la primera mitad del Pleno del Comité Central, una semialianza con los oportunistas sin-principios.

Frente a esas posiciones derrotistas liquidadoras, la posición de los camaradas más conscientes de entre los miembros del Comité Central que a la sazón se encontraban en el interior fue la de considerar, por encima de todo, las diferencias ideológicas y políticas que mediaban entre los dos bloques, perseverar en la defensa y el pleno acatamiento de los acuerdos de la Conferencia, respetar la autoridad del Comité Central elegido en ella y resolver, dentro de los cauces orgánicos del Partido, todos los problemas. No eran contrarios en absoluto a hacer concesiones a los camaradas honrados que había en el bloque disidente, en la medida en que se separasen efectivamente de los oportunistas sin-principios (como posteriormente ocurrió).

Que eran los camaradas más conscientes los que tenían razón quedó completamente demostrado en el Pleno y algunos de los que, con anterioridad al mismo, habían compartido en parte la posición errónea de los derrotistas liquidadores supieron comprender y corregir, con absoluta honestidad, sus errores. Incluso los fraccionalistas trotskistas (que desentierran las posiciones de los derrotistas liquidadores) se ven obligados a reconocer que el «primer bloque» (la mayoría de los delegados a la Conferencia y de los miembros del Comité Central) aceptaba «las posiciones propias más o menos claras

de algunos camaradas», mientras que el «bloque» disidente «estaba dirigido ideológicamente precisamente por los arrivistas más descarados», es decir, que entre ambos bloques mediaba una profunda diferencia ideológica. En el «primer bloque», como implícitamente reconocen los fraccionalistas trotskistas, la «dirección ideológica» la «llevaban» los camaradas que tenían «posturas propias más o menos claras».

Por consiguiente, los camaradas más conscientes sostenían que la Conferencia había sido un éxito, aunque había tenido muchos defectos y limitaciones y aunque ese éxito no había sido todo lo importante que hubiera podido ser si no se hubieran cometido un número de errores.

En definitiva, el meollo de las diferencias era examinar las luchas internas en el Partido desde el punto de vista ideológico o examinarlas sobre la base de las consideraciones más banales y filisteas, en las que no faltaba la murmuración personal.

¿Qué es lo que no comprendían los derrotistas?

- a) Que, cuando se forman dos bloques diferentes, lo que nos debe guiar para decidirnos por uno de ellos es su posición ideológica.
- b) Que un partido marxista-leninista no pierde ni su pureza de principios ni su cualidad de destacamento de vanguardia de la clase obrera por el hecho de que en sus filas, incluso en su dirección, pueda infiltrarse pasajeramente algún arrivista. En nuestro caso el arrivista infiltrado en la «dirección» del «bloque» marxista-leninista (el cual, a diferencia de los oportunistas sin-principios, defendía las posiciones políticas marxistas-leninistas) se autoexcluyó del Partido con posterioridad al Pleno del Comité Central.
- c) Que, cuando dentro de un Partido comunista hay que luchar contra diversos grupos o individuos con posiciones oportunistas, hay que asestar en cada momento el golpe principal, en el terreno político y organizativo, contra quienes representan el peligro principal, a fin de que la lucha interna, inevitable, implique el menor quebranto para el Partido y, a la vez, a fin de dar mayores posibilidades para enmendarse a los camaradas con posiciones parcialmente oportunistas.
- d) Que en el Partido no se puede tratar de la misma manera a los «arrivistas más descarados» y a los menos descarados, es decir, aquellos que tienen más desarrolladas sus tendencias oportunistas y a los que las tienen menos desarrolladas, como tampoco se puede obrar de la misma manera respecto de aquellos cuyo arrivismo es algo probado y respecto de aquellos sobre los cuales «se sospecha» que sean arrivistas. Respecto a aquellos camaradas con ciertas dosis de vanagloria, de egolatría o bien de ambición personal, el método para luchar contra esas tendencias malsanas no es el del golpe implacable, sino el de la educación. Aplicar un pretendido «purismo» ultrancista llevaría a blanquear las filas del Partido, pues todos sus militantes, sin excepción, tienen —y no pueden por menos de tener, en una u otra medida— ciertas dosis de moral burguesa. Dicho con otras palabras, ningún militante puede llegar de una manera total y absoluta al principio de la plena supeditación, sin restricciones, del interés personal al interés del Partido.

VII.4.— La falsificación del papel político del Pleno por los fraccionalistas trotskistas

Fijarse en los aspectos secundarios de las cosas, no ver el núcleo profundo de las mismas, relegarlo a segundo plano e ignorarlo deliberadamente es un método de análisis que no tiene nada que ver con la ciencia ni, por tanto, con el marxismo. Los fraccionalistas trotskistas, en su «Informe crítico en materia de Organización» dedican seis largas páginas a «analizar» según ese «método» los primeros pasos dados por el Partido, antes del Pleno, pero, al llegar a éste, hacen esfuerzos increíbles por aumentar su superficialidad de análisis. Media página les basta para despachar el suceso más importante que ha tenido lugar en el proceso de reconstitución de nuestro Partido, el proceso que ha puesto colofón a ese proceso.

VII.5.— El Pleno ampliado del Comité Central, lucha entre los marxistas-leninistas y los oportunistas

Se dice en el «Informe crítico» que en «el Pleno... se tomó *aparentemente* como punto fundamental la discusión de principios». Fuera de las «apariencias» lo que hubo allí, según los fraccionalistas trotskistas, fue una pugna general por «desprestigiar a los arrivistas *porque eran arrivistas*», para lo que se tomó como mero pretexto la argumentación ideológica.

Esta apreciación oculta la verdadera naturaleza del Pleno, profundamente política y no superficialmente moralista. Los arrivistas (que lo eran, y descaradamente) eran, por encima de todo, oportunistas sin principios, como ya hemos demostrado al abordar la Conferencia de reorganización del Partido.

La primera sesión del Pleno (un día entero) se dedicó a debatir, acaloradamente, qué puntos del orden del día se debían tratar en primer lugar. Los oportunistas sin-principios sostenían que era «condición *sine qua non*» para permanecer en la reunión que se admitiera, con carácter absolutamente previo, la «validez» de determinadas *propuestas* de cooptación formuladas en una reunión parcial habida con anterioridad entre varios miembros del Comité Central y de la fracción disidente. Tal como ellos lo planteaban, equivalía a negar en redondo la autoridad del Comité Central y someter a éste a una jerarquía superior, constituida por una reunión con carácter parcial y cuyo único cometido había sido el de elaborar propuestas. Cuando vieron que no conseguían sus fines por esos medios, los oportunistas sin principios, sin atreverse a cumplir su amenaza de marcharse de la reunión, intentaron sabotear ésta exigiendo que se diera, en primer lugar, lectura a ciertos «informes» —que, como más tarde se vería, eran de carácter provocador. También falló esa maniobra saboteadora y se acordó que el primer punto del orden del día sería la aprobación de la línea política del Partido.

Para no incurrir en los errores de ambigüedad e imprecisión de la reunión del día 4 de octubre e incluso de la Conferencia de Reorganización del Partido, el Pleno acordó que la línea sería expuesta por escrito y designó cuatro comisiones para que elaboraran cuatro ponencias. Una vez concluido el trabajo de las comisiones, el Pleno dedicó la mayor parte de sus restantes sesiones a la discusión de las ponencias, tres de las cuales fueron

aceptadas con algunas enmiendas sobre puntos inesenciales. A todo esto los oportunistas trataron de boicotear la discusión por los medios más insospechados y peregrinos, poniendo en grave peligro la seguridad de la reunión con algunas de sus acciones. Pero no nos vamos a detener en eso.

VII.6.— Posiciones políticas que defendieron los oportunistas sin principios

Los oportunistas sin principios se ratificaron en los puntos centrales que habían defendido ya en la Conferencia, y que hemos expuesto; es decir, insistían en su rotunda negación del análisis marxista de las diversas clases que componen la sociedad capitalista.

Además de ello, lograron introducir en la única ponencia que fue rechazada una sarta de calumnias trotskistas contra la línea de nuestro Partido durante la guerra civil, con lo que además metían de contrabando tesis ultraizquierdistas. Según aquellos señores, el «pecado» de nuestro Partido durante la guerra civil fue no haber roto con la burguesía y la pequeña burguesía republicanas, así como haber atacado excesivamente a «organizaciones económicas y políticas del proletariado». En realidad, la única sedicente «organización política del proletariado» que fue atacada por nuestro partido fue la banda del POUM, convicta (en proceso legal llevado por los tribunales de la República en 1938) de llevar a cabo actividades al servicio del fascismo.

Así pues, lo que los oportunistas sin principios propugnaban como línea que hubiera debido seguir el Partido era concentrar en sus manos todo el poder, sin dar participación a los partidos y organizaciones de la pequeña burguesía, estrechando así la base social de la revolución democrática popular contra el fascismo y contra la intromisión militar germano-italiana. Si el Partido hubiera seguido semejante «línea» trotskista, los únicos beneficiados habrían sido los propios fascistas.

Además de eso, los oportunistas sin principios, como «minoría» de una de las comisiones de trabajo (la que tenía que redactar el primer punto: Naturaleza del Partido como vanguardia del proletariado) expusieron una «plataforma», entre cuyos muchísimos errores los más importantes eran los que vamos a exponer:

- 1) En el primer apartado («La sociedad de clases y la sociedad comunista») los oportunistas sin principios, en vez de hablar de las contradicciones de clases, se limitaban a hablar de la división. Eso es significativo por todo el contexto de su «pensamiento». «Desde las capas más reaccionarias y fascistas de la clase capitalista hasta las más revolucionarias del proletariado se dan toda una serie de posiciones que van de un extremo al otro». No podemos interpretar ese párrafo independientemente de lo que ya sabemos de las concepciones de aquellos señores sobre la «división» en clases de la sociedad capitalista. Lo primero es que la pequeña burguesía urbana es una capa de la clase capitalista y lo segundo que la pequeña burguesía rural no tiene diferencia de clase con el proletariado. También sabemos que, dentro de la clase capitalista, no hay una diferencia radical, ni siquiera importante, entre los monopolios y el resto, pues hasta los monopolios son posibles aliados.

De todo ello deducimos que la ambigua expresión «de las capas más reaccionarias y fascistas ... se dan toda una serie de posiciones» hay que interpretarla en el sentido siguiente: dentro de la clase capitalista las «capas» reaccionarias y fascistas son los monopolios, pero, dentro de esas capas fascistas, las hay más fascistas y menos fascistas y las menos fascistas son posibles aliados. Al hablar de «toda una serie de posiciones que van de un extremo al otro» se difumina completamente la diferencia radical, cualitativa, entre las contradicciones en el seno del pueblo y las contradicciones entre el pueblo y sus enemigos, entre las contradicciones dentro de la población trabajadora de un lado (proletariado y pequeña burguesía) y la contradicción con la oligarquía monopolista de otro. Y esa difuminación no es casual, pues sabemos para ellos la contradicción entre el proletariado y la pequeña burguesía urbana es antagónica, exactamente igual que la contradicción entre el proletariado y la burguesía monopolista, mediando entre ambas sólo una diferencia de grado dentro de la «serie de posiciones que van de un extremo al otro». Semejantes posiciones nos pueden conducir, o bien a aliarnos «hasta con los monopolios» o bien a una estrategia trotskista, a la represión violenta de la pequeña burguesía.

- 2) «Sólo la acción del Partido puede acelerar la supresión de las clases con el advenimiento de la sociedad comunista. **Sólo el partido** de vanguardia de la clase obrera **es capaz** de conducir esta lucha y **de suprimir las contradicciones entre trabajo y capital**». [Subrayado por nosotros.] Según tales concepciones, idénticas a las del revolucionario francés del siglo pasado Luis Augusto Blanqui, es el partido, y no la clase obrera (dirigida por el Partido), quien realiza la revolución; es él quien suprime la contradicción entre trabajo y capital y quien acelera la supresión de las clases con el advenimiento de la sociedad comunista. Salta a la vista la falsedad de tales teorías. La única misión que el Partido puede cumplir es la de dirigir a las masas a la revolución, pero no puede suplantarlas en modo alguno. Sólo la acción de las masas (y no la del Partido aislado) puede «acelerar» la supresión de la sociedad de clases, puede suprimir la contradicción entre trabajo y capital; sólo las masas (y no una minoría) pueden derrocar por la fuerza el poder de la burguesía e instaurar su propia dictadura, la dictadura del proletariado, que, como explicaron Marx y Lenin, ya no es un Estado en el sentido habitual de esta palabra, porque ya no constituye una fuerza especial de represión divorciada de las masas, sino que es la organización armada de las propias masas.
- 3) La contradicción «entre los países socialistas y los países capitalistas» «si bien no es inherente al imperialismo agudiza sus contradicciones internas». Esto es absurdo, significa una subestimación de la contradicción entre el campo socialista y el campo imperialista que *sí es inherente al imperialismo*. Una de las leyes del desarrollo capitalista, especialmente en la etapa del imperialismo, es la ley del desarrollo desigual. De esa ley dedujo Lenin, ya en 1915, el principio de que la revolución socialista habría de triunfar primero en un reducido número de países o incluso en un solo país. Esa tesis fue profundizada por Stalin, principalmente a partir de 1924, en la lucha contra Trotski y Zinoviev.

Siendo, como es, la contradicción entre el socialismo triunfante en uno o varios países y el capitalismo que se mantiene en el resto del mundo una

manifestación de la ley del desarrollo desigual, inherente al imperialismo, es lógico que la propia contradicción socialismo/capitalismo sea, ella misma, inherente al imperialismo, inherente a la ley del desarrollo capitalista.

La esencia de la contradicción, países socialistas/países capitalistas, es la contradicción entre la dictadura del proletariado y la dictadura burguesa, que es la contradicción fundamental del capitalismo. ¿Cómo, pues, la manifestación de la contradicción fundamental del capitalismo va a ser una contradicción no inherente al mismo? Eso es un puro absurdo, que lleva a ver, en la contradicción campo socialista/campo imperialista, no la lucha de clases a escala internacional, sino un mero «agudizador» externo de las contradicciones internas del imperialismo.

- 4) «El imperialismo ... inventa nuevas formas de opresión que van desde el colonialismo más despiadado hasta la explotación disfrazada del neocolonialismo». Esto es un embellecimiento del neocolonialismo, el cual no es menos despiadado que el viejo colonialismo, sino que, en realidad, aunque sea una explotación «disfrazada» (poco disfrazada, pero ésa es otra cuestión), es todavía más cruel, más implacable que el viejo colonialismo.
- 5) «La democracia popular es el poder ejercido por el proletaria sobre la base de la alianza obrera y campesina y bajo la dirección del partido de vanguardia de la clase obrera, del Partido comunista. A este poder pueden asociarse cuantos elementos no reaccionarios de las otras clases sociales se hallen dispuestos a colaborar en la construcción del socialismo y así lo demuestren en la práctica». Aquí los oportunistas sin-principios borraban las fronteras entre el leninismo y el trotskismo. La dictadura del proletariado en cualquiera de sus formas, ha de basarse en la alianza obrero-campesina. Ahí no está la peculiaridad de la democracia popular. La peculiaridad de la democracia popular estriba en la forma concreta que en ella adopta la alianza obrero-campesina, a saber: que el campesinado, no simplemente apoya al poder revolucionario, sino que tiene participación en él, en que comparte el poder con la clase obrera, ocupando cargos y puestos en los órganos directivos del poder estatal, ya sea a escala local, regional o incluso nacional. Aclarar esta cuestión es capital, pues supone en definitiva aceptar o no la democracia popular en su esencia, en su verdadero contenido. Ese contenido es el que queda completamente *velado* mediante la ambigua definición que de la democracia popular nos dan los oportunistas sin principios.

De otro lado, ¿qué significa «asociarse»? Puede significar *tanto* participar en el poder como simplemente apoyarlo. Con expresiones vagas e imprecisas se borra la frontera entre el marxismo y el anti-marxismo (en este caso el trotskismo). Concebir la democracia popular, no como una *variante* específica y *particular* de la dictadura del proletariado (aquella en la que la clase obrera comparte el poder con la pequeña burguesía, fundamentalmente), sino como la dictadura del proletariado «en general» es, en definitiva, negar la democracia popular, equivale a propugnar, sin mayor precisión, la dictadura del proletariado, equivale a negar la etapa democrática de la revolución (máxime cuando se pone

como condición a los «elementos no reaccionarios de las otras clases» [¿?!] que quieran «asociarse a la democracia popular, el estar dispuestos a colaborar en la construcción del socialismo»).

En definitiva, aunque de una manera más confusa y más burda, la estrategia (no hablamos de la táctica) que nos proponían los oportunistas sin principios era una estrategia trotskista, envuelta en fórmulas que repetían sin entender su significado. Y lo peor no es que sus formulaciones sean ambiguas y confusas, sino que utilizaban esas formulaciones para luchar contra las posiciones de principio marxistas-leninistas defendidas por la aplastante mayoría de los asistentes al Pleno.

- 6) «... el proletariado, **luego de haber destruido el aparato del Estado capitalista**, pone en pie un nuevo aparato e **instaura la dictadura** sobre las clases reaccionarias» (subrayado por nosotros). Así pues, la dictadura del proletariado no es el instrumento mediante el cual se destruye el aparato del Estado burgués, sino que surge después de haber sido destruido éste. Entonces, ¿con qué se destruye el aparato del Estado burgués? Según el marxismo, el Estado no es más que un conjunto organizado de destacamentos de hombres armados, que tienen a su disposición las cárceles y demás medios de represión. El único cometido del Estado es la represión de clases. Y ¿cuál es el primer acto de represión de la minoría explotadora por la mayoría explotada? Ese primer acto es, precisamente, la destrucción del aparato del Estado burgués. ¿Quién destruye el aparato de Estado burgués? Las masas trabajadoras sublevadas, militarmente organizadas por sus organizaciones políticas de vanguardia. Esa organización militar de las masas es ya el Estado popular, es ya la dictadura del proletariado; lo es desde el momento en que tiene fuerza suficiente para reprimir a la burguesía destruyendo su aparato estatal. La dictadura del proletariado no surge después de la insurrección, sino en el curso de ella, es el instrumento de la insurrección popular.
- 7) «*El capitalismo NO es la última fase de la sociedad de clases. La última fase de la sociedad de clases es la dictadura del proletariado...*» (subrayado y mayúsculas de los autores). El error garrafal, el error de principio, reside aquí en no comprender que la dictadura del proletariado es el Estado bajo el cual se desarrolla la lucha entre el capitalismo que muere y el comunismo que nace. La dictadura del proletariado es sólo una fase de la sociedad de clases en la medida en que no se ha liquidado en ella al capitalismo (y no puede liquidar totalmente a éste en unos cuantos decenios, sino en toda una época histórica). En la medida en que, bajo la dictadura del proletariado, subsisten elementos capitalistas, esto es, en la medida en que subsiste el capitalismo, sólo en esa medida la dictadura del proletariado sigue siendo la última fase de la sociedad de clases; no surgen en ella nuevas clases (como pretenden los ultrarrevisiónistas de extrema derecha del tipo del yugoslavo Djilas). Si así fuera, sería precisa una nueva revolución para derrocar a la dictadura del proletariado. A esos monstruosos extremos nos llevaría el dejarnos llevar (con cierta consecuencia) por la presuntuosa verborrea de los oportunistas sin principios.

Como hemos podido ver, los «arribistas» eran algo más que meros arribistas: ante todo, eran oportunistas, antimarxistas. Y ése era el aspecto principal. Peor es para el Partido de la clase obrera tener en su dirección a personas recalcitrantemente opuestas a los principios ideológicos marxistas-leninistas, que no la posible infiltración pasajera de algún ambicioso que acepte los principios del marxismo-leninismo.

La lucha entablada, principal, fue una lucha, no por «desprestigiar» a los oportunistas, sino por derrotar sus posiciones ideológicas y hacer triunfar las posiciones justas. El desprestigio (o, más exactamente, el desenmascaramiento) de los oportunistas vino, sobre todo, por sus maniobras y provocaciones.

Después de la discusión y aprobación de la línea política (en lo esencial), el Pleno pasó a abordar las demás puntos del orden del día.

VII.7.— Derrota completa de los oportunistas sin principios

Se pasó a considerar los «informes» que tenían que presentar los oportunistas. Fue entonces cuando se descubrió la verdadera naturaleza del proceder de éstos. Dichos informes contenían una serie de datos que comprometían la clandestinidad del Comité Central, puesto que permitían la identificación de varios de sus miembros. Además de ello, eran una colección de calumnias groseras, insinuaciones absurdas y burdas interpretaciones difamatorias. Todo el conjunto de los mismos les daba el carácter de una mala provocación. Al haber querido anteponer, a toda costa, la lectura de esos informes a los demás puntos del orden del día, la intención de los oportunistas, como se veía ahora, era la de hacer saltar la reunión de una manera provocadora. Aquella fue la gota que colmó el vaso. La reacción, unánime, de todos los asistentes —miembros y no miembros del Comité Central (a excepción del ya muy menguado grupito de los oportunistas sin principios, de los que se habían apartado todos los camaradas honestos que anteriormente habían colaborado con ellos)— fue la de expulsar del Partido a los oportunistas.

VII.8.— ¿Qué importancia tiene que las tesis políticas justas «queden sobre el papel»?

Los fraccionalistas trotskistas dicen que carece de importancia el que unas determinadas conclusiones «queden sobre el papel». No estamos en absoluto de acuerdo con esa posición. Todos los partidos obreros dedican enorme atención y esfuerzos a que «queden sobre el papel» las tesis justas, porque desde ese momento *tienen vigencia*, son obligatorias. En un Congreso, Conferencia o Pleno del Comité Central no puede conseguirse, de una manera acabada, la «comprensión radical» de las tesis políticas justas por parte de todos los miembros asistentes. No es tal su cometido. Su cometido es que las tesis «queden sobre el papel», que se aprueben, que entren en vigor, que se prescriba su aceptación como *obligatoria* para todos los órganos del Partido. Esas tesis «que quedan sobre el papel» van a ser luego publicadas y difundidas y ese solo hecho tiene ya de por sí una enorme importancia para conformar la ideología del Partido, para educar a sus militantes y simpatizantes, para elevar su nivel político.

Desconocer la importancia de los programas y de las resoluciones políticas es algo típico del intelectual individualista, que no presta atención más que a las convicciones y a los conocimientos personales de cada miembro, pero no a los documentos oficiales del Partido que constituyen la materialización de la ideología del mismo, de la conciencia de clase colectiva del proletariado revolucionario.

VII.9.— Algunas enseñanzas

Toda cosa lleva en sí el principio de su propia negación. Por ello, toda cosa tiene tendencia a desgarrarse, a escindirse. La historia del movimiento comunista internacional —han dicho los camaradas chinos con toda razón— (*Renmin Ribao*, 4 de febrero de 1964) «muestra, en primer lugar, que —como toda otra cosa en el mundo— el movimiento obrero internacional tiene tendencia a dividirse en dos. La lucha de clases entre el proletariado y la burguesía se manifiesta inevitablemente en las filas del movimiento comunista. La aparición del oportunismo, bajo una u otra forma, las actividades escisionistas de los oportunistas contra el marxismo-leninismo y la lucha de los marxistas-leninistas contra el oportunismo y el escisionismo son inevitables en el curso del desarrollo del movimiento comunista.

El marxismo-leninismo y el movimiento obrero internacional se han desarrollado a través de esta lucha de contrarios, Ha sido igualmente en el curso de esta lucha donde se ha consolidado y reforzado la unidad del movimiento obrero internacional sobre la base del marxismo-leninismo. Engels dijo: «El movimiento del proletariado pasa necesariamente por diferentes etapas de desarrollo; en cada etapa hay quienes se estancan y no saben avanzar. Y sólo por eso se explica cómo en realidad la solidaridad internacional del proletariado se realiza ante todo, en los diferentes grupos de partidos, en lucha a muerte» (Carta de Engels a Bebel, 20 de junio de 1873). «Unidad, lucha, incluso escisión, para llegar a una unidad más sólida y más amplia, sobre una base nueva: he ahí la dialéctica del desarrollo del movimiento obrero internacional».

Creemos que esta tesis de los camaradas chinos es absolutamente correcta y refleja de una manera bastante precisa el curso general de la historia del movimiento obrero. Dentro de cada partido —la historia lo demuestra— surgen, inevitablemente y con cierta regularidad, tendencias oportunistas de una u otra variante. En nuestro Partido hemos tenido —para citar sólo las principales—: el grupo sectario (que en 1922 tuvo que ser excluido del Partido por actividades fraccionalistas) que se oponía al frente único de la clase obrera; el grupo trotskista de Nin y Maurín del que ya hemos hablado; el grupo sectario de «izquierda» de Bullejos, Adame y Trilla, encastillado durante varios años en la dirección, de la que fue destituido en 1932, después del IV Congreso, que marcó un viraje en la historia del Partido (el comienzo de la superación del sectarismo infantilista); el grupo ultraderechista del provocador (policíaco) Quiñones, inmediatamente después de terminada la guerra; el grupo browderiano (revisionista) de Jesús Monzón en los últimos años de la II Guerra Mundial. Eso sin contar las múltiples deserciones personales por muy diversos motivos (ideológicos, falta de coraje personal y de abnegación, traiciones abiertas, etc.)

Lo que todo eso nos enseña es que el Partido nunca está puro, nunca puede dejar de llevar en sus entrañas el germen del oportunismo, es decir, de su propia negación. Y esos gérmenes no pueden dejar, en determinadas circunstancias —bastante numerosas— de desarrollarse y tomar cuerpo.

Pero no se puede, en nombre de evitar futuras divisiones, futuros problemas, dejar de conducir la lucha de contrarios entre el marxismo y el oportunismo, tal como se presenta en cada momento. Cuando, por ejemplo, dentro del Partido de Carrillo se entablaba la lucha entre marxistas-leninistas, de un lado, y revisionistas, de otro, hubiera sido absurdo centrar la atención en si cada uno de los que defendían las posiciones marxistas-leninistas en general era consecuente con ellas o no, si podía o no podía en el futuro desarrollar, por ejemplo, tendencias «izquierdistas». Era menester centrar todos los esfuerzos en la lucha contra el revisionismo.

Cuando, a lo largo del proceso de reconstitución del Partido, se planteó la lucha entre los marxistas-leninistas y los oportunistas sin principios, hubiera sido igualmente una labor diversionista el haber fijado la atención en posibles gérmenes de oportunismo, de una u otra índole, entre los marxistas-leninistas, ya que la tarea planteada en el orden del día era la lucha contra una fracción oportunista constituida, con una plataforma política antimarxista ya elaborada, en lucha contra las posiciones políticas justas de la aplastante mayoría de los miembros de nuestro Partido.

Así, ya por entonces algunos de los que ahora están en posiciones trotskistas mantenían, sobre diversos puntos, opiniones que no eran correctas. Pero hubiera sido insensato pretender librar una batalla ideológica —simultáneamente y con las mismas armas— contra todas las opiniones erróneas, y no centrarse en la lucha ideológica principal en aquellos momentos.

Al quedar definitivamente reconstituido el Partido, después del Pleno del Comité Central, la nueva situación creada con el mismo no significaba la garantía contra nuevas manifestaciones de oportunismo. Subsistía la posibilidad de la lucha interna e incluso de rupturas organizativas de uno u otro alcance. La actividad fraccional y liquidadora de nuestros doctrinarios trotskistas lo ha demostrado.

Unidad, lucha, nuevamente unidad, y de nuevo lucha otra vez, para llegar a una unidad más elevada: tal es la verdadera enseñanza de la historia de nuestro propio Partido y del proceso de reconstitución del mismo. Se trata de una manifestación de la ley de la negación de la negación. A través de cada lucha, incluso de cada escisión, el movimiento obrero, en cada país y en el mundo entero, se fortalece cada vez más, adquiere mayor envergadura y, principalmente, mayor solidez teórica.

VIII — ALGUNOS ASPECTOS DE LA ACTIVIDAD DE NUESTRO PARTIDO

VIII.1.— Las divergencias ideológicas en el primer comité de la Federación Centro

Los fraccionalistas trotskistas estiman que la actitud de la dirección ante las divergencias de principio habidas en nuestro Partido ha sido conciliadora. Concretamente, por lo que respecta a los errores «izquierdistas» del primer Comité de la Federación Centro, basan su opinión de la actitud conciliadora de la dirección en las «amables palabras» contenidas en la crítica del Comité Ejecutivo al primer Comité de la Federación Centro.

Esas «amables palabras» son las siguientes: «Todos estos errores han sido cometidos en el contexto del entusiasmo despertado en los miembros del Comité de la Federación Centro por la posible acción del día 9. Esperamos que tan noble sentimiento en camaradas de probados méritos y de reconocida lealtad al Partido sirva, en lo futuro, para una conducta más acertada. Esperamos que los miembros del Comité de la Federación Centro sepan reconocer sus errores y corregirlos».

La dirección del Partido entiende que las polémicas y discusiones internas deben llevarse en un espíritu de camaradería, no deben enconarse; que, en lo posible, la lucha interna sea exclusivamente una lucha por hacer prevalecer, mediante la discusión serena, de un modo puramente racional, la posición ideológica justa.

Por lo que respecta a los camaradas que componían la mayoría del primer Comité de la Federación Centro, son, en efecto, excelentes camaradas de probados méritos y de reconocida lealtad al Partido; camaradas que siguen con entusiasmo las luchas de la clase obrera y consideran con entusiasmo la perspectiva de una acción de masas. Y ese entusiasmo es un sentimiento noble, pues, para un comunista revolucionario, es «noble» todo lo que favorece la lucha por la emancipación de la clase obrera. Son, en fin, camaradas abnegados dispuestos a darlo todo por la causa revolucionaria, por el Partido.

Por otra parte, los fraccionalistas trotskistas no pueden ignorar que en el mismo documento del Comité Ejecutivo que terminaba con esas «amables palabras» se contenía una crítica serena y fría —sin apasionamientos pero absolutamente intransigente en *el plano de los principios*— de los errores «izquierdistas» del Comité de la Federación Centro. El Informe del Comité Ejecutivo analizaba la supervaloración que hacía el Comité de la Federación Centro de nuestras fuerzas, del grado de conciencia de las masas, supervaloración enorme de las dificultades con que se enfrentaba la dictadura franquista, su subestimación de las fuerzas del adversario. Exponía con claridad que el sectarismo en el que había caído el Comité de la Federación Centro equivalía a considerar a todos los sectores no-proletarios de la oposición como «una sola masa reaccionaria»; señalaba también el error que es considerar al movimiento estudiantil, que es un movimiento democrático pequeño-burgués, como de carácter proletario.

Creemos que, con lo expuesto, se demuestra palmariamente la falsedad de la afirmación hecha por los trotskistas sobre el carácter «conciliador» de la crítica que el Comité Ejecutivo hizo al primer Comité de la Federación Centro. Esa crítica podía tener errores parciales o ser incompleta; ésa es otra cuestión.

Otros dos problemas diferentes son el de las críticas de la «minoría» (un miembro del Comité de la Federación Centro, perteneciente hoy a la fracción trotskista liquidadora) al órgano del Comité Central *Vanguardia Obrera* y el de sus divergencias con los demás miembros del Comité de la Federación Centro. Inicialmente, el mencionado miembro hizo una crítica al editorial del N° 1 de *Vanguardia Obrera*. Esa crítica fue la que contestó el Comité Ejecutivo, un mes después de haberla recibido, independientemente de que, en la contestación del Comité Ejecutivo, pudieran tenerse en cuenta tales o cuales afirmaciones contenidas en otros escritos del mismo camarada.

A partir de la crítica de la «minoría» del Comité de la Federación Centro a *Vanguardia Obrera*, si no antes, se desarrolló una viva y áspera polémica entre la «minoría» y la mayoría de ese comité. La mayoría del Comité de la Federación Centro criticaba el intelectualismo y el formalismo del miembro en minoría y *en esa medida* su crítica era correcta. Por su parte, el miembro en minoría criticaba los errores «izquierdistas» de la mayoría, pero lo hacía con tan poca fortuna que creía ver en dichos errores ¡una desviación oportunista de derecha! («una desviación economicista y seguidista» era la expresión utilizada por él).

En la contestación del Comité Ejecutivo a la «minoría» del Comité de la Federación Centro, el comité Ejecutivo no adoptó ni podía adoptar ninguna «actitud conciliadora» en lo concerniente a las divergencias ideológicas que tenían lugar *en el seno* del Comité de la Federación Centro, pues no era su cometido (el de esa contestación) abordar tales divergencias, ya que era una contestación a la crítica dirigida a *Vanguardia Obrera* y nada más.

Respecto a la afirmación de los fraccionalistas trotskistas de que en aquella contestación del Comité Ejecutivo «se esquivaban» los problemas planteados, es una afirmación tendenciosa y superficial, carente de sombra de argumentación. Esa contestación no «esquivaba» los problemas, sino que trataba de analizar dónde estaban los errores de interpretación de la «minoría» del comité de la Federación Centro (fundamentalmente en su formalismo e intelectualismo); pero, estimando que no había divergencias ideológicas de fondo, no tenía por qué tomar partido por unas u otras formas de expresión como absolutas y exclusivas, que es lo que pretendía la «minoría».

VIII.2.— La naturaleza de los errores del primer comité de la Federación Centro

Hemos visto que para el miembro en minoría del Comité de la Federación Centro, los errores de la mayoría del mismo eran el economicismo y el seguidismo. El economicismo y el seguidismo se basan en el culto a la espontaneidad del movimiento obrero. Pero no todo culto a la espontaneidad del movimiento obrero conduce al economicismo y al seguidismo. Los economicistas y los seguidistas sostienen que las luchas espontáneas de las masas obreras por objetivos económicos y políticos parciales (objetivos políticos como la libertad sindical y el derecho de huelga por ejemplo) engendrarán, en su desarrollo, una conciencia política revolucionaria. Por ello, los economicistas entienden que la tarea de los comunistas se circunscribe a apoyar las reivindicaciones espontáneas de las masas y a dirigir la lucha tradeunionista de éstas (es decir, la lucha cuyos objetivos son puramente económicos o, todo lo más, del tipo de los

objetivos políticos que hemos mencionado). De esa manera, los economicistas contraponen a las tareas revolucionarias la importancia de «la marcha ascendente de la lucha cotidiana y gris»; contraponen, a la organización rigurosamente centralizada de revolucionarios, una organización obrera simple, basada en principios ultrademocratistas de organización.

Pero el culto a la espontaneidad del movimiento obrero puede conducir, no sólo al economicismo y al seguidismo, sino también al sectarismo y el aventurerismo. La supervaloración del movimiento espontáneo de las masas obreras, el confundir la conciencia espontánea de esas masas (que es una conciencia tradeunionista) con la conciencia comunista revolucionaria (y esa confusión es otra variante del culto a la espontaneidad del movimiento obrero; pues lo que dicen los economicistas y los seguidistas no es que las masas tengan conciencia revolucionaria ya, sino que la tendrán a través del proceso de su lucha económica) esa confusión a lo que lleva es a consignas aventureristas, a pretender forzar el desarrollo real de la lucha.

Los camaradas que componían la mayoría del primer Comité de la Federación Centro creían que las acciones de lucha del proletariado madrileño y de otras zonas del país, así como de los estudiantes de diversas universidades, patentizaban la *firmeza*, la *resolución*, la firme y *rotunda* voz de protesta, la «**lucha resuelta y definitiva por acabar de una vez por todas con la explotación del hombre por el hombre**» de un proletariado al que «no habían intimidado las fuerzas de represión». Por consiguiente, entendían que, ante estas luchas tan revolucionarias, la oligarquía proimperialista «había temblado», se hallaba en un «caos», en un «callejón sin salida», veía «agudizadas al máximo todas sus contradicciones», era «incapaz de solucionar la gravísima crisis», llegando a decir que «las estructuras fascistas alcanzan en este momento su grado más avanzado de descomposición».

Tras eso lo único que faltaba era conducir a esa masa proletaria («que había elevado su conciencia de clase explotada, su conciencia revolucionaria») al asalto final al poder, derrocando una clase que «temblaba» y que «veía agudizarse al máximo todas sus contradicciones» etc. Ello condujo al error de aventurerismo del día 9 (llamamiento a una acción para la que no había absolutamente ninguna preparación en las masas).

De otro lado, como, según esos camaradas, se aproximaba el derrumbamiento de la dictadura y estaba en el orden del día el asalto al poder (o poco menos), todos los reformistas, «socialistas», revisionistas, demócratas cristianos y, en general, todos los que no preparaban el asalto al poder mediante la destrucción del aparato del Estado fascista eran tachados, sin más, de movimientos ideológicos de la burguesía monopolista y defensores de los intereses de la misma, sin hacer siquiera distinción entre agentes objetivos y subjetivos. Eso conducía a un sectarismo total, a considerar a todas las fuerzas no proletarias como una sola y misma masa reaccionaria.

Calificar aquellos errores «izquierdistas» como economicismo y seguidismo era algo totalmente equivocado. Y esa equivocación fue sistemáticamente cometida por la «minoría» del Comité. Con ello, ese miembro en minoría combatía las posiciones del Comité de la Federación Centro por su lado menos vulnerable y se colocaba él, en realidad, en posiciones ultraizquierdistas. Posiciones que se han manifestado y desarrollado más tarde, desembocando en la forma más acabada y sistematizada del «izquierdismo», a saber: el trotskismo.

La desviación trotskista representa, en el plano ideológico (para no hablar ya de la actividad fraccionalista-liquidadora de los partidarios de esta desviación), un peligro incomparablemente mayor que los errores «izquierdistas» —debidos fundamentalmente a falta de preparación teórica y ciertas dosis de infantilismo— del primer comité de la Federación Centro.

VIII.3.— La «dictadura» de los grupos dirigentes sobre el Partido

Los fraccionalistas trotskistas afirman, de un lado, que «las pomposas frases como ‘vigorosa dirección’ (no tenemos ni idea a qué frases se refieren) en nuestro caso son falsas incluso desde el punto de vista de burócratas con verdaderas aspiraciones». En el contexto de las inculpaciones que hacen al Comité Ejecutivo como «conciliador», esa frase parece que hay que entenderla en el sentido de blandura y falta de vigor de la dirección.

Pero en otros lugares se habla de «la dictadura de los grupos dirigentes sobre el Partido, desde fuera del Partido»; de un «avanzado proceso de degeneración burocrática de su dirección [la del Partido] que está convirtiendo al Partido en instrumento de las clases opresoras a la vez que del mantenimiento de los ‘privilegios’ directivos antidemocráticos de determinados camaradas»; de que «los camaradas del Secretariado [del Comité Central], burócratas consecuentes, predicán la sumisión a una camarilla dirigente». Los fraccionalistas trotskistas califican a la dirección del Partido como «la burocracia privilegiada del Partido».

Por lo que respecta a la expresión «dictadura» parece que no está tomada en el sentido directo de la palabra. «Dictadura» significa represión violenta de una clase por otra. Y no es precisamente la dirección del Partido dada a poner la violencia en el orden del día ni contra los enemigos internos inconscientes y meramente objetivos ni siquiera contra los externos, con la **única** excepción de los enemigos militares del Partido.

En un sentido figurado, podría interpretarse la «dictadura» de los «grupos» [?] dirigentes «sobre el Partido» como una rígida política de sanciones disciplinarias. Pero tampoco esa interpretación resiste la crítica, pues más bien, si acaso, podría reprocharse a la dirección del Partido la «falta de vigor» que más arriba veíamos que le inculpaban implícitamente los fraccionalistas.

En efecto, la dirección se ha guiado por el criterio de que, en este periodo inicial de la vida del Partido, era preciso que todos los militantes se habituaran al cumplimiento de sus deberes, que están expuestos en los Estatutos, y para habituarse no se puede utilizar como medio único, ni siquiera principal, el de las sanciones disciplinarias. En esa fase inicial era necesaria, sobre todo, una labor de persuasión y de reeducación. A medida que la organización general del Partido se vaya templando y nuestra lucha se vaya endureciendo (por el incremento de la represión y de la provocación policíacas contra nosotros, incremento absolutamente inevitable y que tenemos que prever), será preciso transformar en una realidad cada vez más concreta y patente la «disciplina de hierro» y la «cohesión monolítica».

Nos queda por señalar la contradicción evidente en la que incurren los fraccionalistas trotskistas al hablar de dictadura, por un lado, y de falta de vigor, tendencia

conciliadora, etc, por otro. ¿Cómo compaginar ambas acusaciones? Seguramente para los fraccionalistas trotskistas, cuando ciertos camaradas cometen algunos errores de principio y la dirección no les propina golpes implacables y duras sanciones, se trata de conciliación y de falta de vigor por su parte. Pero, si la dirección, por ejemplo, releva de sus cargos dirigentes a aquellos miembros que, por su intelectualismo, se manifiestan incapaces para el trabajo práctico y les coloca donde mayor rendimiento puedan dar para el Partido, eso es una prueba de la «dictadura» que ejerce la dirección, de su «burocratismo». Tal parece el trasfondo de la posición de los fraccionalistas.

VIII.4.— Las funciones del Secretariado del Comité Central

Como problema planteado con gran insistencia por los fraccionalistas trotskistas, tocaremos el relativo a las funciones del Secretariado del Comité Central y su relación con el Comité Ejecutivo (hablamos de funciones y no de «poderes», como los trotskistas, porque la dirección del Partido no es ningún «poder»).

Tanto el Comité Ejecutivo como el Secretariado son órganos permanentes, pero en sentido diferente. El de mayor permanencia, el que resuelve los asuntos inaplazables entre reunión y reunión del Comité Ejecutivo es el Secretariado del Comité Central. Pero, así y todo, el Comité Ejecutivo, cada uno de sus miembros, ejerce sus funciones dirigentes permanentemente.

El Secretariado del Comité Central se compone de los miembros del Comité Ejecutivo de mayor responsabilidad y, por tanto, también de mayor autoridad. Pero eso no significa que el Secretariado del Comité Central esté por encima del Comité Ejecutivo, igual que el Comité Ejecutivo no está por encima del Comité Central ni éste del Congreso.

En los Estatutos del Partido se enlazan efectivamente los conceptos de administración y dirección. Pero de manera harto diferente a como, tendenciosamente, lo exponen los fraccionalistas. La administración —que en un Partido clandestino es de extrema importancia— queda confiada al Secretariado, que es, no el órgano supremo del Partido (el órgano supremo es el Congreso), sino el órgano permanente de mayor responsabilidad. La gran autoridad y responsabilidad del Secretariado estriba en su calidad de órgano permanente encargado de asegurar la ejecución de las decisiones del Comité Central y del Comité Ejecutivo. No se trata, pues, de concebir la administración como la dirección suprema, sino como una función secundaria vinculada al órgano de mayor responsabilidad directiva, que es algo completamente distinto.

Precisamente porque el Secretariado del Comité Central no es esencialmente un órgano administrativo sino un órgano directivo (al que están confiadas las funciones administrativas) es por lo que, como dicen los fraccionalistas trotskistas en su «Informe Crítico» determinados camaradas, cuando fueron propuestos en el Pleno del Comité Central para miembros del Secretariado, insistieron en su incapacidad para formar parte de él, en razón de su falta de temple bolchevique.

Pero los fraccionalistas trotskistas pretenden que el Secretariado debería tener simplemente las funciones «que su nombre indica: de **secretarios**».

¿Qué es lo que indica el nombre de «secretarios»? En conversaciones orales nos han dicho que las de tomar nota, etc. (el «etc.» debe ser redactar las actas de las reuniones, custodiar los documentos y dar fe de ellos). Eso no es un Secretariado, eso es una mesa que preside una reunión. Sería absurdo que el Pleno del Comité Central se dedicara a elegir, de entre los miembros ya elegidos del Comité Ejecutivo, a un número de ellos para componer una mesa que «tomara nota y etc.». Una elección especial de entre los miembros del Comité Ejecutivo sólo puede tener el sentido de confiar especiales responsabilidades al Secretariado.

Como conclusión extraemos la de que el Secretariado del Comité Central es el órgano colectivo de mayor permanencia en cuanto órgano colectivo; compuesto por los camaradas de mayor responsabilidad; al que están confiados los problemas administrativos y, en general, aquellos secretos de Partido que, por razones de clandestinidad, exigen ser difundidos al mínimo. El Secretariado del Comité Central no está por encima del Comité Ejecutivo, sino que es el «órgano permanente encargado de asegurar las decisiones del Comité Central y del Comité Ejecutivo», para emplear la definición de los Estatutos.

VIII.5.— Las tareas del Partido en orden a la reconstitución del Movimiento comunista mundial (m-l)

Los fraccionalistas trotskistas han propugnado en sus reuniones fraccionales de círculo la creación de una nueva «Internacional Comunista Mundial (m-l)», por supuesto al margen de los partidos hermanos marxistas-leninistas como el de China, Bélgica, Indonesia y, sobre todo, el albanés, que es el blanco principal de sus ataques.

Pues bien, las mismas personas que, de una manera tan ligera y superficial, propugnan la creación de ese nuevo partido internacional trotskista, acusan a nuestro Partido (particularmente a la dirección) de dedicar excesiva atención a las relaciones orgánicas con los demás partidos marxistas-leninistas. Los fraccionalistas trotskistas dicen:

La dirección ha centrado especialmente su trabajo y ha ido dando cada vez mayor importancia a una cuestión que ya la tuvo desde los primeros momentos, concretamente a las «relaciones exteriores». Actualmente, el centro de preocupación y actividad del Comité Ejecutivo y, sobre todo, del Secretariado lo constituyen las relaciones con otros partidos, el interés por que las relaciones que existen sean lo más cordiales posibles y el interés también por conseguir el reconocimiento de aquellos partidos que todavía no nos lo han dado [?]. Esto se traduce en conferencias, viajes, reuniones, entrevistas con uno u otro carácter, etc.

Y, no contentos con tales afirmaciones, añaden: «Tal vez nuestra interpretación sea tendenciosa [!] pero tendemos a pensar [!!!] que —al menos objetivamente [¡?!]— para estos camaradas de la dirección la función de la organización del Partido en el interior es precisamente justificar todas esas relaciones *diplomáticas*».

Realmente resulta incomprensible que los mismos que, a tontas y a locas, hablan de una internacional vean con tan malos ojos las relaciones exteriores de nuestro Partido. ¿Creen acaso que una «internacional» se puede crear sin conferencias, reuniones, entrevistas y, consiguientemente, viajes?

Pero, en realidad, al referirse concretamente a nuestro Partido, hay que decir que los fraccionalistas trotskistas exageran deliberadamente —y de una manera grosera— los hechos, de los cuales estaban perfectamente enterados. Hablan de «viajes» en plural y sólo pueden referirse a un viaje a la República Popular de Albania, realizado por una delegación del Comité Central de nuestro Partido en ocasión del 1º de Mayo, viaje utilizado para intercambiar iniciativas y experiencias, dar a conocer todo un *dossier* de documentos y publicaciones de nuestro Partido a diversos partidos y grupos marxistas-leninistas de Europa y Asia y discutir con sus delegaciones las cuestiones primordiales de la política mundial. Hablan de «conferencias» en plural, y sólo pueden referirse a una delegación española que asistió a la XI Conferencia Mundial contra las bombas atómicas y de hidrógeno, es decir, a una manifestación internacional de lucha antiimperialista. Salvo eso, las demás «reuniones», «entrevistas» con uno u otro carácter, «etc., etc.» [?] no pueden referirse sino a reuniones ordinarias de trabajo práctico para colaboración efectiva en diversas tareas concretas, celebradas con varios grupos marxistas-leninistas, que no han requerido desplazamientos especiales. Tal es todo el contenido concreto de la «vía diplomática a la revolución».

Pero, evidentemente, todas esas actividades, incluidos los preparativos, a veces laboriosos, de las mismas no han estado en modo alguno en el «centro» de las preocupaciones de la dirección. La dirección del Partido sostiene que es muy importante el estrechamiento de las relaciones entre los partidos hermanos a fin de avanzar en el proceso de reconstitución del Movimiento Comunista Mundial (m-l), marchando hacia la elaboración de una línea general del mismo que desarrolle los principios revolucionarios contenidos en las Declaraciones de Moscú de 1957 y 1960.

Los principios actualmente vigentes para las relaciones entre los partidos hermanos marxistas-leninistas (Declaración de Moscú de 1960) son los de: unanimidad, responsabilidad, relaciones orgánicas, solidaridad y defensa intransigente de la unidad.

La traición revisionista y escisionista de la mayoría de las direcciones de los partidos comunistas que, en número 81, estuvieron representados en la Conferencia de Moscú de 1960 ha interrumpido el funcionamiento normal del Movimiento Comunista Mundial de acuerdo con esos cinco principios. Cuando hablamos de reconstituir el Movimiento Comunista Mundial, nos referimos, en primer lugar, a la aplicación integral de esos cinco principios a las relaciones entre los partidos marxistas-leninistas.

De suyo se comprende que, a tenor de todo esto, nuestro Partido deba, en realidad, prestar mayor atención al reforzamiento de sus lazos con los partidos y grupos marxistas-leninistas hermanos (y, en primer lugar, con los partidos y grupos iberoamericanos, incluido el portugués, a fin de iniciar así, no sólo un poderoso frente antiyanqui de los pueblos de habla española y portuguesa, sino un primer anillo de esa cadena que debe ser el Movimiento Comunista Mundial reconstituido).

Pero no podemos abstraer lo referente a los deberes internacionales de nuestro Partido de todo el contexto de las tareas de éste, de sus posibilidades. De suyo se comprende que los esfuerzos que dediquemos a nuestras relaciones internacionales deben ser una pequeña parte comparados con los que dedicamos a labores que, directa e inmediatamente, son puramente interiores. Éstas conciernen exclusivamente a nuestro país.

Así lo hemos hecho y debemos seguir haciéndolo conscientes de que, en definitiva, la más valiosa ayuda que podemos prestar al proletariado mundial es hacer la revolución en España. Eso constituye la mejor refutación de la calumnia de los fraccionalistas trotskistas de que la dirección del Partido «está tratando de poner en práctica la vía diplomática a la revolución».

No podemos dejar de señalar la contradicción en la que incurren los fraccionalistas trotskistas. De un lado afirman que la dirección practica «la vía diplomática a la revolución», mientras que, de otro, dicen que para la dirección «la función de la organización del Partido en el interior es precisamente justificar todas esas relaciones diplomáticas» y eso con el objetivo de la «consagración de sus privilegios». O lo uno o lo otro. Una de dos: o bien los dirigentes del Partido anhelan la «consagración de sus privilegios» [?] y entonces utilizan al Partido como un instrumento en provecho propio, cuya misión sería, al parecer, presentar ante los partidos hermanos unas «realizaciones»; o bien, por el contrario, de lo que se trata es de que anhelan la revolución, pero tienen una concepción errónea, burocrática y consideran que la vía a la revolución estriba preferentemente en el desarrollo de las relaciones internacionales entre los partidos hermanos. Todo ello, claro, en el supuesto de que las calumnias de los trotskistas no fueran tales calumnias.

O bien los trotskistas no han meditado en las contradicciones en las que incurren con tal de ponerle más y más calificativos difamatorios a la dirección (esto nos parece lo más probable) o llegan en su mala fe a encogerse de hombros ante sus propias contradicciones.

La principal conclusión del modo frívolo con el que los trotskistas han abordado esta cuestión de tanta seriedad y trascendencia es su irresponsabilidad, es su falta total de enfoque realista de los problemas.

VIII.6.— Una modalidad de «crítica» poco recomendable

Los dos documentos de la fracción trotskista abundan en críticas triviales, juegos de palabras, etc. Vamos a tomar, por ejemplo, la crítica que hacen de la consigna «Ojo por ojo y diente por diente».

«Venerable sentencia», comentan nuestros fraccionalistas, «que carece de lo más fundamental para que se la pueda considerar una consigna, a saber: la conexión con un análisis científico. Cuando los revolucionarios responden con actos de violencia a las acciones criminales de los esbirros de la dictadura lo hacen con fines precisamente revolucionarios —debilitar el aparato represivo y alejar de las masas el sentimiento de impunidad de la represión— y no porque concedan validez a la ley del Talión. Por tanto, la citada consigna es completamente errónea».

En primer lugar, si bien es cierto que una consigna revolucionaria-proletaria debe tener una conexión con el análisis científico de la realidad, ¿de qué tipo debe ser esa conexión? En el contexto intelectual-doctrinario y racionador de los documentos fraccionalistas trotskistas sólo cabe interpretar la «conexión» en el sentido de que la consigna debe ser una fórmula científica, absolutamente exacta y precisa. Esta

interpretación no es abusiva en modo alguno, teniendo en cuenta su menosprecio por el «lenguaje popular» y el griterío levantado hace meses por uno de ellos a causa de algunas inexactitudes de expresión formal en *Vanguardia Obrera*. Ahora bien, sostener que una consigna debe ser una fórmula científica equivale a condenar todas o casi todas las consignas políticas del pasado y del presente. Esa posición nos llevaría, de hecho, a una total esterilidad e inoperancia.

En segundo lugar —y ya entrando en el contenido concreto de la crítica—, los fraccionalistas se han armado un lío por no saber distinguir lo que es mera consigna de lo que es una sentencia o ley moral. No es como ley moral en abstracto, como sentencia, sino sólo como consigna como los revolucionarios-proletarios aplican el lema de «Ojo por ojo y diente por diente». Aquí no se trata para nada de «reconocer validez» o no reconocérsela a determinada ley moral del período esclavista. Esas pseudodisquisiciones no tienen nada que ver con la eficacia o ineficacia concreta de una *consigna*.

Una clase que no aplique la consigna de «ojo por ojo y diente por diente» quedará desarmada, desmoralizada, ante la violencia de sus enemigos de clase. La Comuna de París, en 1871 proclamó esa consigna, y Marx en *La Guerra Civil en Francia* citó, aprobándolo implícitamente, el pasaje de la Resolución de la Comuna donde se proclamaba dicha consigna. Y ni los dirigentes de la Comuna ni Marx eran partidarios de leyes morales que prescriban la venganza. Ni los dirigentes de la Comuna ni Marx «reconocían validez a la ley del Talión». Si proclamaban esa consigna es porque tácticamente es obligatoria para una clase oprimida, tanto más si se trata de la clase absolutamente oprimida y absolutamente explotada, aquella que está llamada a llevar a cabo la revolución más grandiosa de la historia, el proletariado.

Esa consigna, como tal consigna táctica, temple al Partido y a las masas, acrecienta su disposición a la lucha, su odio contra el enemigo de clase y, a la vez, divide a los enemigos, haciendo vacilar a los más pusilánimes de ellos (eso, claro, es una tarea de mucho tiempo).

Al oponerse a esa consigna, los fraccionalistas trotskistas han manifestado su posición de intelectuales desligados de las masas, que analizan los problemas a la sola luz de una «razón» pura, abstracta, ideal.

VIII.7.— Hacia el Congreso del Partido

La dirección del Partido entiende que marchamos hacia un Congreso, que marcará el afianzamiento y la solidificación del Partido, tanto en el terreno ideológico como en el organizativo y práctico. El Congreso no debe ser considerado como algo remoto o lejano, aunque tampoco hay que verlo como un hecho inmediato.

La decisión de publicar los «Cuadernos para el Congreso» del Partido responde a la necesidad de desarrollar la discusión ideológica general con vistas al Congreso.

La dirección nunca ha afirmado que el Congreso pudiera ser algo inmediato. (En general —dicho sea entre paréntesis— el procedimiento utilizado por los fraccionalistas en su «Informe Crítico en materia de Organización» para exponer las «opiniones de la

dirección» es tomar como tales las afirmaciones, en ocasiones casuales, de un dirigente del Partido o de un enlace con la dirección).

Respecto a las normas para elegir a los delegados al Congreso, los Estatutos de nuestro Partido dicen lo siguiente: «art. 24.— Las normas de representación en el Congreso son establecidas por el Comité Central de acuerdo con los comités de las federaciones. Todas las federaciones deberán estar representadas en el Congreso. Los delegados al Congreso deberán ser portavoces del estado de opinión de la base del Partido». Por supuesto, además, que los Estatutos del Partido tienen pleno vigor, puesto que han sido elaborados por la comisión de redacción designada al efecto por el Pleno ampliado del Comité Central.

Si comparamos el art. 24 de nuestros Estatutos con lo que, en referencia al mismo asunto, dicen los Estatutos del partido revisionista (art. 21), veremos cuánto supera nuestro Partido en democraticidad interna al partido pseudo-comunista de Carrillo. Los estatutos revisionistas dicen: «Las normas de representación en el Congreso son establecidas por el Comité Central». Eso es todo; ni una sola palabra más. Así pues, existen las siguientes diferencias:

- Los estatutos revisionistas no prescriben que los delegados deban ser portavoces del estado de opinión de la base; ahora bien en unas circunstancias de clandestinidad, cuando es imposible la elección directa de los delegados, la única manera de que el Congreso represente a la base es que los delegados al mismo sean los portavoces de las opiniones que, sobre los diversos problemas a debatir, tenga la mayoría de los miembros y de las organizaciones del Partido.
- La segunda diferencia es que en nuestro Partido las normas de representación, dado que por razones de clandestinidad no pueden ser elaboradas y discutidas por todo el Partido, lo son por el Comité Central de acuerdo con los comités de las federaciones —lo que amplía mucho la garantía contra un posible «amaño».
- En tercer lugar, se consigna algo que es de suma importancia, a diferencia de los Estatutos revisionistas: que todas las federaciones tengan que estar representadas en el Congreso, con lo cual no cabe que ningún sector importante del Partido pueda ser excluido de participar en el órgano supremo del mismo.

Los fraccionalistas trotskistas nos proponen un sistema de elección de los delegados al Congreso consistente en que la base elija los delegados «entre los camaradas que hayan publicado sus trabajos teóricos en los *Cuadernos para el Congreso*», teniendo en cuenta (porque el resto lo ignoran, por razones de clandestinidad) sólo los trabajos teóricos de esos camaradas.

Sabemos que este criterio de elección ha sido utilizado en una organización universitaria de masas y nos parece concorde con el carácter y los métodos de organización de la misma. Pero, en cambio, para un Partido leninista nos parece inaceptable.

En primer lugar, no se puede elegir a un delegado simplemente por determinados trabajos teóricos, sino por toda su trayectoria, toda su actividad. Si, en la Conferencia del año pasado, el único criterio para elegir a los miembros del Comité Central era su posición

ideológica (que no es lo mismo, de todos modos, que sus trabajos teóricos escritos), ahora estamos en una fase mucho más avanzada, en una situación completamente distinta. De hecho sabemos por experiencia que quizá la mayoría de los cuadros medios del Partido se abstendrían de dar su contribución teórica escrita a la discusión ideológica de preparación para el Congreso.

En segundo lugar, un Congreso requiere especiales medidas de precaución, de clandestinidad, pues los delegados al mismo van a conocer a bastantes camaradas y a todos los dirigentes que salgan elegidos del Congreso. Por ello los delegados deben ser camaradas absolutamente probados, seguros. Y no se prueba a un camarada simplemente por sus textos teóricos, ni muchísimo menos.

Por otro lado, los *Cuadernos para el Congreso* deben dar cabida a las diversas posiciones ideológicas. Pero, si hay dos o más trabajos exponiendo una posición idéntica, los *Cuadernos para el Congreso* deben publicar sólo aquel que la exponga de una manera más acabada y más clara. Como es natural, no se trata de publicar textos y más textos de varias decenas de autores donde se repita lo mismo, pues ello nos llevaría a transformarnos en un puro y simple club de charla.

En la organización universitaria de masas a la que nos hemos referido, en la que se utilizó como criterio de elección el que nos proponen los fraccionalistas trotskistas, de lo que se trataba exactamente era de elegir entre las diversas plataformas ideológicas de cada una de las fracciones que, lógicamente, integran una organización sin-partido. Era, en suma, una especie de plebiscito. Pero en un partido obrero no hay, no puede haber, fracciones (esos «grupos provisionales en el terreno ideológico» de los que hablan los fraccionalistas trotskistas), independientemente de que haya coincidencia de puntos de vista entre diversos miembros del Partido que no tengan entre sí contacto orgánico. En el Partido las diversas posiciones ideológicas no pueden enfrentarse entre sí en un plebiscito, sino a través de los cauces orgánicos y en las reuniones orgánicas. El plebiscito, en una organización sin-partido, puede ser un avance principalmente en relación a los métodos de arbitrariedad y mangoneo de ciertas fuerzas oportunistas, como los revisionistas jruschovistas. Pero no hay que ver en el plebiscito la forma superior de democraticidad. Al revés, el plebiscito puede convertirse con facilidad en un expediente demagógico (siempre ha sido el expediente formal con el que los Bonapartes justificaron su poder dictatorial, expediente hoy día utilizado con igual cinismo por el General de Gaulle).

Para concluir, diremos que el Congreso requiere una laboriosa preparación, no sólo en el terreno ideológico, sino también en el práctico, especialmente propagandístico y agitacional, a fin de que sus conclusiones, una vez aprobadas, sean rápida y ampliamente difundidas entre las masas y eleven el prestigio de nuestro Partido entre las mismas.

COMITÉ EJECUTIVO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA (M-L)